

FEBRERO 28 Y MARZO 1º DE 1935

76ª REUNION — 17ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDENCIA DE LOS DOCTORES ANTENOR R. FERREIRA, ROBERTO J. NOBLE
Y JOSE HERIBERTO MARTINEZ

MINISTRO PRESENTE: de Hacienda, doctor Federico Pinedo; DIPUTADOS PRESEN-
TES: Alonso Alfredo J., Ameri Rogelio L., Amodeo Aurelio F., Andreis Fernando de, Aráoz
Ernesto M., Aráoz José Ignacio, Arnoldi Adolfo, Basualdo Honorio, Benegas Tiburcio, Bermúdez
Manuel A., Besasso Manuel V., Biancofiore Rafael, Bogliolo Rómulo, Bonazzola Carlos F., Brinolo
Miguel, Bruchou Eduardo, Buitrago Pedro, Bunge Augusto, Bustillo José M., Buyán Marcelino,
Cáceres Lorenzo, Cafferata Juan F., Candia Cornelio, Cárcano Miguel Angel, Carreras Ernesto
L. de las, Carreras José, Caris Agustín J., Castiñeiras Alejandro, Castro Felipe, Coca Joaquín,
Cordero Octavio, Corominas Segura Rodolfo, Costa Méndez Nicanor, Courel Carlos D., D'Anna
Pablo S., Dávila Miguel V., Degano Alfredo P., Della Latta Jerónimo, De Miguel Benito, Dick-
mann Enrique, Escalera Facundo, Escobar Adrián C., Espil Alberto, Fernández Damián, Ferreira
Antenor R., Ganza Marcelino, García Gorostiaga Raúl, Giménez Angel M., Godfrid Juan, Godoy
Raúl, Gómez Rincón Abel, González Benjamín S., González Guerrero Manuel, González Maseda
Manuel, González Valentín, Graffigna Santiago, Grisolia Luis, Groppo Pedro, Guglielmelli Aquil-
les M., Herrera Bruno J., Inda Rufino, Iribarne Alberto, Iriondo Urbano de, Jardeí Enrique C.,
Korn Guillermo, Lamesa Juan B., Lencinas Rafael Néstor, Lima Vicente Solano, López Héctor S.,
Magris Amieto, Manacorda Carlos, Mancini Rafael, Martínez José Heriberto, Mattos Luis María,
Moret Carlos (h.), Noble Julio A., Noble Roberto J., Oddone Jacinto, Padilla Tiburcio, Palacin
Manuel, Palacio Benjamín, Palmeiro José, Pena José Luis, Pérez Leirós Francisco, Pfeiffer
José E., Pintos Angel, Pita Carlos A., Pomponio Vicente E., Puyrredon Carlos A., Quiroga Félix,
Ramiconi Luis, Repetto Nicolás, Rodríguez Alfredo, Ruggieri Silvio L., Ruiz Oscar, Salas José
Raquel, Saucedo Saturnino, Santillán Enrique, Schoo Lastra Dionisio, Simón Padrós Juan, Solari
Felipe C., Solari Juan Antonio, Solís Rogelio J., Speroni Daniel C., Spinetto Alfredo L., Taboada
Mora Cipriano, Uriburu Francisco, Vega Abraham de la, Viechi Adolfo A., Vidal Baigorri José,
Videla Dorna Daniel, Videla Rodolfo G., Vignart Uberto P., Vionnet Rodolfo L., Wade Eugenio,
Zarazaga Marcial J., Zerda Justiniano de la. AUSENTES, CON LICENCIA: Aguirrezabala Mi-
guel A., Becerra Eugenio A. (h.), Buira Demetrio, Contte José A., Critto Miguel, Fresco Manuel A.,
Ghioldi Américo, Marcó Cipriano F., Muesca Eduardo, Ocampo Enrique, Palacin Pedro, Parera
Gregorio, Pressacco Juan P., Ramírez Manuel (h.), Rozas José E., Saravia José M., Sellarés
Avelino; CON AVISO: Amadeo y Videla Daniel, Dickmann Adolfo, Garayalde José María, Morrogh
Bernard Juan F., Parodi Misael J., Radio Pedro, Rojas Marcos E.; SIN AVISO: Acosta Guillermo,
Agüero Santos, Ahumada Luis Alberto, Aráoz Eudoro D., Arce José, Arrieta Herminio, Bosano
Ansaldo Daniel, Calderón Osvaldo M., Molina Serapio, Mouchet Enrique, Movsichoff Bernardo,
Repetto Agustín, Ruiz Guinazá Jacinto, Vallejo Luis A.; DIPUTADO ELECTO, AUSENTE SIN
AVISO: Bordabehere Enzo.

SUMARIO

- 1.—Manifestaciones en minoría.
- 2.—Acta.
- 3.—Asunto entrado:

I.—Despacho de comisión.

- 4.—Acuérdase licencia para faltar a se-
siones al señor diputado Pressacco.
- 5.—Cuestión de privilegio planteada por
el señor diputado Puyrredon, relacio-
nada con una publicación. Se resuelve
pasar los antecedentes a la Comisión de
Negocios Constitucionales.
- 6.—Continúa la consideración del despacho
de la Comisión de Presupuesto y Ha-

cienda en los proyectos de Banco Cen-
tral, ley de bancos, Instituto Moviliza-
dor, modificaciones a las leyes orgáni-
cas de los bancos Hipotecario Nacional
y de la Nación y ley de organización
de los institutos mencionados.

- 7.—Moción del señor diputado Godey, pa-
ra que se testen de la exposición del
señor diputado Pena, informes reser-
vados de la Comisión de Presupuesto
y Hacienda. Es aprobada.
- 8.—Continúa la consideración de los asun-
tos a que se refiere el número 6.
- 9.—Cuarto intermedio.
- 10.—Continúa la consideración de los asun-
tos a que se refiere el número 8.

- 11.—**Moción** del señor diputado **Corominas Segura** para que la Cámara pase a cuarto intermedio hasta la hora 10. Es aprobada.
- 12.—**Continúa** la consideración de los asuntos a que se refiere el número 10.
- 13.—**Cuarto intermedio.**

—En Buenos Aires, a veintiocho días del mes de Febrero de 1935, siendo la hora 15 y 25:

1

MANIFESTACIONES EN MINORIA

Sr. Pueyrredon. — Pido la palabra. Solicito que se espere un cuarto de hora más, porque entiendo que va a haber quórum dentro de algunos minutos.

Sr. Presidente (Ferreira). — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

2

ACTA

—A la hora 15 y 35:

Sr. Presidente (Ferreira). — Queda abierta la sesión con la presencia de 90 señores diputados.

Se va a dar lectura del acta de la sesión anterior.

—Por indicación del señor diputado Grisolia, se suprime la lectura del acta y se da por aprobada.

3

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Despacho de comisión**LEGISLACIÓN DEL TRABAJO:**

En la modificación introducida por el Honorable Senado en el proyecto de ley que le

fuera pasado en revisión sobre creación de la Caja de Jubilaciones y Pensiones para Periodistas y Gráficos. (*A la orden del día*).

4

LICENCIA

Río Cuarto, Febrero 28 de 1935.

Señor presidente de la Honorable Cámara de Diputados, doctor Antenor E. Ferreira.

Por enfermedad de una persona de mi familia, solicito permiso para faltar a las sesiones de esta semana.

Saludo al señor presidente muy atentamente.

Juan P. Pressacco.

—Sin observación, se vota y concede, con goce de dieta, la licencia solicitada.

5

PRIVILEGIO

Sr. Presidente (Ferreira). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires, que la ha solicitado para una cuestión de privilegio.

—Ocupa su asiento en el recinto, el señor ministro de Hacienda, doctor Federico Pinedo.

Sr. Pueyrredon. — Señor presidente: Un comunicado dado a publicidad por el Partido Socialista expresa que desean conocer qué directores de bancos son miembros del Parlamento. Yo me encuentro en ese caso: es público y notorio que soy director del Banco Popular Argentino, y yo pregunto a los señores socialistas: ¿Qué hay con eso?

Entiendo que el asunto fué tratado en la Comisión de Presupuesto y Hacienda y se discutió ampliamente. Supieron los señores socialistas que el único director de Banco que hay en este Cuerpo es el diputado que habla. A pesar de ello, ayer he visto apare-

Sr. Pueyrredon. — Yo aceptaría que pasara a la Comisión de Negocios Constitucionales, para que se expida en el día; pero no estoy dispuesto a que se mantenga esta situación sin un pronunciamiento de la Cámara. Me gustan las cosas claras.

Sr. Oddone. — Nosotros no nos oponemos a que la comisión se expida en el día, si lo cree conveniente.

Sr. Manacorda. — Pido la palabra.

No tengo inconveniente en que pase a la Comisión de Negocios Constitucionales el asunto que acaba de plantear el señor diputado por Buenos Aires; pero ha de ser para que la comisión se expida de inmediato, a fin de saber si el señor diputado puede o no intervenir en la deliberación de esta tarde.

Incompatibilidades hay muchas, señor presidente. Hemos visto a jubilados ferroviarios y a ferroviarios discutir el monto de sus propias jubilaciones y otras cuestiones que les atañen directamente. Mañana podrá discutirse algún asunto relacionado con la profesión de los médicos, y los médicos no podrían intervenir en el debate. A este paso pocos o ninguno tendrán el derecho de participar en los debates que se planteen en la Cámara.

Pido, pues, que la comisión se expida en el día, para saber si el señor diputado Pueyrredon puede o no intervenir en la discusión.

Sr. Presidente (Ferreira). — ¿Acepta el señor diputado por la Capital que se modifique en ese sentido su moción?

Sr. Oddone. — No es necesario, señor presidente. La comisión se expedirá en el día, si cree que eso es lo que corresponde, y si le es posible hacerlo.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar la moción del señor diputado por la Capital, de que pase el asunto a la Comisión de Negocios Constitucionales.

Sr. Guglielmelli. — Entiendo, señor presidente, que no se necesita votar,

porque reglamentariamente debe pasar el asunto a comisión. Es una cuestión que plantea el señor diputado por Buenos Aires y corresponde que pase a comisión.

Lo que puede votarse, de acuerdo con el deseo expresado por varios señores diputados, es que la comisión se expida a la brevedad posible, o en el día.

Sr. Pueyrredon. — En el día, señor diputado.

Sr. Manacorda. — Que se expida hoy.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar si pasa el asunto a la Comisión de Negocios Constitucionales.

Sr. Pueyrredon. — Pido permiso para no intervenir en esta votación.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar la recomendación a la comisión para que se expida en el día.

—Se vota y resulta afirmativa.

6

PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

Sr. Presidente (Ferreira). — Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en los proyectos sobre bancos y moneda.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

El miembro informante de la mayoría manifestó anoche que su tarea le resultó bastante fácil. Por mi parte, no lo dudo; estando a favor de los proyectos del gobierno, ha recibido para preparar su informe datos completos y al día. Ha tenido así la colaboración decidida y valiosa de todos los funcionarios oficiales comprometidos en las reformas financieras y monetarias que estudia el Congreso.

No puedo decir lo mismo con respecto a mi situación. Mi tarea de miembro informante de la minoría, lejos de ser fácil me ha resultado en extremo difícil. No he podido contar con nin-

guna colaboración oficial y, como veremos más adelante, los escasos datos que solicitamos los diputados socialistas, después de sernos negados, los recibimos incompletos y en forma completamente deficiente.

Sr. Martínez. — ¿Si me permite el señor diputado? Al señor diputado le consta que en la Comisión de Presupuesto todas las carpetas, aunque hayan sido hechas por orden del presidente de la comisión, están a disposición de todos los señores diputados, en este asunto y en todos los otros que se han ventilado. De manera que si el señor diputado hubiera puesto más interés hubiera tenido todos los datos.

Sr. Pena. — Sí, señor diputado, y voy a dar datos que me ha dado el señor presidente.

Sr. Martínez. — Quiere decir que lo que ha dicho no tiene ningún valor.

Sr. Pena. — En condiciones, pues, tan precarias, me toca la difícil tarea de informar a la Cámara, y más que a ella al país, acerca de los proyectos financieros en debate.

Nuestra disidencia con los proyectos del gobierno no es improvisada como lo es la política financiera seguida por él desde el cambio de funcionario en el Ministerio de Hacienda.

Tenemos en los anales de la historia argentina una posición demasiado conocida en esta materia para vernos en la necesidad de improvisar una actitud determinada.

Sr. Repetto (N.). — Ruego al señor presidente que llame a silencio a los señores diputados.

Sr. Presidente (Ferreira). — Ruego a los señores diputados que guarden silencio para que sea posible escuchar al orador.

Sr. Pena. — He de callar hasta que se pueda hablar sin molestias.

Sr. Presidente (Ferreira). — Puede continuar el señor diputado.

Sr. Pena. — Nuestra clara posición en este debate deriva de la circunstancia de ser el nuestro, un partido histórico, de principios y de doctrina, que trabaja por cambiar el actual sistema económico y social, de acuerdo

con condiciones contenidas en un programa públicamente confesado.

Todos sabemos que los hombres serios rigen su conducta en la vida de acuerdo a ciertos principios que aplican rigurosamente para lograr finalidades determinadas, pero sabemos, también, que existen muchas personas que persiguen finalidades determinadas pero que no rigen su conducta por principios. Afirman que el fin justifica los medios y que los principios son un obstáculo en el camino de sus ambiciones. Esto se aplica a la vida privada de las personas y también se aplica a la vida pública de las mismas y tiene que hacer, incluso, con algunos grupos políticos y constituye, en esta emergencia, la única explicación de la conducta personal del ministro de Hacienda y del grupo político a que él pertenece.

De exégeta de Marx y de representante del partido de la clase trabajadora el señor ministro de Hacienda se ha pasado con armas y bagajes al campo enemigo, y hoy es el vocero más entusiasta de la clase conservadora y de sus peores intereses. Así como suele ocurrir a veces que de las escuelas más rancias de la Iglesia Católica sale el más exaltado librepensador o ateo, también comprobamos que se da el caso que de la escuela socialista, de severa disciplina, de política científica, han salido ciertos temibles aliados de la reacción y, entre nosotros, ocupan puestos de avanzada en la política criolla algunos de estos personajes.

Acorralados por la crítica socialista, tan implacable como justa, los intereses conservadores del país han encontrado así, la manera de renovar sus voceros desconcertando a la opinión pública con el cambio violento de convicciones y de ubicación de algunos pretendidos revolucionarios.

Es por este motivo que la legislación financiera que discutimos carece de la autoridad superior que debería rodear a esta clase de reformas.

No se me oculta que el propio ministro de Hacienda, si cambiara de pronto de finalidad, condenaría desde su propia banca con palabra terrible y de-

finitiva estas sus mismas iniciativas.

Que en la política financiera el ministro no habría de regirse por principios, pudo advertirlo el país ya cuando se hizo cargo de la cartera de Hacienda. El mismo se encargó de anunciarlo públicamente en un reporte; ignoro cuántos grados giraré en mis convicciones.

Pero lo más grave del caso es que, educado en la escuela socialista de trabajo e investigación, el actual ministro Pinedo se demuestra con una laboriosidad peligrosa, por su audacia en el manejo de las finanzas argentinas, para buscar soluciones que necesitan los peores intereses de sus amigos predilectos, a quienes sirve ahora con toda consagración.

Oigamos las propias palabras del señor ministro pronunciadas en el Senado de la Nación el 30 de Enero de 1935: «Aun suponiendo que desde el punto de vista económico pudiera hacerse la liquidación total sin trastornos, sería insensato y tendría la absoluta despreocupación del porvenir argentino el que creyera que se puede, en un momento dado, eliminar a todas las clases conservadoras, a todas las clases pensantes del país para reemplazarlas por los que vengan en el azar de los acontecimientos por una evolución precipitada e inconcebible de toda la riqueza.» Aquí, en estas palabras fervorosas del ministro de Hacienda, está contenida la síntesis de los proyectos que discutimos.

Toda la complicación del Banco Central y las graves incursiones en la Caja de Conversión, en el crédito público y en la moneda están destinadas a encubrir las operaciones del llamado Instituto Movilizador, con el cual se busca sacar de apuros a algunos malos bancos y arreglar la situación de fortuna de amigos comprometidos.

Hago justicia al señor ministro de Hacienda en cuanto él no es responsable de la situación creada, pero lo denuncio como responsable de haber arbitrado soluciones que ponen a contribución el interés nacional para sa-

car a flote situaciones personales y de clase. Ya en la comisión expresé estos puntos de vista y el señor ministro de Hacienda se enojó con esa facilidad que le conocemos.

Sr. Ministro de Hacienda. — Ya se le contestó y se le va a contestar aquí acabadamente, totalmente.

Sr. Pena. — Ya el señor ministro se enojó en la comisión cuando expresé mi opinión. Su trágica desesperación por labrarse una personalidad histórica lo ha hecho últimamente de una intolerancia insoportable. Pero anoche hemos visto a su buen amigo, el presidente de la Comisión de Presupuesto, doctor Martínez, poner el primer grano de arena para el pedestal que recibirá la estatua que pasea inquieto el señor ministro de Hacienda en estos últimos meses.

Sr. Biancofiore. — Puede ser.

Sr. Pena. — Que mis opiniones expresadas en la comisión estaban de acuerdo con el objetivo central de estos proyectos, se ha encargado de expresarlo con toda elocuencia el propio presidente de la comisión, miembro informante de la mayoría. El doctor Martínez ha dicho en síntesis lo siguiente: sobre las ruinas de la Caja de Conversión, debe levantarse el Banco Central. Pero éste no puede constituirse sin contar con la ley de bancos y una ley de bancos no puede dictarse sin contar, previamente, con el Instituto Movilizador.

El razonamiento del miembro informante de la mayoría tiene bastante parecido con la conocida dificultad de aquel botero que debía pasar a la otra orilla con un lobo, un cordero y un repollo. La capacidad del bote sólo admitía llevar dos cosas a la vez y no podía dejar en ningún momento juntos al lobo con el cordero o a éste con el repollo, por cuanto había peligro de que desapareciera uno u otro. Todos saben cómo se ingenió el botero de la fábula para pasar al otro lado las tres cosas sin perder ninguna. Aun cuando podía empezar, dirán algunos, por comerse el repollo para poner de inmediato término a todas las dificultades.

Pero es el caso que el repollo congelado, es decir, los créditos así llamados, que se ocultan bajo el disfraz del Instituto Movilizador, no puede ser eliminado de inmediato, porque se trata de un repollo que se ha congelado después de haber entrado en putrefacción, y que está en un estado tal que no puede ser ingerido. Se lo quiere llevar por eso al otro lado, repitiendo la hazaña del botero, para condimentar después en la otra orilla las operaciones del Banco Central, diluyendo en el tiempo las toxinas acumuladas en una larga fermentación.

Contestando anoche las críticas formuladas a este proyecto, ha dicho el señor miembro informante de la mayoría, que sólo una completa ceguera puede hacer olvidar cuál es en este momento la situación angustiosa de crisis porque atraviesa el mundo. La acusación no nos alcanza. Miembros de un partido político internacional, luchamos con los trabajadores del mundo por superar una organización económica que culmina con el hambre y la desocupación en medio de acumulaciones fabulosas de mercaderías que se destruyen para asegurar mayores ganancias capitalistas.

Anoche el señor presidente de la Comisión de Presupuesto señalaba la tragedia de esta organización económica que en buena parte precipita la miseria sobre el mundo como consecuencia del perfeccionamiento técnico. Lo que debiera ser una bendición para la humanidad, en manos de capitalistas ávidos de ganancias y deseosos de acumular beneficios, constituye una verdadera maldición y una desgracia. Interrumpí al señor diputado para hacerle notar que en ese momento estaba él haciendo una crítica despiadada del sistema capitalista.

Sr. Martínez. — No me había apercibido, pero le agradezco la intervención feliz.

Sr. Pena. — Hay momentos de sinceridad que le honran.

Sr. Martínez. — Dije claramente que soy un neocapitalista; creo que, planteados los problemas, hay que endere-

zarlos y resolverlos. No sacamos nada con la visión del pasado...

Sr. Pena. — Ahora que estoy hablando yo, le ruego que me escuche.

Sr. Martínez. — ¡Cómo no, señor diputado!

Sr. Pena. — No hemos podido aún librarnos de las espantosas consecuencias de todo orden que ha deparado al mundo la terrible destrucción de vidas y riquezas que ha causado la última guerra europea.

Jaurés, con su visión genial, vaticinó lo que habría de ser la guerra, con estas palabras: «Y no se imagine que la guerra de mañana será una guerra corta, bastando unos cuantos golpes para vencer al rival. No se imagine que el vencedor se aplacaría con los lauros de una rápida victoria y que el vencido se sentiría aplastado contra su propio derecho. No. En la situación en que se encuentran las fuerzas militares europeas, no hay un solo pueblo que pueda obtener fácilmente la victoria. La guerra de mañana sería la guerra de formidables masas de hombres.»

Y en su última conferencia entre nosotros, hablando sobre las consecuencias previsibles de una gran guerra europea y los medios de asegurar la paz, dijo también Jaurés estas palabras proféticas: «Es necesario, por medio de una propaganda incesante entre todos los pueblos, mostrar cuál sería hoy el peligro y el desastre para el nuevo y el viejo mundo, para todos los países, para todas las clases, de una gran guerra europea. Desastre económico, no sólo para los pueblos directamente comprometidos, no sólo para las naciones que tendrían que estar todos los días alimentando de nuevo el monstruo devorador de sangre y dinero, sino, para todos los pueblos trabajadores de la tierra, en virtud de una ley de solidaridad económica que hoy es más fuerte que nunca.»

Muchas son las causas invocadas para explicar hoy la persistente baja universal de los precios. En medio de la complejidad de la situación económica del mundo, puede admitirse que existe un conjunto de factores que influyen concurrentemente en el sentido indi-

cado. Sin embargo, atravesamos un período de crisis que sobrepasa en duración y en profundidad a los conocidos ciclos de la economía capitalista y que plantea nuevos problemas cuya solución nadie vislumbra, aun después de tanto tiempo.

No puede desconocerse que buena parte de lo que ocurre es la consecuencia directa de la liquidación de la última guerra, cuyas obligaciones financieras han terminado por cristalizar en la deuda pública de los países beligerantes y que estos no pueden satisfacer por no tratarse de inversiones de carácter remunerativo que permitan obtener los recursos para los pagos regulares de los intereses y de las amortizaciones. Y este conjunto de obligaciones financieras ha impuesto progresivamente a cada país, la necesidad ineludible de asumir una actitud de defensa propia contra la política de los países restantes; proceso que ha culminado en el llamado nacionalismo económico y cuya finalidad es que cada país ha de bastarse a sí mismo.

Pero, por encima de todo este complejo proceso de intereses encontrados, el mundo cuenta con una medida universal de los valores que es el oro y los precios son siempre referidos a una relación de la cantidad de productos o mercaderías cambiadas, medida en una cantidad determinada de este metal.

El abandono del patrón de oro por la mayoría de los países no significa que el oro haya, por eso, dejado de ser la medida universal de los valores; lo único que ha ocurrido es que, en todas partes, salvo contadas excepciones, se ha buscado atenuar los efectos de la depreciación del oro reduciendo el contenido intrínseco de las monedas circulantes.

Cuando se observa una baja parcial de precios en ciertos productos, es fácil explicarlo por circunstancias propias de una alteración en su oferta o demanda o por motivo de una sustitución de los mismos, pero cuando el mundo se encuentra, por el contrario, frente a una baja constante y universal de to-

dos los precios, debe entonces atribuirse la misma a una causa más general.

Mientras los precios de los productos caen sin cesar, arruinándose un sinnúmero de actividades y empresas, con lo cual la cifra de la desocupación se hace cada vez más aterradora, la industria de la extracción del oro vive un período de prosperidad único de su crecimiento, como el que conoció en sus mejores épocas. Si fuera posible extraer oro en cantidades fabulosas, los precios de todos los productos acusarían alzas de significación, pero conocidas son las grandes dificultades que existen para la extracción del oro y eso es lo que explica el alto valor del mismo. Hace mucho tiempo se había comprobado que su producción no guardaba la relación necesaria con el incesante aumento de la producción general en todos los órdenes, y que ésta era una causa inmediata de que el oro aumentara de valor a la vez que se deprimieran los precios de todas las cosas, puesto que los precios indican tan sólo una relación de cantidad en que se cambian los productos con el oro.

Agréguese a esto la circunstancia de que el oro de que disponía el mundo se hallaba pésimamente distribuido, puede decirse, acaparado por casi sólo dos países, en gran parte, y esto, desde luego, constituye un nuevo factor de perturbación universal. En estas condiciones el nacionalismo económico completó la obra. El mundo se encontraba abarrotado de existencias a la vez que quedaban cada día insatisfechas mayor cantidad de necesidades. No era posible, sin embargo, el intercambio de los productos por las crecientes trabas al comercio internacional. El oro, simple instrumento de pago de los saldos del intercambio, fué por eso la única mercadería que debían remitir los países para arreglar sus deudas. He aquí entonces, cómo una simple medida de valor se convierte de pronto en la única cosa por la cual se desviven todos los países desesperados por conservarla, con lo cual la excesiva demanda se transforma también, en el nuevo factor de depre-

ciación del oro y con la consiguiente baja de los precios.

El conjunto de obligaciones financieras contraídas para hacer la destrucción que fué la guerra y la reconstrucción indispensable que a ella siguió es un saldo de cuyas consecuencias no se ha repuesto todavía el mundo, y no sabemos aún cuánto tiempo durará la recuperación que en todas partes se ansía pero que no se ve aun asomar firmemente en ningún Estado del mundo.

Es necesario, sí, es necesario disminuir las deudas. Si el oro se ha apreciado en cantidades fabulosas al extremo de que en este mismo país pueden verse en la ciudad de Buenos Aires letreros infinitos de gente que anuncia que compra oro y pueden verse en los diarios anuncios semejantes, si el oro ha subido en tal proporción de precio, es evidente que existe la necesidad de reducir las deudas y sobre todo las deudas públicas que son las más cuantiosas, que son enormes.

Es éste un concepto expresado ya hace algún tiempo. En el primer momento la ceguera de los acreedores les hizo suponer que era posible que ellos obtuvieran que la sangre de la guerra germinara en su beneficio y llegara así el trabajo de las viudas y de los huérfanos a pagar las deudas por la muerte de sus esposos y de sus padres. Los acreedores no creyeron en el primer momento en lo que es una necesidad ineludible en la historia, pero ya ese concepto entra en las mentes, ya esa realidad se impone.

En uno de los últimos números de la revista inglesa «The Economist» se dice en un comentario muy interesante de orden general sobre la situación del dinero, estas palabras: «Se reconoce que es necesaria una reducción substancial del peso de las deudas internacionales si se desea que el mundo retorne a la prosperidad». Y hace notar en qué medida la devaluación de dólar y de la libra esterlina constituye — siendo esos los dos principales acreedores del mundo — una gran contribución para llegar a este resultado.

Se calcula que Alemania, desde Junio de 1931 a Febrero de 1934, ha visto reducir su deuda por los pagos en estas dos monedas en más de 4.000 millones de reichsmarks; Italia, de Junio de 1931 a Noviembre de 1934, ha visto reducir su deuda en 1.200.000.000 de liras; Polonia, de Junio de 1931 a Junio de 1934, en 380.000.000 de slots; Hungría, de Marzo de 1931 a Septiembre de 1934, en 400.000.000 de pengos. Esto únicamente calculando lo que representa la diferencia del pago de la deuda pública para esos países, como consecuencia de la devaluación del dólar y de la libra esterlina. Y nosotros, si no fuera por la depreciación del papel, podríamos en este momento haber pagado o pagar la deuda pública tomando oro de la Caja de Conversión con un beneficio considerable.

El oro es, sin duda alguna todavía, por desgracia, la medida general de los valores y a su acumulación se consagran todas las actividades de los capitalistas del mundo. El sistema capitalista no ha mejorado después de la guerra. La ley de la ganancia sigue hoy, como antes, siendo la única ley que ha de cumplirse inexorablemente para todos los grandes empresarios. Competencia o muerte del rival o inteligencia con él, si conviene para la mejor ganancia. Por eso ha podido decir Justo, como resultado de esta desesperación por el enriquecimiento en los círculos capitalistas: «Ya no se habla en el mundo del trabajo, sino de los negocios». Y agrega: «la producción para el cambio, el papel creciente del dinero en las organizaciones humanas ha substituído en muchos hombres a la sana preocupación por las necesidades de la familia, la fiebre de enriquecimiento a toda costa; la religión del capital ha hecho clases enteras de fanáticos para quienes la mentira, el fraude son sagrados, la codicia, la principal virtud y los sacrificios humanos necesarios para la mayor gloria de su dios. Los economistas son los teólogos de esta religión.»

El oro está por encima de todas las sanas preocupaciones de una vida re-

gular y de la satisfacción de las grandes necesidades de las masas humanas de todo el universo.

Son muchos los que, para disimular sus propias tendencias a la acumulación, han dado en presentar a los judíos como los únicos personajes que han hecho una religión del acaparamiento del oro y esto lo fomenta también la Iglesia Católica, que ha acumulado riquezas fantásticas en sus insolentes palacios levantados en medio de la miseria y de la desesperación de sus ingenuos creyentes.

Jaurés ha dicho, con el brillo y la elocuencia que tienen todas sus páginas: «Hasta ahora las civilizaciones más esplendorosas han estado como flores desarrolladas sobre un fondo de miseria y de servidumbre.»

Nada ilustra mejor este profundo pensamiento del inmortal Jaurés que una nota gráfica de la revista «Mundo Argentino» de Julio del año pasado que pido se inserte en el Diario de Sesiones. (1)

Muestra cómo viven los que producen el oro por el cual se mata la gente en el mundo; las familias que trabajan; 250.000 obreros que viven en las condiciones más primitivas, atrasadas e inhumanas que dar se pueda. Nunca ha podido ser ilustrada mejor la expresión de Jaurés que en este gráfico que evidencia las chozas en que viven los productores de oro en Sud Africa.

El señor presidente de la comisión nos ha hecho anoche una serie de comparaciones con los países más diversos de la tierra. Ha olvidado que señalaba países cuya situación financiera y monetaria está totalmente *détraqué* como consecuencia de la guerra en que fueron beligerantes. Nuestro país, por el contrario, se ha beneficiado con la guerra. Por lo menos su clase adinerada ha recibido durante la guerra beneficios cuantiosos que desgraciadamente no pasaron como debieron a formar parte del patrimonio general sino que permitieron vidas de disipación que algunos creyeron definitivas en su afán

de desarrollar la prosperidad propia en la desgracia ajena y que quieren ahora hacer pagar a todo el pueblo argentino las consecuencias de semejantes sucesos.

Sr. Martínez. — Pero el señor diputado no podrá negar que la crisis mundial del año 1929 ha incidido con mayor intensidad en nuestro país que en Europa.

Sr. Presidente (Ferreira). — Ruego al señor diputado se sirva no interrumpir.

Sr. Pena. — Esa es la tragedia de esa gente que ha visto duplicar rápidamente sus fortunas durante la guerra, enriqueciéndose de la noche a la mañana. Los que eran ricos se han visto inmensamente más ricos por la demanda cuantiosa, fantástica, de productos que se cotizaban al más alto precio, porque eran las provisiones y municiones indispensables para los ejércitos, y creyeron que eso sería eterno y organizaron una vida de disipación y de derroche sobre la desgracia de aquella gran civilización europea.

La situación actual de nuestro país no puede, pues, ser comparada con la situación de aquéllos. Hay muchas diferencias. No podemos aceptar que se compare sino lo comparable y jamás que se incurra en la comparación con fines de ocultamiento y de deformación de la verdad.

Ocurre siempre lo mismo: teóricamente es muy fácil ponerse de acuerdo. En alta mar los navíos circulan sin dificultad; pero lo difícil es salvar los escollos, porque hay que conocer el canal para entrar a puerto. Por eso en teoría podemos ponernos de acuerdo, lo difícil es el acuerdo en la solución. Para interpretar un fenómeno es fácil el acuerdo; pero para llegar a una solución práctica sobre la base de la interpretación, cambia totalmente de aspecto.

El señor diputado Martínez inició en la sesión de anoche su exposición en una forma un tanto displicente, hablando de la Caja de Conversión, como de una institución completamente sin importancia y ya sin funciones posibles. Habló de fundar el Banco Central sobre las rui-

(1) Véase pág. 224.

nas de la Caja de Conversión. ¿Qué sobre las ruinas; sobre el oro! Hay que decir las cosas como son. Y con ese motivo se hizo cargo de un conjunto de teorías que circulan en el mundo hoy, a propósito de la moneda.

Es exacto que la moneda puede circular sin encaje de oro. No necesitamos recurrir a experto extranjero, de nombre un tanto raro que pronunciamos mal porque no sabemos la pronunciación correcta del alemán o del inglés. Ya lo sabemos nosotros. ¿No hemos visto que en 1899 el papel no tenía un gramo de oro y circulaba, y habiendo bajado a cinco centavos de oro su contenido llegaba en ese año a 50 centavos oro? Entonces se dictó una ley para que no pasara de 44. No hace falta oro para que el papel circule y eso lo hemos probado cincuenta veces, siendo elocuente la experiencia monetaria argentina al respecto. Sabemos, también, que habiendo oro en la Caja de Conversión, que llegó a más de 80 % de encaje, pero como no había conversión de papel, éste bajó considerablemente, se depreció en cantidades fantásticas, no obstante haber oro en cantidades enormes.

Para conocer eso no hay necesidad de traer informaciones eruditas, cuando nuestros propios hechos son tan claros y nuestra historia monetaria tan elocuente.

Si hay algo que hacer en estas cosas, es recurrir a las citas clásicas que son las que han dado hace mucho tiempo en definiciones precisas y claras, lo que podría llamarse casi la ley de la circulación monetaria. Y a este respecto, Ricardo puede ser citado siempre, sin necesidad de agregar para nada nuevas citas en esta materia. El, ha dicho, antes de nuestra experiencia monetaria, porque Ricardo es anterior a ella, cosas que la experiencia monetaria argentina ha comprobado que pueden ser. Ha dicho: «Una circulación llega a su estado más perfecto cuando toda ella consiste en papel moneda, pero de papel moneda de un valor igual que el oro que pretende representar. Desde un punto de vista nacional, poco importa que los que emitan esta moneda de pa-

pel bien regulada, sea el gobierno o un Banco, porque en cualquier caso será igualmente generadora de riqueza, pero no es lo mismo con respecto a los intereses individuales. En un país dado, donde la tasa del interés es del 7 % y donde el Estado necesita para un gasto particular 70.000 libras esterlinas al año, es una cuestión muy importante para los súbditos del país, la de si ellos habrán de ser gravados con un impuesto para pagar esas 70.000 libras por año, o si puede conseguir las el gobierno sin recurrir al impuesto. Supongamos que el gobierno necesita 1.000.000 de libras para equipar una expedición. Si el gobierno emite 1.000.000 de papeles y desplaza 1.000.000 de moneda, la expedición quedará equipada sin ningún recargo para el pueblo. Pero si un Banco emite 1.000.000 de libras y se lo presta al gobierno al 7 %, desplazando por lo tanto un millón de moneda, el país será gravado con un impuesto de 70.000 libras. El pueblo pagará el impuesto, el Banco lo recibirá y la sociedad en cualquier caso será tan rica como antes, la expedición habrá sido organizada realmente por la mejora del sistema, haciendo productivo el capital de un valor de 1.000.000 de libras en la forma de mercancía, en vez de dejarlo improductivo en la forma de moneda. Pero la ventaja estará siempre en favor de los emisores de papel moneda, y como el Estado representa al pueblo, el pueblo se habría ahorrado el impuesto si el gobierno y no el Banco hubiera emitido el 1.000.000 de libras.»

Y Marx, que es también anterior a nuestra experiencia monetaria, dice en *El Capital*, página 90 de la traducción Justo: «La masa del medio circulante de un país dado, nunca baja de cierto mínimo que se determina por la experiencia. El hecho de que esa masa mínima cambie continuamente en sus componentes, es decir, consiste siempre en pesos de oro, no modificará en nada su monto, ni su constante movimiento en la esfera de la circulación. Ella puede ser reemplazada por símbolo de papel. El papel moneda es signo de oro

o signo de moneda; su relación con los valores de las mercancías consiste sólo en que ella se expresa en las mismas cantidades de oro que el papel representa simbólicamente ante los sentidos.»

De modo, señor presidente, que después de los que han dado en el mundo las leyes clásicas de la circulación de la moneda, no se ha inventado nada nuevo. Se ha hecho toda clase de experiencias; se han aplicado toda clase de procedimientos, pero no ha variado, porque no puede variar, una ley que se ha enunciado con tanta claridad y que seguirá siendo, mientras el régimen actual no cambie, tan valedera en este siglo y en los siguientes como en el siglo anterior en que fué enunciada.

Ahora, ¿cómo ha de hacerse esa emisión de papel moneda? He aquí el problema más grave. Ayer, el señor presidente de la Comisión de Presupuesto repitió palabras que se vienen diciendo desde hace muchos años en este país acerca del sistema rígido, mecánico, de la Caja de Conversión. Y como si ya no bastara la cantidad de cosas que se han dicho de la Caja de Conversión, empleando cuanto adjetivo ofrece la riqueza de nuestro léxico, se han agregado los adjetivos franceses, y es así como no se ha podido dejar de traer el *détraqué*.

La verdad es que allí está precisamente lo más importante de este asunto.

Daré a la Cámara informaciones que datan de hace más de un siglo y que concuerdan con la opinión de gente que en esta materia acaba de expresar la propia.

En 1810, una comisión designada en Inglaterra para dictaminar acerca de la situación monetaria, el «Bullion Committee», compuesta por Horne, Hutchisson y Thortus, dijo: «Antes del curso forzoso, la baja del cambio y el precio elevado del oro obraban automáticamente para reducir los billetes. Con el curso forzoso esta acción restrictiva ha desaparecido; la emisión ha quedado sin freno suficiente. El Banco de Inglaterra es de opinión que en cuanto emita billetes solamente contra los descuentos de bonos a corto

plazo, la cantidad de billetes en circulación no es exagerada. Esta afirmación es exacta bajo el régimen de convertibilidad, pero no lo es bajo el régimen del curso forzoso, porque los billetes pueden en este caso, depreciarse sin ser presentados al cambio y pueden acrecer indefinidamente». Y agrega la comisión: «Un freno automático vale mejor que un freno aplicado arbitrariamente.»

Estas ideas de 1810, reaparecen en la República Argentina en el año 1921, en la Memoria de la Caja de Conversión, donde puede leerse lo que sigue: «Bajo el imperio de esta ley de conversión, las emisiones de la moneda papel no dependerán de arbitrio personal alguno, ni de operaciones bancarias susceptibles de criterios diversos o interesados, sino del hecho material e indiscutible de un depósito de oro equivalente con todos los caracteres de un automatismo excluyente del error y del favor.»

Delaunié, que el año último escribió un libro de gran valor, titulado *La batalla del oro*, expresa palabras que concuerdan con las opiniones del comité de 1810, que recordé, y con la de las autoridades de la Caja de Conversión de 1921: «En todas las usinas eléctricas — dice — existe lo que se llama un tablero, donde se registran, de un lado, todas las señales que indican en todo momento el trabajo de las máquinas, y del otro, parten las llaves que regulan la intensidad y la distribución de la corriente. Un técnico maneja unas de acuerdo con las indicaciones de las otras. Es cierto que puede distraerse, enfermar, o quizá, que algún interés o pasión le haga hacer alguna falsa maniobra. Es por esto que se tiene, precisamente, a substituir siempre la intervención humana por el automatismo de la máquina. Esta es la ley del progreso industrial y es también la de la evolución natural. ¿Qué sería del hombre si la mitad de su atención y de su esfuerzo debiera emplearse en los movimientos de su corazón, las contracciones de su estómago o el ritmo de sus pulmones? Es claro que no es

posible ni deseable suprimir la parte de iniciativa en la economía, pero hay funciones de ajuste, tales como la de la moneda, que puede ser reducida al simple rol de vigilancia y control.»

Vean los señores diputados, cómo estos conceptos de la necesidad de tener en el manejo de la moneda un principio mecánico, aparecen expresados a través del tiempo por personas cuya autoridad no puede ser negada y que restan todo valor a la propaganda que se ha venido haciendo en este último tiempo, acerca del sistema rígido y mecánico de nuestra Caja de Conversión.

Nosotros sabemos perfectamente bien cuál es en estas materias la situación de los intereses en juego. Representantes de los trabajadores, que son eternos acreedores de los salarios por el trabajo que cumplen diariamente, nuestra posición en defensa de los salarios se confunde con la defensa del interés de los rentistas. Paradoja de este sistema económico.

Encuentran en nosotros a veces los rentistas los defensores del interés de sus cupones, de la renta del dinero que han acumulado. Pero nosotros tenemos una idea más completa de esta situación; no creemos ni podemos admitir que una baja catastrófica de los precios que paraliza la producción, que lanza a la desocupación millones de hombres en todo el mundo, pueda llevarnos a la ceguera de sostener el principio del valor íntegro y total del papel o su valor legal, como la única solución necesaria y deseable para las dificultades de tales momentos.

Sabemos que hay en la economía, como está ella organizada, una parte dinámica, que es la parte de los empresarios, de los que invierten el dinero, de los que trabajan para sacar de inmediato algún rendimiento y que han de pagar el tributo a los señores dueños del capital bajo la forma de interés, de arrendamiento o de cualquier otra cosa que se pague por usar la propiedad, sea ella tierra o dinero. Y esa parte dinámica en el proceso de la economía es la que se paraliza cuando los precios sufren una baja catastrófica. Y no hemos

de ser tan ciegos que nos parapetemos en la defensa absoluta y total del valor de la moneda para que los precios no sólo se mantengan bajos, sino que sigan bajando, porque comprendemos que es poner un freno o detener con un palo el engranaje de este proceso capitalista.

Nunca lo hemos entendido así y por eso la Internacional Socialista reunida en Viena el año 1932 tomó una resolución firmada por representantes de Inglaterra, Alemania, Austria, Dinamarca, Francia y Suiza, en la que se decía lo siguiente: «La política de los bancos de emisión ejerce una influencia importante sobre la función económica de los distintos países. Si en el curso de los primeros años después de la guerra la inflación ha empobrecido en muchos países a la clase obrera, más tarde la política de deflación ha provocado en algunos países graves perturbaciones económicas. En los países donde la cotización de los cambios se efectúa a un tipo elevado con relación al poder de compra interior, los bancos de emisión ejercerán sobre los precios, y de consiguiente también sobre la producción, una presión sensible para suprimir esta desproporción. Si en los primeros años después de la guerra la deflación empobreció a los obreros, posteriormente la política inflacionista ha enriquecido a los agricultores en detrimento de la producción y consiguientemente, ha agravado la crisis económica y la desocupación».

Y luego de otras consideraciones generales, terminaba la Internacional Socialista con estas conclusiones: 1º, Hay que democratizar los bancos de emisión; 2º, Establecer una cooperación internacional más estrecha entre los bancos de emisión y la formación de bancos para arreglos internacionales en una armonía de cooperación estrecha entre los bancos de emisión; 3º Cese de toda política inflacionista de los bancos de emisión; 4º, Política internacional del crédito de los bancos de emisión tendiente a una nueva repartición más equitativa del oro para impedir la huida de capitales de los diversos países.

El Partido Laborista inglés, también a fines de 1932, posteriormente a esta resolución de La Internacional, tomó otra de la que destaco estos párrafos: «Que el enorme poder ejercido por el sistema financiero no puede mantenerse bajo el control privado y el control público de tal sistema es esencial para realizar la política de desarrollo nacional planeado para impedir que la política socialista sea mañana dificultada, ya por la oposición activa o por la oposición pasiva de los intereses financieros privados».

Y después de otras consideraciones declaraba: «Que en vista de la bancarrota del patrón oro el propósito de la política monetaria británica debe ser estabilizar los precios al por mayor a un nivel conveniente en este país y buscar por medio de acuerdos internacionales en la más vasta escala posible, la estabilidad en la tasa de los cambios y salvaguardar a los trabajadores contra la explotación que les ha sido impuesta en los últimos años por los especuladores. Segundo, que al Banco de Inglaterra se le coloque bajo la propiedad y el control público, y que el gobernador sea designado por el gobierno y sometido a la condición general de un ministro de gabinete, responsable ante la Cámara de los Comunes por su política de crédito y bancaria, y que las tareas regulares de los negocios del Banco queden a cargo del gerente y de un personal».

En los fundamentos dados a conocer de esta resolución se dice lo que voy a leer, y no porque pretenda hacer en este caso de profeta; lo digo porque en algún momento afirmé que la derrota de los laboristas fué ocasionada principalmente por mantenerse, dentro de las ideas monetarias anteriores, acerca de la necesidad de volver a la paridad de la libra. El miembro informante, doctor Hughes Dalton, dice en su informe: «No sólo a mi juicio, sino en el de muchos compañeros de movimiento, se cometió un grave error cuando volvimos al patrón oro en 1925. Fuimos en parte inducidos a ello por una persona

que no sólo ha abandonado nuestro partido, sino que ha dejado también de formar parte del propio gobierno nacional: me refiero a lord Snowden.»

Y, ¿qué hemos dicho nosotros, señor presidente? ¿Hemos pedido el retorno a la paridad legal de los 44 centavos? No, señor presidente. Hemos dicho, y está en artículos públicos que pueden leerse en «La Vanguardia» del 9 de Noviembre de 1933, antes de los decretos del gobierno. «En cuanto a nosotros, la baja constante de los precios en medio de la inconvención, hace mucho tiempo que nos mantiene alejados de la paridad legal de 44 centavos oro por cada peso papel y quizá fuera el momento de pensar en una estabilización con el objeto de abrir la Caja y poner en circulación un inmenso tesoro que permanecía sin objeto desde hacía tanto tiempo». Y cuando se realizó el famoso empréstito de desbloqueo, nosotros, el 12 de Noviembre de ese mismo año, antes de los decretos del gobierno decíamos: «Fué precisamente en vista de esta nueva situación que adelantamos días atrás si no habría llegado el momento de pensar en una estabilización». Y luego de condenar el decreto que se dictó el día anterior, sobre control preventivo de los cambios, agregábamos: «Está fuera de duda que será mucho mejor un papel estabilizado y convertible aún con menor cantidad absoluta de oro, aunque con mayor porcentaje de encaje referido a un valor legal menor, que conservar una paridad ficticia y un montón de oro completamente inútil, de manera que lo inútil y lo ficticio sirva para mantener al país en la senda de la arbitrariedad, del peligro de la emisión sin control y de las complicaciones mayores para la salida de nuestros productos que necesitan mercados».

¿Qué había ocurrido en este país? Las deudas que tienen importancia grande, que son las que gravitan sobre la economía nacional, no son las de unos cuantos señores que sacan de los bancos abusivamente lo que no debieran sacar y lo que los directores no debieran darle. No son esas las deudas importantes. Con ellas habría que repetir lo que acaba de

hacerse ayer por la justicia con un Banco de la plaza. Algunos señores debieran ser escarmentados, porque no basta la tradición de un apellido para considerarse con derecho a echar sobre la masa social la enorme gravitación de una vida de despilfarro y de desorden.

Las deudas que importan son otras, por sus consecuencias más graves y que derivan de los servicios públicos de capital extranjero: el 70 % de los cambios bloqueados que habían en este país, eran utilidades de empresas que no podían ser liquidadas, porque no podíamos pagar y porque tampoco querían recibir lo que nosotros producíamos. Esa es la tragedia que se observa en el mundo capitalista. Hay ahora una lucha entre los intereses del capitalismo británico internacional que tiene empresas por todo el mundo, que tiene marina mercante, que necesita recibir productos del mundo. De otra manera no podemos devolver el oro porque el oro no está; el oro está invertido en rieles que no podemos levantar y en frigoríficos que no se pueden llevar a bordo. En aquella lucha interna han venido ahora los conservadores de allí, que son exactamente iguales a los de aquí. Ahora no podemos mandarles nada. ¿Green ustedes que esta es una solución internacional, que esto puede hacer un partido que gobierne al mundo? En cada país hay un grupo de hombres que manejan las cosas con el criterio de su ventaja personal y a quienes les importa un ardite la vida y el progreso de sus connacionales y los destinos del mundo.

El total de las subscripciones al empréstito, según una planilla que me ha sido suministrada por el Ministerio de Hacienda, fué de 13.000.000 de libras esterlinas. Tengo aquí los datos de los que han solicitado esa subscripción: Ferrocarril Sud, 3.500.000; Ferrocarril Central Argentino, 2.500.000; Pacífico 763.000; Oeste, 482.000; Midland, 55.000; del Chubut, 26.000; Ferrocarrilera de Petróleo, 50.000; Ferrocarril de Entre Ríos, 4.000; Nordeste Argentino, 3.000. En total hay 7.000.000 de libras para ferrocarriles; 1.000.000 de libras para la Shell Mex; 1.223.000 para aguas corrientes de Bahía Blan-

ca, Santa Fe, Rosario, Compañía de Gas, Electricidad de Buenos Aires y Compañía de Aguas Corrientes de Buenos Aires. Algunos bancos y compañías de seguros son los que completan los 13.000.000 de libras.

Estos son los servicios que han gravitado y que han hecho imposible que nosotros pudiéramos pagar. El asunto se ha arreglado con un empréstito. De manera que, después de pagar los servicios regulares, este país tiene que cargar todavía con el pago de los intereses sobre las ganancias, que no deberían ser tan altas, dado el momento de depresión en que se obtuvieron. Pero es la política financiera del momento.

Señor presidente: me ha dolido que el presidente de la Comisión de Presupuesto, tan pródigo en la búsqueda de antecedentes de todo el mundo, no haya tenido en estas materias ni siquiera el recuerdo de las cosas que en este país dijo y proyectó Justo en materia de moneda. Y lo digo porque creo que ha sido simplemente una omisión, porque no obstante la posición en que nos encontramos, frente a frente con el señor ministro de Hacienda, estoy convencido que él reconoce, como lo ha declarado en el Senado, que sus ideas fundamentales en esta materia las ha aprendido del Partido Socialista y principalmente del doctor Justo.

El doctor Justo fué uno de los pocos hombres que contribuyeron a formar el Partido Socialista en el siglo pasado. La razón determinante de su intervención en la política y en la formación de este partido fué antes que nada la preocupación por la moneda argentina. El doctor Justo fundó un diario con los recursos escasos de que disponía en su juventud; vendió su medalla y su coche de médico para allegar recursos a ese diario que fundaba en aquel momento principalmente para hablar sobre la moneda argentina. Su último proyecto, presentado al Senado de la Nación, es la culminación de su vida política, de un contenido no igualado en el siglo que corremos, toda una vida consagrada a fijar di-

rectivas y a ilustrar al país en esta materia.

¡Y no era el doctor Justo un hombre que cerrara los ojos a la realidad, y que por cálculo o por miedo dejara de decir la verdad! El doctor Justo, escribió en 1911 algunas palabras que voy a leer, después de dos décadas de obra civilizadora del Partido Socialista, de conferencias en las esquinas, de publicación de un diario para ilustrar al pueblo, diario que no recibió jamás favores oficiales, que quiso ser pobre y no se complicó con las lacras sociales ni aceptó recibir grandes entradas defendiendo los vicios del juego y del alcohol y que quisieron destruirlo en 1910, en ocasión del Centenario de la Libertad, quemando su imprenta. Fué en 1911 que el doctor Justo escribió el prólogo para su libro *La moneda*. Se hablaba que quizá convendría, por razones de orgullo nacional, fundir en el sello nacional las libras esterlinas, las águilas, todo el oro de la Caja. Y el doctor Justo, decía: «Más interesante que hacer esto fuera determinar con exactitud la proporción en que el papel moneda argentino no necesita de su correspondiente encaje metálico para circular sin quebranto; será saber cuándo y en qué cantidad podrá hacerse una nueva emisión de papel moneda de Estado con fines fiscales, no bancarios».

Bajo la inconversión del papel moneda, cuando está la Caja cerrada, cuando el papel moneda se había reducido en un porcentaje de 40 %, se invocaron estas palabras para hacer notar que el doctor Justo debió estar de acuerdo con el redescuento. Sus palabras sólo tienen que ver en su régimen de conversión; esto pudo y debió hacerse cuando la Caja de Conversión estaba abierta y no en momentos en que faltaba el automatismo, ese mecanismo que tanto irrita a los señores diputados que se han puesto ahora tan ágiles. ¡Es absolutamente imposible que se quiera dar aplicación a este párrafo en un régimen de inconversión!

Es exacto que el Partido Socialista se opuso a la ley de conversión en 1899,

pero es que aquí, en este país, las cosas andan al revés del mundo. Desde ese año a 1914, el mundo asistió a una continuada y progresiva carestía de la vida, que se atribuyó por muchos, a excesiva producción de oro y a los métodos nuevos introducidos en la tarea de su extracción y trabajo frente a la producción no tan grande de las mercaderías en general. Y en lugar de dejar que este país se atenuara el proceso de carestía general, dejando que su papel se apreciara y que la baja de precios que derivaba de la apreciación del papel mantuviera el equilibrio dentro de la carestía universal, se dió la ley de conversión de 1899, para fijar definitivamente en 44 centavos oro el valor del peso papel argentino.

En 1914, cuando se cerró la Caja, ¿hubo, acaso, las razones y argumentos que se hicieron anoche? ¿Está justificado ante la historia argentina el cierre de la Caja en 1914? ¿No se ha probado hasta la evidencia que fué una medida de hombres timoratos que no tenían la visión exacta de la realidad argentina y universal, que lejos de salir el oro de la Caja llegó a tener un encaje superior, jamás igualado en los anales de su existencia? ¿No se ha probado por la realidad que el oro en vez de salir llegó a raudales y que se duplicó la cantidad de oro que había en la Caja? Entonces, ¿qué valor tienen esos argumentos?

Es curioso, señor presidente, que ahora nosotros, que hemos combatido la creación de la Caja de Conversión, por lo que significaba la tentativa de impedir la valorización del papel, porque no fué otro su propósito, seamos los que ahora tengamos que asumir su defensa.

Sus fundadores, ni siquiera tenían la idea exacta de lo que proyectaban, al extremo de que llegaban en su error teórico y de fondo a admitir la necesidad de un encaje de 100 %, y creaban recursos distintos sobre la base de impuestos diversos, para allegar fondos y constituir así un encaje necesario para cada uno de los pesos que circularan.

Como decía, es curioso que ahora nosotros tengamos que defender la Caja de Conversión y que otros encuentren que ya no sirve los intereses tradicionales del país, y que para salir de las dificultades del momento consideren necesario organizar una vasta y compleja institución bancaria de crédito y de moneda para llegar a una conclusión que, como veremos después es completamente antisocial y antijurídica.

Nuestro sistema monetario antes del año 1914, decía Justo, tenía las ventajas propias que no tienen los sistemas monetarios de los países principales del mundo. Una era la circulación de algunos numerarios de valor seguro, estable y sin circulación de oro, un numerario más cómodo y económico, que llenaba exactamente todas las funciones de la moneda; el otro carácter propio de nuestro sistema monetario era el de ser completamente independiente de los bancos. Es preciso que mantengamos esas dos características de nuestro sistema monetario. Hay que separar y mantener separados, y proclamarlo como un principio argentino, las funciones monetarias del Estado, de sus funciones bancarias.

¿Y ahora qué se pretende, señor presidente? ¿Que el mecanismo de la Caja de Conversión no sirve, que hay que crear un Banco Central!

Para esto hace falta una ley de bancos, y para que haya ley de bancos, hace falta el Instituto Movilizador.

No tenemos el Banco Central. No lo tenemos, pero podríamos decir también que ningún país de Europa tiene la cordillera de los Andes, que la tenemos nosotros... ¿O es fatal que debamos tener nosotros todo lo que tienen los demás?

Esa manía de imitación no es mera fantasía, sino la resultante de la evolución del sistema capitalista y de la penetración progresiva de los intereses privados en la esfera de la acción pública. Los bancos, que son negocios privados tienen una influencia decisiva y creciente, como veremos, en las finanzas públicas de este país. Ya llegaremos

a decir algo a propósito de los bancos y de algunas personas muy importantes del mundo político.

El Banco de Inglaterra, orgullo de aquella nación, ¿es acaso una obra científica? Es el resultado de una simple operación bancaria, es el resultado de una deuda del gobierno con un Banco cualquiera, y con motivo de esa relación inicial terminó por adquirir a través de los siglos el desarrollo conocido.

Marx dice, explicando el origen del Banco de Inglaterra: «Los grandes bancos apoyados en títulos nacionales fueron desde su origen sociedades de especuladores particulares que se ponían al lado de los gobiernos y estaban, gracias a los privilegios obtenidos, en condiciones de adelantarles dinero. La acumulación de la deuda pública no tiene por eso índice más infalible que el alza sucesiva de las acciones de esos bancos, cuyo desarrollo completo data de la fundación del Banco de Inglaterra en 1694. El Banco de Inglaterra principió prestando su dinero al 8 %; al propio tiempo el Parlamento lo facultaba para emitir dinero con el mismo capital prestando otra vez al público en forma de billetes de Banco. Con estos billetes podía descontar letras de cambio, adelantar dinero sobre mercaderías y comprar metales preciosos. No pasó mucho tiempo sin que esa moneda de crédito fabricada por él mismo, fuera el dinero en que el Banco hacía sus préstamos al Estado y pagaba por cuenta de éste intereses de la deuda pública. Pero no bastaba que diera con una mano para recibir más con la otra. Al propio tiempo que recibía continuaba siendo el eterno acreedor de la Nación hasta el último centavo. Poco a poco se hizo el inevitable receptáculo de los tesoros del país y el centro de gravedad de todo el movimiento comercial. En la misma época en que se dejó de quemar bonos en Inglaterra, empezó la era de los falsificadores de los billetes de Banco».

Y Justo, hablando de la imitación que desde hace tiempo se quiere realizar, estableciendo un Banco tipo del de In-

glaterra, se refiere a la confusión de las funciones monetaria y bancaria. Dice: «Si ellas se confunden todavía en algunos países es por la imitación rutinaria de lo que se ha hecho en Inglaterra, por ejemplo, donde en un momento dado de la historia de aquel país, historia agitada y azarosa de un gran país de negociantes, convino al gobierno inglés poner en manos de una corporación capitalista el derecho de emitir anexado a funciones bancarias. Es así cómo ha nacido el Banco de Inglaterra, que algunos miran como un modelo, simple resultado sin embargo de una obra empírica y nada científica, que no obedece a ningún principio sino a la solución en un momento dado de una situación difícil.»

Sería muy fácil hacer una exposición larga para explicar el funcionamiento del Banco de Inglaterra; pero para que los señores diputados puedan tener sobre ello un concepto cabal, si es que después de este debate desean informarse sobre estas cosas, los remito a un folleto editado por el Partido Socialista, que contiene traducción del inglés por el doctor Repetto, una publicación del Partido Laborista. Se llama *Bancos y finanzas*.

Querer hacer comparaciones con ese Banco, es una ilusión propia de gente que está fuera de toda realidad. El Banco de Inglaterra funciona en un medio completamente propio; es actualmente el resultado de una vasta experiencia de casi tres siglos, dentro de un país que tiene diseminado por el mundo un conjunto tan grande de intereses, que puede certificar la bondad de cualquier carta de crédito que allí se lleve después de haber pasado por cualquiera de los cinco continentes, porque en todos tiene sucursales. Pero aquí, donde siempre empezamos por dudar de los bancos, ¿cómo pretender una comparación?

Norte América tiene un sistema bancario distinto, pues en Inglaterra hay cinco bancos de depósitos, que manejan las finanzas de ese vasto imperio económico y existen además casas especializadas de otro tipo. En cambio,

Norte América tiene la friolera de 30.000 bancos; en 1913 dictó una legislación para establecer el Banco de la Reserva Federal, a la cual solamente se han acogido 8.000 bancos nacionales, porque los demás no tienen ese carácter de nacional.

En el momento que Norte América creyó que su situación de acreedor del mundo podía permitirle una expansión financiera fácil y rápida por todo el mundo, quiso hacerlo, pero encontró que carecía de los elementos indispensables de información. Levantó algunos grandes edificios, pero no consiguió el objetivo de parecerse al Banco de Inglaterra.

¿Qué es lo que hace el Banco de Inglaterra? Originariamente se hizo cargo del privilegio de emitir, tomando 20.000.000 de libras que había dado el gobierno como un pasivo de su departamento de emisión. Vino después la guerra, las necesidades financieras de aquel país fueron tan premiosas que se llevó la emisión de papel moneda a 260.000.000 de libras y el Banco de Inglaterra quedó con ese monto de emisión fiduciaria a su cargo como pasivo de su departamento de emisión.

Pero por encima de esos 20.000.000 originarios o 260.000.000 de libras actuales, el Banco está obligado a tener una libra oro por libra papel que emita: libra por libra, es la expresión inglesa.

Los otros bancos centrales de otros países han establecido otros sistemas que se consideraban más elástico. Es curioso. En física, elasticidad, quiere decir la propiedad de los cuerpos de tomar su forma anterior una vez que haya dejado de actuar la fuerza que los mantenía estirados. Y aquí se cree siempre que la elasticidad es cuestión de estirar y no dejar volver a la forma anterior. Los otros bancos han adoptado el principio más elástico. Se establece en ellos que la emisión se hará guardando cierta relación del porcentaje con el encaje de oro, y en otros, ya más elásticos, se dice que guardará cierta relación con su encaje de oro y con el cambio que el Banco disponga. De modo que hay en el mundo una

variedad infinita de modelos que podríamos tomar para hacer un Banco. Lo que no tenemos son las condiciones, los motivos y las aptitudes para hacer las cosas que se han hecho en otras partes por otras razones.

Justo decía en el Senado: «No podemos pensar en liquidar el Banco de la Nación. Es una entidad demasiado voluminosa, que ocupa mucho lugar en el país argentino, que tiene indudablemente elementos para hacer una entidad bancaria poderosa y no habría motivos para destruirlo o aniquilarlo. Lo que es indispensable es reformarlo, sanearlo y constituirlo como Banco Central, con el apoyo de la solidaridad de los otros bancos, no con el del Estado, como entidad monetaria».

No tenemos aquí el problema que se ha presentado en muchos países del mundo: la necesidad de unificar la emisión del papel moneda. Países que tenían una pluralidad de institutos emisores, se han visto en la necesidad de crear alguna organización, de modo de concentrar en una sola el privilegio de la emisión. El doctor Baiocco, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas, en un trabajo del año 1933 sobre «Comentarios al informe del perito Niemeyer», hace notar esta circunstancia, diciendo en la página 19: «En los últimos tiempos se ha acelerado el proceso para implantar en la práctica el requisito del control de emisión, ya consagrado en la doctrina, el cual unido al principio de la reglamentación de la emisión ha dado mayor solidez a los institutos emisores, a la vez que les ha permitido asumir la responsabilidad de la emisión. Entre nosotros no tenemos el problema de la pluralidad de institutos emisores, como Italia y Alemania, pero tenemos el problema de las emisiones provinciales mediante Letras de Tesorería».

Bien, señor presidente. Concretando sus ideas sobre estas materias, el doctor Justo proponía entonces en un proyecto que presentó al abrirse la Caja de Conversión, el año 1927: que por cada llegada de oro efectivo en la Caja, se diera al que llevara el equivalente en

pesos papel y se hiciera por el Estado una emisión de dos veces la cantidad correspondiente para que con ella se construyera principalmente en el país argentino las escuelas que son tan necesarias. El procedimiento debía seguir aplicándose hasta el momento en que el encaje quedara reducido a 40 %. Con esto, el doctor Justo resolvía el problema que tanto preocupa a los señores diputados, que en primer término señalan como función del Banco Central la de regular la cantidad de moneda, teniendo en cuenta, según dice el proyecto, las necesidades ocasionales de la cosecha y de los capitales extranjeros.

Es evidente que si había una corriente de oro hacia el país argentino y si ingresaba a la Caja una suma determinada de oro, la corriente que se iniciaba habría de seguir, y si se emitía papel por tres veces la cantidad de oro depositada, el papel así emitido tomaba por anticipado el lugar del oro que habría de llegar más tarde, y las necesidades de la circulación estaban satisfechas sin necesidad de que llegara más oro. El Estado tenía así recursos sin perjudicar a nadie, sin ocasionar ningún trastorno, dentro del sistema tan mecánico — que los señores diputados han encontrado que no sirve para nada — de la Caja de Conversión.

Vamos a entrar ahora a la parte que se refiere a los bancos. Confieso que no es una parte agradable.

Hemos recibido en la Comisión de Presupuesto la visita de dos ex ministros de Hacienda. Nos han dado sus luces. Pero, desgraciadamente, tanto uno como otro son presidentes de directorios de bancos que están en muy mala situación.

Cuando ayer el señor presidente de la Comisión de Presupuesto, a ratos patético, hablaba de que hay que evitar la influencia política en el Banco Central, cabía preguntar qué influencia política, quiénes son esos señores políticos a quienes tanto miedo tienen los señores del gobierno y de la mayoría. No somos nosotros; no creo que se puedan referir en modo alguno a nuestra influencia política en la gran banca. ¿A quiénes

se refieren entonces estos señores del gobierno y de la mayoría cuando ellos mismos hablan con horror de los políticos?

¿Quiénes son esos políticos? En la Comisión de Presupuesto se dieron al pasar algunos nombres de deudores, por si alguien los pescaba. No se crea, se dijo, que esta es una medida para perseguir a los enemigos políticos; no: a Fulano de Tal, radical, le han arreglado la situación en forma muy ventajosa — yo no voy a dar el nombre —. Lo que yo puedo decir, señor presidente, es que el deudor máximo de los bancos oficiales que se conoce es un personaje político conservador de la más alta figuración en las filas del Partido Demócrata Nacional y que así, como en la comedia de *Los intereses creados* se encuentra necesario por los acreedores casar al aventurero con la heredera, también se habla de este personaje como de un serio candidato a la presidencia de la República.

Bien, señor presidente. Hemos pedido a los bancos unas informaciones.

Dije ayer y lo repito hoy, que esas informaciones son deficientes. Nos dirigimos a cada uno de los bancos con una nota particular y llegaron algunas respuestas. Pero antes quiero hacer presente que cuando presentamos nuestro pedido de informes el señor ministro nos dijo: nada de esto se puede dar; no es posible darlo! Nosotros dijimos: si estos datos no podemos conocerlos, no haremos nada. Después del primer enojo el señor ministro se tranquilizó y buscó la forma de que tuviéramos alguna información. Fué así que mandamos notas a cada uno de los bancos y éstos empezaron a mandarnos algunas informaciones directas.

Quiero hacer honor al Banco de la Provincia de Buenos Aires, que mandó a la comisión una información seria y documentada, en la que no se ocultaba absolutamente nada de lo que pedíamos. El Banco dice en un párrafo de su nota con que remite los informes: «La importancia y trascendencia de los asuntos a estudio nos obligaría, para dar una opinión fundada, a un estudio muy detenido de las disposiciones que contienen,

así como de las probables repercusiones que su implantación podría tener sobre el sistema económico y financiero de la Nación. Por ese motivo y dada la premura con que se nos pide opinión no nos es posible satisfacer el pedido hecho por la honorable comisión. No dudamos que dado el elevado criterio de los miembros de esa comisión comprenderán la imposibilidad en que nos encontramos, por las razones expuestas, para emitir un juicio fundado sobre asuntos tan delicados.»

—Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 2º, doctor Roberto J. Noble.

Llegó la información del Banco de la Provincia y ella hace honor a este Banco. Llegó también un informe del Banco de la Nación y ese informe no hace honor al Banco. Llegaron después algunas informaciones particulares de otros bancos; pero como no venían los informes de los demás bancos se nos anunció por el señor ministro que llegarían por intermedio de una Asociación de Bancos de la República. Esperamos un día y no llegaron los datos; esperamos otro día y tampoco llegaron. Nosotros no íbamos a la comisión si no llegaban esos datos, pero al fin llegaron. La comisión entre tanto había despachado algunas cosas sin nuestra presencia y nosotros nos impusimos de los datos.

La Comisión de Presupuesto recibió una nota escrita a máquina, sin membrete, sin sello, sin domicilio y sin teléfono. Se enunciaaba en ella el nombre de varios bancos, algunos de ellos borrados. ¿Es posible que se pueda enviar al Congreso de la Nación una nota tan importante y que carezca de todos esos enunciados?

La nota dice...

—Al leer el señor diputado Pena algunas cifras, dice el:

Sr. Ministro de Hacienda.—Yo quiero hacer notar este antecedente. Los datos que indica el señor diputado fueron llevados personalmente, con la nota

7

MOCION

a que se refiere, por el señor presidente de uno de los bancos, el señor Aliverti, que expresamente indicó en la comisión que llevaba las planillas; pero que los bancos las habían dado con el compromiso de los miembros de la comisión de no divulgar individualmente el contenido de las notas. Ahora, ya se han comenzado a divulgar y la Cámara apreciará la conducta de los que esto hacen.

Sr. Pena. — Yo declaro que no lo vi ni lo conozco al señor Aliverti. No he oído de sus labios semejante manifestación y estoy haciendo una referencia que da la prueba de la falta absoluta de seriedad de esa institución y lamento que se haya vinculado un nombre a este asunto.

Sr. Ministro de Hacienda. — Los bancos no quieren dar información particular.

Sr. Pena. — Ese Banco da esa suma global y da esos dos parciales que expresa cómo se descomponen esa suma en cuentas pendientes y bienes adquiridos. La nota suma primero, la cantidad global y luego, los parciales y por lo tanto duplica la cantidad. Es una falta absoluta de seriedad que no tendría ningún boliche de menor cuantía de la plaza.

Sr. Repetto (N.). — Debería publicarse eso en el Diario de Sesiones.

Sr. Ministro de Hacienda. — ¿Cómo se va a publicar eso? Supongo que la Comisión de Presupuesto, que facilitó los datos en confianza al señor diputado, no lo tolerará.

Sr. Repetto (N.). — ¿Cómo puede ser esa información un privilegio del señor ministro?

Sr. Ministro de Hacienda. — No es un privilegio, sino una información confidencial para la Comisión de Presupuesto, con el compromiso de que no se divulgue.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Invito a los señores diputados a que no dialoguen.

Sr. Pena. — Yo no dialogo; estoy en el uso de la palabra.

Sr. Godoy. — Pido la palabra para hacer una cuestión reglamentaria.

Voy a pedir se testen del Diario de Sesiones los datos que está leyendo el señor diputado, porque tiene razón el señor ministro: esos datos han sido suministrados confidencialmente a la Comisión de Presupuesto y ésta los ha proporcionado en tal carácter a sus miembros.

Los bancos particulares no están obligados a suministrar datos de carácter privado.

Sr. Repetto (N.). — Pero los va a beneficiar la ley.

Sr. Godoy. — El señor diputado contestará luego. Déjeme terminar mi exposición.

Sr. Pena. — ¿Está haciendo una exposición? No me ha pedido permiso.

Sr. Godoy. — Estoy haciendo una cuestión reglamentaria.

Ya que el señor diputado no quiere atenerse al compromiso que adquirió la Comisión de Presupuesto, yo pido que la Cámara se pronuncie en el sentido que indico: que se teste del Diario de Sesiones lo que está leyendo el señor diputado o bien que resuelva que el señor diputado no puede seguir leyendo esos informes, por ser de carácter reservado. Como digo, los bancos no han tenido la obligación de suministrar esos datos; lo han hecho voluntariamente, pero confiando en la hidalguía de los miembros de la comisión...

Sr. Martínez. — Más aún; se ha dicho en una nota oficialmente pasada, que eran datos reservados para uso exclusivo de la comisión.

Sr. Ministro de Hacienda. — Y con ese compromiso se dieron.

Sr. Godoy. — Quiero dejar expresa constancia de que los miembros de la mayoría de la comisión repudiamos la infidencia y la deslealtad...

Sr. Pena. — Muchas gracias, señor diputado Godoy por el descanso que me ha proporcionado.

Sr. Palacín (M.). — Pido la palabra.

Sobre la proposición del señor diputado por Mendoza, en el sentido de que se impida la publicación de los datos que ha dado el señor diputado por la Capital o que se testen del Diario de Sesiones, quiero decir lo siguiente: no comprendo cómo el señor ministro de Hacienda, ni ningún miembro de la Cámara puedan sostener semejante criterio. No se dan los nombres de los bancos; se los menciona bajo una letra, y nadie podrá individualizarlos ..

Sr. Ministro de Hacienda. — ¡Bueno, bueno!...

Sr. Palacín (M.). — ... como no sean los que actualmente lo saben. Y los miembros de la comisión y el ministro quieren privar al resto de la Cámara de un informe que es necesario, porque, como acaba de decir el señor diputado por la Capital, esos bancos se beneficiarán con la legislación que estamos dando en este momento al país.

Sería el colmo de la obsecuencia y hasta de la hipocresía, querer ocultar datos que se mencionan, sin dar los nombres de las instituciones.

Sr. Simón Padrós. — Sería elemental respecto del compromiso contraído en la comisión en el sentido de que se daban esos datos con carácter confidencial.

Sr. Palacín (M.). — No se dan los nombres de las instituciones afectadas.

No se puede privar a la Cámara de Diputados de la República de datos que son necesarios. Yo no soy miembro de la Comisión de Presupuesto; no me he aproximado al señor ministro de Hacienda, no he conversado con el presidente de la Comisión, y debo emitir mi voto en este recinto.

Hago, pues, indicación en el sentido de que se permita dar los datos, como se ha comenzado a hacer, sobre la base de letras convencionales que el país no sabrá a qué instituciones se refieren.

Sr. Simón Padrós. — Mantenemos nuestra moción, señor presidente.

Sr. Pena. — Yo declaro que no he contraído en la Comisión de Presupuesto ninguna clase de compromisos.

Sr. Ministro de Hacienda. — Hasta se prestaron al compromiso de no cederlos.

Sr. Pena. — No he contraído ningún compromiso.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Dickmann (E.). — La moción que formula el señor diputado por Mendoza es de una gravedad extraordinaria. Decir a la Honorable Cámara, que está discutiendo una legislación para los bancos, una legislación para salvar de situaciones difíciles a muchos bancos congelados, que los datos que esos bancos han suministrado a dieciocho diputados que forman la Comisión de Presupuesto y que conocen muchos empleados de esa comisión, no pueden ser leídos en la Cámara, aun omitiendo el nombre de los bancos, es inadmisibles. Si el señor ministro reflexiona un momento, comprenderá que es un propósito insostenible. Todos los diputados tienen derecho a conocer los datos que conocen los miembros de la Comisión de Presupuesto no puede el resto de la Cámara ser privada de ellos. Además, conociendo los datos dieciocho diputados, no puede haber secreto, máxime cuando también, como decía antes, han intervenido empleados. Serían secretos de un polichineña.

Afirmo, pues, que la Cámara no puede aceptar de ningún modo esa restricción impuesta a un diputado miembro de la Comisión de Presupuesto, que cree que es útil ilustrar a la Cámara y al país con tales datos.

Por otra parte, si la mayoría tomara esa resolución, sería más en perjuicio que en beneficio de tales bancos. Aparecerá ante el país como que se quiere ocultar una cosa gravísima, cuando en realidad los datos que quiere leer el señor diputado no son tan graves.

Todo el mundo sabe que los créditos congelados sobrepasan en mucho los 360.000.000. ¿Acaso no saben los señores diputados que se habla de mil millones de pesos congelados y que se indica hasta el nombre de los bancos?

Entonces, ¿qué secretos son éstos? La resolución propuesta sería una especie de censura previa que nosotros no podemos aceptar. Además, sería contraproducente e imprudente, porque se divulgarían esos datos por otros procedimientos, y nadie podría decir de dónde salen y cómo salen.

Pido, pues, a los señores diputados que reflexionen, y lo mismo al señor ministro de Hacienda que ha sugerido esta moción, que reflexionen y dejen pasar las cosas con la máxima libertad, con lo que se va a beneficiar la Cámara y el país.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

La investidura que me da derecho a hablar en el recinto de esta Honorable Cámara, no me faculta sin embargo a intervenir en la dilucidación de sus asuntos internos, ni a emitir opiniones sobre las prerrogativas que tenga el cuerpo para solicitar datos y para publicarlos.

Lo que me determina a hablar, con motivo de esta incidencia, es porque fui el promotor o quien instó a los bancos a dar los datos que ellos se habían negado a proporcionar, anunciándoles que se entregaban a hombres de honor, que los recibían con el compromiso de no divulgarlos.

Por la responsabilidad que pueda haber tenido a ese título, como simple intermediario entre la comisión y los bancos, pidiendo a la entidad que los representa que enviase los datos a la comisión, he necesitado decir las palabras que la Cámara ha oído. Los datos han sido proporcionados con el compromiso formal de que sólo se publicarían cifras globales y no los parciales correspondientes a cada instituto de crédito. Ni siquiera puede aceptarse con la supresión de los nombres de los bancos reemplazándolos con una letra, porque es sabido, para todo el que no es analfabeto en materia bancaria, que se puede individualizar a los bancos propietarios de los diversos créditos congelados que se enumeren.

Esos son los antecedentes. La Cáma-

ra juzgue. Yo no puedo opinar sobre ello pero no puedo tampoco silenciar la razón por la cual esos datos han venido como han venido y la razón por la cual he tenido que decir que se estaban divulgando informaciones suministradas en forma confidencial.

Nada más.

Sr. Martínez. — Pido la palabra.

En esta cuestión hay dos aspectos distintos. En realidad, los datos que quiere divulgar el señor diputado por la Capital no tienen ninguna importancia.

Sr. Ministro de Hacienda. — Ninguna.

Sr. Martínez. — Pero hay de por medio una cuestión de lealtad, a la que se ha referido el señor ministro.

La subcomisión que había designado la Comisión de Presupuesto para estudiar este proyecto, a indicación de los señores diputados socialistas, proyectó un cuestionario a los bancos, cuya contestación, amparados en el secreto que establece el Código de Comercio, éstos podían rehusar. Sin embargo, con el deseo de que estos proyectos pudieran ser estudiados con toda amplitud y conocimiento por la comisión, el señor ministro de Hacienda se interesó vivamente ante los bancos, como lo ha recordado, para que enviaran su respuesta lo más concreta y clara posible; y esas respuestas fueron traídas al seno de la comisión por el propio presidente de la Asociación Bancaria, que al mismo tiempo es presidente de uno de los Bancos de plaza, señor Aliverti.

¿Cómo quedan, entonces, los miembros de la Comisión de Presupuesto que han solicitado informes a los bancos con una nota de 8 de Febrero que concluye con este párrafo?: «La comisión ha resuelto requerir esta información de los establecimientos bancarios para su uso exclusivo y con motivo del estudio de los proyectos de bancos y moneda, enviados por el Poder Ejecutivo».

Vuelvo a repetirlo, que esos datos no tienen mayor importancia, no disminuirá su divulgación un ápice de la confianza que puedan inspirar las ins-

tuciones bancarias; pero creo que cuando se dirige una nota y se promete que eso ha de ser para uso exclusivo de una comisión, no puede incorporarse en forma directa o indirecta en el Diario de Sesiones los datos que como respuesta a esa nota han sido enviados a la comisión de la Cámara, que ha prometido que sería para su uso exclusivo.

Sr. Carreras (J.). — La comisión ha cometido un error, señor diputado; debe reconocerlo.

Sr. Escalera. — No es por los datos: es por la promesa.

Sr. Martínez. — Habrá o no error, pero el señor diputado no es el censor de la comisión y, sobre todo, recabado un dato en esas condiciones y recibidos, la cuestión que debe resolverse es si se viola o no la promesa de caballeros de que esos datos serían reservados.

Sr. Bruchou. — Hay que tener en cuenta la situación moral en que se encuentran los miembros de la comisión.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — La Cámara decidirá por una votación si el señor diputado puede dar los datos que estaba enunciando.

Sr. Pena. — Pido la palabra.

No sé que sentido darle a la frase de la nota que acaba de leer el señor presidente de la comisión, de que esos datos son para uso exclusivo de la misma. Es perfectamente sabido que la mayoría de la comisión no necesitaba ningún dato para decidir lo que ha resuelto. Si no fuera por razones de forma, el despacho lo habría hecho de inmediato; de manera que no tenía ningún uso exclusivo que hacer de esos datos. Tanto es así, que ni siquiera se acordó de ellos el señor presidente de la comisión.

Ahora yo, como miembro de la comisión, estoy también haciendo uso exclusivo de esos datos. Entonces, ¿qué sentido parlamentario tiene el hecho de que un diputado de la comisión diga que él no ha hecho uso exclusivo de esos datos y le niegue a los demás ese derecho?

Francamente no entiendo el alcance de esta manifestación y declaro que no he contraído ante nadie ningún com-

promiso respecto de esos datos. Me dijo el señor presidente de la comisión: ahí está la carpeta, son datos que no salen de la comisión. No me permitió llevarlos a mi casa y entonces me constituí en la comisión, tomé esos datos y devolví la carpeta al presidente.

Eso es todo lo que yo sé al respecto. Ahora que se venga en estos momentos de la historia parlamentaria argentina al tratarse el problema de los bancos, a hablar de «palabra de caballeros», me parece que no está dentro del tema, ni puede admitirse como una expresión feliz al considerar los asuntos públicos. Aquí no estamos entre caballeros; estamos entre legisladores.

Sr. Martínez. — Es evidente que hablamos distinto idioma, señor presidente.

Sr. Repetto (N.). — Pido la palabra.

Acepto las explicaciones dadas acerca del antecedente y el compromiso contraído por la mayoría de la Comisión de Presupuesto.

Sr. Bruchou. — Por toda la comisión, señor diputado.

Sr. Godoy. — Esa nota está firmada por los representantes socialistas en la comisión.

Sr. Repetto (N.). — El presidente de la Comisión de Presupuesto acaba de referirse a la nota dirigida a los bancos y ha leído el párrafo final de la misma, que es concluyente. Pero yo me pregunto si la Comisión de Presupuesto ha tenido la intención de reservarse para sí el privilegio del conocimiento de estos datos, de ocultarlos al resto de la Cámara, para la cual son indispensables, porque no creo que se pueda apreciar con fundamento la necesidad de un Instituto Movilizador si en realidad se desconoce la situación real de los bancos.

De modo, pues, que yo no le reconozco a la Comisión de Presupuesto semejante privilegio. Creo que es un desconocimiento de los derechos de la Cámara, que ésta no puede aceptar en ningún momento. Es extraordinario que la comisión se haya reservado el derecho de esos datos, y que luego ella

quiera negar su conocimiento a la Cámara misma.

Tal cosa no tiene sentido, y por más de caballeros y por más serio que haya sido el compromiso, la Cámara tiene el derecho de oír esos datos, aunque podría consentirse lo que acaba de proponer el señor diputado Godoy: que esos datos, que se han dado en parte y que se darán en lo sucesivo en esta sesión, no aparezcan en el Diario de Sesiones: que baste el conocimiento para los señores diputados que los necesitan para definir su posición en este asunto y que no los reclaman para publicarlos, pero cuyo conocimiento les es indispensable para formular su juicio definitivo.

Me parece que la incidencia podría quedar resuelta si el señor diputado continuara su exposición, aun cuando los datos no aparecieran en el Diario de Sesiones. Esto no tiene ninguna importancia.

Sr. Martínez. — Pido la palabra.

Para referirse al Instituto Movilizador, le basta al señor diputado conocer la suma global a que ascienden los créditos congelados, la que puede proporcionarse sin inconveniente. Pero no tiene importancia alguna el conocimiento de los distintos sumandos que constituyen ese total.

Sr. Carreras. — Tiene importancia porque es un malísimo precedente.

Sr. Martínez. — Será malo, o no, el precedente, pero es una cuestión delicada, pues los datos se han pedido con un compromiso, que no se puede ahora eludir.

Sr. Bruchou. — Pido la palabra.

Cuando se solicitaron de los bancos esos datos, ellos que podían haberlos negado, amparados en el Código de Comercio, los suministraron; y los miembros de la comisión llegamos al acuerdo expreso de usar esos datos dentro de la comisión.

En la Comisión de Presupuesto tienen representación todos los sectores, de modo que los miembros de la misma habrán informado a sus respectivos bloques de las conclusiones dedu-

cidas de la observación de esos datos, y es, por lo tanto, lógico que debamos cumplir el compromiso y dar fe a la palabra empeñada por toda la Comisión de Presupuesto y Hacienda.

Creo, pues, que la moción del señor diputado Godoy resuelve la cuestión.

Sr. Repetto (N.). — Yo declaro que en este momento es cuando he tenido la primera noticia del asunto.

Sr. Bruchou. — No es culpa nuestra. Más de una vez los miembros del sector del señor diputado integrantes de la comisión manifestaron en ésta que no podían resolver nada sin consultar al bloque.

Sr. Repetto (N.). — Yo acabo de informarme, y no admito privilegios.

Sr. Godoy. — Pido la palabra.

Quiero decir pocas palabras más, en apoyo de mi indicación.

En primer término, insisto sobre el concepto ya expresado por el señor presidente de la comisión, de que en realidad estos datos carecen de trascendencia y que alrededor de ellos será inútil que se trate de construir fantasías, porque en realidad no tienen una significación de esa naturaleza. Pero la cuestión es una cuestión de conciencia.

Las resoluciones que adopta la mayoría de la comisión, son obligatorias para todos sus miembros, hayan o no asentido a su adopción...

Sr. Pena. — Vamos a votar, entonces, el despacho de la mayoría...

Sr. Godoy. — Me refiero a las resoluciones de carácter ejecutivo.

Por expresa resolución de la Comisión de Presupuesto se envió la nota en los términos en que está concebida, y hago notar que está subscripta por el secretario, diputado Adolfo Dickmann, que pertenece al sector socialista. No es, pues, un misterio para dicho sector, que la nota estaba redactada en tales términos, implicando un compromiso de conciencia.

No es una novedad que haya informes secretos; las instituciones privadas pueden ampararse en el secreto, derecho que es de origen constitucio-

nal. Así, los tribunales de justicia no podrían obligarlas a suministrar esos datos; no tendrían poder suficiente. Tampoco lo tiene el Parlamento en este instante y para este caso; y, por lo tanto, carece de facultad para hacer públicas tales afirmaciones, si las instituciones afectadas no están conformes con ello. Es, pues, necesario respetar el compromiso.

Sr. Repetto (N.). — Podríamos pasar a sesión secreta.

Sr. Godoy. — Podría ser una solución, que mientras el señor diputado se refiera a este punto, la Cámara pase a sesión secreta.

Sr. Repetto (N.). — Es una insinuación.

Sr. Martínez. — Los datos no tienen importancia. Lo único importante es la conducta de negros africanos que apareceríamos teniendo, los miembros de la Comisión de Presupuesto. Si no fuera eso, yo aceptaría cualquier temperamento que permitiera dar a publicidad los datos.

Sr. Godoy. — Por otra parte, todos los sectores están representados en la Comisión de Presupuesto y sus miembros, seguramente, les habrán hecho conocer esos datos a sus demás colegas de grupo, de modo que en realidad, todos los señores diputados están suficientemente informados sobre este asunto.

Dejo fundada así la proposición y pido que se vote.

Sr. Dickmann (E.). — Pido la palabra.

La incidentia tiene más importancia y gravedad de lo que a primera vista parece. Si ella no hubiese ocurrido, no sé lo que se habría perdido no conociendo los datos; pero una vez planteada, es indispensable que se le acuerde la importancia que tiene.

Yo no juzgo ahora si la comisión hizo bien o mal al contraer un compromiso de esta naturaleza. Advierto de paso que de la nota no se desprende que se tratara de datos secretos: dice «para uso exclusivo de la comisión.» Pero acaso los bancos, para quie-

nes legislamos, son instituciones misteriosas, inaccesibles a todo control y conocimiento? La tendencia actual es intervenir en la contabilidad de muchas grandes instituciones que prestan servicios públicos, como son los bancos. Hasta hemos visto sentencias judiciales obligando a grandes establecimientos públicos a permitir el acceso a sus libros. ¿Cómo no se va a poder dar a conocimiento del Congreso datos que fueron enviados a una de sus comisiones? Sería una cosa extraordinaria que la Cámara decidiera el secreto absoluto de las operaciones bancarias, máxime, cuando ni siquiera se dan nombres y cuando los señores diputados miembros de la mayoría de la comisión declaran que los datos no tienen trascendencia ni importancia. Es, pues, indispensable, pensar si conviene sentar un precedente de esta gravedad. Si un diputado se considera en la obligación, en la conciencia moral de dar datos a la Cámara, dueño es de hacerlo. Ahora, el diputado Repetto propuso un temperamento transaccional, dar los datos a los señores diputados y que no aparezcan en el Diario de Sesiones. Eso podría aceptarse como temperamento transaccional. Aun así, considero en este caso aceptable, pero no contraer compromiso en el porvenir.

Sr. Godoy. — Voy a aceptar la indicación en esos términos, porque el mal está hecho y el asunto ha tenido trascendencia...

Sr. Dickmann (E.). — No correspondería el término «mal».

Sr. Godoy. — ... es decir, yo limito mi indicación a que se teste, a que no se publiquen en el Diario de Sesiones las cifras.

Sr. Dickmann (E.). — Votaremos en contra, pero aceptamos el temperamento de la mayoría. No deberíamos aceptar tal temperamento, pero creemos que es una transacción para no dar gravedad o trascendencia mayor a este incidente.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe, que la había solicitado.

Sr. Noble (J. A.). — Yo iba a hacer una proposición, que ya no conduce a nada, dada la indicación aceptada por el señor diputado por Mendoza.

Sr. Repetto (N.). — Pido la palabra.

Cuando insinué esta solución, entendía que los representantes de la prensa no quedaban incluídos en la prohibición.

Sr. Dickmann (E.). — No hay censura para la prensa, felizmente.

Sr. Repetto (N.). — Lo mejor que podría hacer el señor diputado Godoy, es desistir en absoluto de toda proposición de este género y dejar que las cosas sigan su curso, lo que no ha de conducirnos a ninguna catástrofe. Puede estar seguro el señor diputado.

Sr. Godoy. — Con la proposición limitada de acuerdo a la indicación anterior del señor diputado, que veo que ahora cambia un poco de opinión, tendría este significado: que no quede en el Diario de Sesiones oficialmente, la violación de ese compromiso que se suscribió. Si los representantes de la prensa resuelven no guardar discreción, allá ellos. No se les puede coartar su libertad de trabajo e información, pero será un acto ajeno al poder de los legisladores que en este momento están trabajando en el Congreso. Por eso insisto en la indicación en los términos en que la había formulado.

Sr. Castiñeiras. — Pido la palabra.

Resulta curioso, señor presidente, que la mayoría de los señores diputados que se han expedido en este asunto han comenzado por manifestar la intrascendencia absoluta de los datos que nos ha dado a conocer el señor diputado Pena. En eso estamos de acuerdo. Son datos que carecen de importancia, que evidentemente, no afectarán a la vida interna ni administrativa de los bancos, ni a su crédito o buen nombre.

Cuando los miembros de una comisión, individual o colectivamente, solicitan datos, es lógico suponer que los solicitan para concebir algún razonamiento o formarse un juicio. Una vez obtenidos los datos, forman su juicio para expresar una opinión o una idea.

Es lógico que esa opinión esté fundamentada sobre los datos obtenidos. Pues, sería imposible exteriorizar un pensamiento o una opinión cuando no se pueden dar los datos que sirven de fundamento a ese juicio u opinión.

Eso es lo que acaba de hacer el señor diputado Pena, en términos que evidentemente no pueden dar lugar a las expresiones emitidas por algunos señores diputados. Ha manejado cifras que tienen que servirle para su razonamiento. Ahora nosotros dispondremos que esas cifras no aparezcan en el Diario de Sesiones. De manera que ese razonamiento queda en el aire.

Creo, señor presidente, que esta es una razón poderosa para que el diputado Pena prosiga su disertación sin que se malgore el espíritu de la nota leída por el presidente de la Comisión de Presupuesto.

Sr. Simón Padrós. — Pido la palabra.

Las palabras del señor diputado Castiñeiras obligan a pronunciar otras, pues ha pretendido presentar al grupo mayoritario en contradicción con su primera actitud. Me sorprende que la fina sutileza del señor diputado no haya percibido que si la mayoría se ha opuesto a algo, no ha sido a la divulgación de los datos en su concepto intrínseco, sino al incumplimiento de un compromiso contraído, que los miembros de la mayoría, como bien ha dicho el señor presidente, interpretan como una condición de honor.

Pudo haberse evitado este incidente con una simple solución, salvando el asunto de fondo y de forma, cumpliendo ante los bancos que han tenido un rasgo de hidalguía al llevar a la Comisión de Presupuesto datos que el Código no exige exhibir, permitiendo el conocimiento personal de los señores diputados con sólo silenciar la lectura en el recinto y, como el debate ha de ser forzosamente largo, acercándose cada diputado de la oposición que quisiera hacerlo al seno de la comisión, para tomar conocimiento de esos datos.

Tanto más es absurdo el incidente, ya que al fin y al cabo, ningún dipu-

tado va a cambiar la orientación de su voto, por el conocimiento de esa información. Hemos entrado al recinto conociendo perfectamente el tema que venimos a debatir; lo hemos estudiado en todos sus aspectos y detalles, de manera que no es el conocimiento de dichos datos que, por otra parte, no tienen ninguna trascendencia, lo que permitiría variar nuestro voto.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se va a votar la indicación formulada por el señor diputado por Mendoza.

Sr. Pueyrredon. — Pido permiso para no votar hasta que la Comisión de Negocios Constitucionales resuelva el asunto que he planteado.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Habiendo asentimiento, queda autorizado el señor diputado.

Sr. Palacio. — ¿Se vota la proposición del señor diputado Godoy en la forma aclarada por el señor diputado Repetto?

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se servirán formularla por escrito y hacerla llegar a la mesa en ese caso.

Sr. Padilla. — Quiero dejar constancia de mi voto en contra de la moción del señor diputado Godoy, porque creo que la Cámara está adoptando una actitud completamente falsa, equivocada y poco caballeresca.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se va a votar la proposición del señor diputado Godoy, para que se testen del Diario de Sesiones las cifras que comenzó a leer el señor diputado Pena y que motivaron la incidencia.

Sr. Dickmann (E.). — Lo que no lo privará de seguir leyéndolas.

—Se vota, y resulta afirmativa de 46 votos.

Sr. Dickmann (E.). — Que se rectifique la votación.

—Rectificada la votación, resulta afirmativa de 47 votos sobre 82 señores diputados.

8

PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Pena. — Por lo menos debe resolverse que los taquígrafos se ahorren el trabajo de tomar cosas que no van a aparecer en el Diario de Sesiones, después del pronunciamiento insólito de la mayoría de la Cámara.

Afirmo que no he contraído ninguna clase de compromisos y que estoy aquí cumpliendo con mi deber como diputado de la Nación.

—El señor diputado Pena lee distintas cifras cuya consignación se omite.

Pido, señor presidente, se me levante el interdicto. He dado muchos datos pasando por ellos como sobre ascuas y ya no hay objeto en un examen tan prolijo.

Creo que podré ocuparme del Banco de la Nación y deseo que la comisión diga si a este respecto también la Cámara cree en la necesidad del secreto.

El Banco de la Nación tiene pesos 227.679.733 de créditos congelados que, distribuidos en distintas categorías de deudores, son los siguientes: comerciantes, 83.179.430; propietarios, 16.953.708; azucareros, 37.584.061; cooperativas agrícolas y elevadores de granos, 7.365.607; 5.100.123, industria de la carne; vitivinicultores, 9.701.282. En total, 227.679.733 pesos.

En cuanto a la fecha originaria de los préstamos del Banco de la Nación hay este informe curioso: año 1930, 5.915.858,34; 1931, 3.335.976; 1932, 2.933.188; 1933, 210.078 y 1934, 575.300 pesos. Es decir, que del año 1930 hasta ahora se han congelado 11.800.920,64 pesos. Hasta llegar a la suma de pesos 227.000.000 que es el total, significa que se trata de préstamos todos ellos anteriores al año 1929. Es un dato de una importancia y una gravedad realmente inusitada en un establecimiento bancario. El monto de los inmuebles

adquiridos por el Banco en defensa de sus créditos es el siguiente: 729.603 hectáreas de campo, por un valor de 21.666.720 pesos; 72 fincas urbanas, con un valor de 899.435; terrenos por 379.588; el famoso ingenio Santa Ana — hay que tener ingenio para haber encajado al Banco esa deuda —, de pesos, 10.000.000; la Corporación Minera de Famatina, otro brillante negocio, 3.329.757 de pesos; y un frigorífico de Buenos Aires, 40 hectáreas, 1.106.000 de pesos. Total: 37.891.000 pesos.

Está el detalle por provincias y lugares donde están ubicados estos valores. En Buenos Aires hay pesos 8.207.693,90; en Córdoba 1.722.345 — doy las cifras más gruesas —; en Santa Fe, \$ 9.443.197; en Mendoza, pesos 1.446.119,12; y así, en Corrientes, Entre Ríos, La Rioja, Salta, San Juan, San Luis, Santiago del Estero, Tucumán, Chubut, La Pampa, Río Negro; por un total, como he dicho, de pesos 37.891.000.

Hay una lista de los inmuebles adquiridos, con superficies, en los distintos Estados: en Buenos Aires, 23.000 hectáreas; en Córdoba, 32.000; Santa Fe, 469.000; Neuquén, 23.000 — doy cifras redondas —; Mendoza, 13.600, Salta, 5.000... Siquiera fuesen terrenos petrolíferos, pero estoy seguro que estando en poder del Banco de la Nación no lo son.

Luego hay propiedades en condominio: en Buenos Aires, 22.000 hectáreas; en Catamarca, 23.000 hectáreas — ¡qué brillante negocio debe ser éste de Catamarca! —; en Santiago del Estero, 27.000 — ¡otro lindo negocio! —; en Río Negro, 40.000.

Vamos a tomar ahora balances de los bancos de la plaza, presentados a la Inspección de Justicia y que tienen por eso carácter público. Han sido visados por los inspectores de justicia en las respectivas asambleas celebradas por los accionistas.

Tengo aquí el balance del Banco El Hogar Argentino. Presidente del Banco, el doctor Norberto Piñero, ex mi-

nistro de Hacienda, que fué a la comisión y estuvo muy de acuerdo con los proyectos del gobierno. Este Banco, según el balance, tiene un capital realizado de 50.000.000 de pesos, y en el redescuento tenía 42.113.577,79, al 31 de Agosto del año pasado, es decir que tenía casi tanto redescuento como capital. El procedimiento que se sigue para el redescuento es este: se va al Banco de la Nación, pide dinero a un interés bajo y lo presta a un interés alto. Cualquiera se hace banquero con un habilitador como es el Banco de la Nación, en condiciones tan fáciles. El Banco El Hogar Argentino, según este balance, ha ganado 1.142.550,37; su negocio debe ser tan bueno que acaba de abrir una nueva sucursal en la calle Gaona 1364.

El Banco Español tiene un capital realizado de 28.346.420 pesos. Tiene en el redescuento, 76.363.903,16, es decir, que tiene casi tres veces en redescuento lo que tiene de capital.

Respecto de este Banco el senador Justo dijo el 15 de Septiembre de 1927: «De los 147.000.000 de redescuentos hechos, la mayor parte corresponde a una institución privada de esta plaza, el Banco Español del Río de la Plata que llegó a la real y verdadera bancarrota, que dilapidó en especulaciones indecentes todo su capital y que ha sido tenido a flote gracias al favor extraordinario del Banco de la Nación, que le ha prestado hasta 130.000.000 al 4 ½ %, cuando la Nación está pagando por su deuda 7 ½ y 8. Y ese Banco que tiene ahora tantos depósitos como antes de su bancarrota, continúa redescontando en igual forma en el Banco de la Nación. Este tiene en ese Banco particular una especie de sucursal que no le produce más que gastos, que pesa sobre toda la economía del país, y le paga menos intereses que los que paga la Nación por sus propios créditos.»

Es curiosa la situación denunciada por el senador Justo en 1927 y que se mantiene agravada en el Banco Español. Todas aquellas cosas que no pue-

de hacer el Banco de la Nación — y que allí se hacen cosas, pero muy malas, malísimas —, todo lo que ya pasa de la medida, se hace por intermedio del Banco Español, y cuando éste hace ya lo inconcebible, va a pedir plata al Banco de la Nación. ¡Es como si lo hiciera el Banco de la Nación! Y esa situación se mantiene y agrava en los últimos años, por la influencia excesiva de políticos argentinos que operan principalmente en ese Banco, cuyas finanzas desgraciadas son llevadas así en empresas absurdas, en inversiones disparatadas y en dispendios que si fueran conocidos por los accionistas habrían ya hecho renunciar desde el primero al último de sus directores!

Presidente, doctor Dalmiro Fernández de Villota; vicepresidente, Timoteo Balbín; secretario, Guillermo A. Udaondo; directores, Samuel Ortiz Basualdo, Casto Corbea, Ezequiel García, Federico Córdoba y Graciano Alvarez.

Viene después el Banco Tornquist; presidente, el doctor Enrique Uriburu, — ex ministro de la dictadura que fué a la comisión y está muy de acuerdo y encantado con los proyectos del gobierno — \$ 7.500.000 capital oro; redescuentos, \$ 40.161.056. ¡Cómo no va a estar de acuerdo con los proyectos del gobierno!

— Ocupa la Presidencia, el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, doctor José Heriberto Martínez.

Vicepresidente, Eduardo Tornquist; directores: Carlos Alfredo Tornquist, José María Landaño, Alberto C. Buenaño, Luis Roque Drago, Justo Daraet; y hay entre los síndicos, uno de gran volumen político, muy cotizado para todas las candidaturas importantes, el doctor Roberto M. Ortiz.

Viene después el Banco Argentino Uruguayo. Capital realizado, 2.700.000 de pesos, redescuento, \$ 55.198.000. ¿Se concibe algo semejante? Un Banco que no tiene \$ 3.000.000 y al que se le han dado casi 20 veces lo que es su capital en redescuentos. ¡Cómo no va a estar

de acuerdo con los proyectos del gobierno? Los miembros de su directorio, son: presidente, Enrique G. Leloir; vicepresidente, Ricardo F. Bosch; secretario, Jorge Lavalle Cobo; subsecretario, José María Paz Anchorena; directores, Carlos F. Alcobendas, etcétera.

El total de los redescuentos de estos cuatro bancos suman \$ 213.826.642,51.

Esos cuatro bancos con este capital que generosamente les brinda el Banco de la Nación han repartido las siguientes ganancias: Banco El Hogar Argentino, \$ 1.142.580,47; Banco Español, 942.298,27; Tornquist, 325.290,15 oro, que los pasó a cuenta nueva; y el Argentino Uruguayo, 91.023 pesos, de los que pasó a cuenta nueva 61.968,32 pesos.

¡Qué habrá en esas finanzas! ¿Qué es lo que va a entrar al Instituto Movilizador? ¿Qué es lo que se va a movilizar? ¿Será eso un crematorio? Allí no hay nada más que cosas que ya tienen que ser incineradas. Esa cartera vivió hace rato, pero ha perdido toda condición de vida, y es una cartera que no sólo se ha podrido sino que se ha secado, que está totalmente seca, que yo no se la puede ni siquiera materialmente agarrar, porque se quedarán los pedazos entre las manos. ¿Y para esto se hace el Instituto Movilizador?

Veamos qué dice el Banco de Londres en lo que respecta al Instituto Movilizador: es algo irónico, pues dice que «por haber estimado desde un principio que probablemente nuestro Banco no se someterá a este instituto, es esta la razón por la cual no nos hemos preocupado de recoger las cifras y datos indispensables para su estudio y para habilitarnos a emitir opinión».

¿Qué dice el Anglo Sudamericano? Dice: «Nuestra situación nos permite anticipar que no necesitamos esa ayuda y carecemos de elementos para emitir a este respecto una opinión concreta».

Veamos ahora, la opinión del ex ministro de Hacienda, doctor Uriburu. Expresa que está de acuerdo completamente con todos los proyectos del gobierno; pero que antes que nada no se-

ría posible hablar de Banco Central, sin que antes o contemporáneamente se despoje de escombros el crédito. ¡Hay que despojar de escombros el crédito! Más claro no sé qué se podría decir.

Si se analizan las cifras de este redescuento con las dadas contemporáneamente por el redescuento que hace el Banco de la Nación en la Caja de Conversión, se encuentra que no hay concordancia. Es que hay dos clases de redescuento. Cuando el Banco de la Nación tiene papeles llamados elegibles para el redescuento, los lleva y obtiene en la Caja de Conversión su equivalente, porque son papeles que pueden aceptarse; pero hay papeles que son redescontados por el Banco de la Nación, que no pueden pasar más allá de su cartera, que no pueden ser llevados a la Caja de Conversión, porque no son papeles elegibles; son los que se llaman «papeles de favor». Además de esto hay por encima de esos papeles de favor que han sido redescontados por el Banco, una suma considerable de varias decenas de millones de pesos dados a estos mismos bancos ya ni siquiera a cambio de papeles de favor.

Así se explica que el Banco de la Nación haya perdido, de acuerdo con los datos de sus memorias, entre 1911 y 1913, la suma de 300.000.000 de pesos, que son los que resultan del castigo de su cartera, de los cuales se han recuperado 50.000.000. El Banco siempre se jacta de su previsión: hemos castigado 14.000.000 y hemos recuperado 1.000.000. Y eso el Banco lo consigna en su memoria del año siguiente como un gran éxito, como una brillante operación del genio de las finanzas.

Ese Banco, en los años transcurridos de 1911 a 1933, sin los datos de 1934, porque la memoria respectiva no ha llegado a la comisión, ha entregado a intereses particulares, a negocios que nunca se sabrá cuáles son, a empresas que nadie sabrá jamás en qué han invertido su dinero, a personajes de los cuales nunca se sabrá cómo andan con tren de vida tan fastuosa sin conocerseles absolutamente ninguna clase de entradas regulares, una suma que

ha significado una pérdida definitiva de 250.000.000 de pesos.

Si eso ha pasado con el Banco de la Nación, ¿qué pasará con el Instituto Movilizador? ¿Se hace cargo la Cámara de lo que pasará conociendo la experiencia? ¿Para qué se quiere el Instituto Movilizador? Para jugar lo que ellos llaman la carta del tiempo, de modo de poder mantener artificialmente a la espera de una suba de los precios, la propiedad de gente que la ha perdido hace bastante rato.

Los bancos prestan dinero por simples razones personales. Todo el mundo sabe lo que es una manifestación de bienes en el Banco. Cada uno pone lo que tiene de acuerdo con lo que quiere sacar. La mentira es la regla. Y el Banco da entonces a crédito personal, y cuando llega el momento en que no cobra porque no paga el deudor, empieza la gestión que llega a convertir la deuda en gestión en crédito garantido.

Alguien puede creer que entre deudores en gestión y créditos garantizados a cobrar, a veces puede ser mejor lo segundo que lo primero; pero no es así, porque muchos de estos créditos garantizados se constituyen por una segunda, tercera o cuarta hipoteca, cuando el Banco ha agotado toda su gestión. De modo que el Banco llega siempre tarde, porque el que ha pedido crédito personal al Banco, y no ha podido pagarle, ya ha constituido primeras hipotecas sobre sus bienes, con lo que en caso de remate el Banco no cobra absolutamente nada. Se explica así que los castigos de créditos garantizados a cobrar importen sumas fabulosas en el transcurso de los años citados.

El Banco de la Nación, que tiene un capital de 165.409.286,09 pesos, tiene 182.653.374,91 en su activo de créditos. No se concibe que se comprometa en cosas dudosas mucho más del capital. ¿Para esto vamos a revaluar el oro? ¡Ingeniosa *trouvaille* del señor ministro de Hacienda!

Sr. Repetto (N.). — Si no es original, ha sido propuesta ya...

Sr. Pena. — Es original en este país...

Sr. Ministro de Hacienda. — Yo guardo silencio para contestar después; pero mi silencio no significa que no sean absurdas todas y cada una de las cosas que dice el señor diputado, como lo probaré.

Sr. Pena. — Ya sé que el señor ministro va a probarlo...

Sr. Ministro de Hacienda. — Evidentemente, que lo voy a probar.

Sr. Pena. — La revaluación del oro para beneficio de los particulares, es una cosa argentina; es una invención del señor ministro de Hacienda.

Sr. Ministro de Hacienda. — No es una invención porque no se va a hacer. Es falso, como todo lo dicho.

Sr. Pena. — ¡Protesto contra las intervenciones del señor ministro!

Sr. Ministro de Hacienda. — ¡Sería el colmo!

Sr. Pena. — Estoy en el uso de la palabra; no tiene derecho a interrumpirme y menos para decir groserías. ¡Falso es todo lo que afirma el señor ministro!

Sr. Ministro de Hacienda. — Vamos a probarlo.

Sr. Presidente (Martínez). — Sirvase dirigirse a la Presidencia el señor diputado.

Sr. Pena. — Rogaría a la Presidencia que no permitiera las interrupciones del señor ministro.

Sr. Presidente (Martínez). — El señor diputado las ha aceptado y por eso la Presidencia las consintió.

Sr. Pena. — ¿Qué quiere decir la revaluación del oro? ¿Qué va a pasar con ella? Quiere decir que se va a desvalorizar, a depreciar el papel, a fijarle un valor menor. Eso se puede admitir y lo admitimos como una solución cuando haya una causa universal de baja de los precios que obliga a bajar el contenido de oro de cada unidad de papel, para mantener cierto equilibrio en los precios internos. Es una cosa perfectamente clara: que el papel, en lugar de valer 44, valdrá 22. Eso es revaluar el oro: fijar el valor

legal del papel en la mitad, porque el oro vale el doble. De ese modo se consigue nivelar los precios.

Pero al hacer eso ocurre que la circulación del papel referido al valor 44, tiene un encaje, digamos, de 50; referida la circulación a un valor mitad de aquél, el encaje se duplica. Es elementalísimo.

¿Pero qué se hace del beneficio que resulta de la operación? El señor presidente de la comisión nos dió ayer copiosas informaciones de países que habían adoptado esa política dando cifras de cómo el Estado había tomado para sí el mayor valor que había resultado del oro. Pero lo que no se ha hecho es esa revaluación, o esa depreciación del papel y el manipuleo bancario ulterior, para fundar un Instituto Movilizador y resolver este conjunto de banca podrida para salvar la situación de algunos señores. Eso no se concibe.

Es muy científica toda la organización que se proyecta. Se dispone que la emisión llegará hasta cierto límite. El artículo pertinente dice:

«El Banco mantendrá en todo momento una reserva suficiente para asegurar el valor del peso, ya sea en oro, divisas o cambio extranjero, equivalente al 25 % como mínimo de sus billetes en circulación y obligaciones a la vista.»

¿Qué tiene que ver eso bajo el régimen que se establece? Como no existe ese control mecánico, como no hay esa convertibilidad que tanto aflige y preocupa a muchos, se trata de una referencia absurda. Podría lo mismo decirse que la circulación del papel estará en relación con la altura del Aconcagua, o el perímetro de las fronteras del país. Carece en absoluto de todo sentido, la expresión de cualquier relación que fije la cantidad de papel que circula en plena inconvertibilidad. Eso carece de sentido y el señor ministro lo entiende y lo sabe perfectamente bien. El está obligado a transar como hombre de gobierno contra sus propias convicciones, inclusive de poner un

bono sin interés, en el Banco Central, tan sin interés que podría no ponerse.

Propusimos en la comisión que empezáramos las cosas por etapas, que diéramos la ley de bancos y que se diera el plazo prudencial para que se ajustaran los bancos que puedan seguir siendo bancos, y no organizaciones para extraer dinero de bancos oficiales que no tienen de bancos más que el nombre. Primera etapa indispensable para sanear los bancos y ajustarlos a normas determinadas para luego pensar en el desarrollo ulterior. La comisión acordó, por el contrario, empezar de inmediato por el Banco Central. Propusimos que se designara una comisión para estudiar los créditos congelados y que trajera a esa comisión por intermedio del Poder Ejecutivo al Congreso, la investigación y conclusiones de su estudio, para que el Congreso diera una ley con pleno conocimiento de causa. Tampoco fué aceptada la proposición. Todo era un conjunto armónico. ¡Qué armonía, señor presidente!

Tenemos el Banco de la Nación, el Banco Hipotecario y tendremos otros dos bancos más: el Banco Central y el Banco Inmovilizador, porque es otro Banco el instituto movilizador, quieren que viva ocho años, de manera que puedan completarse dos períodos de directores. ¡Qué vamos a hacer con tantos bancos?... Y se trata de creaciones de bancos para resolver problemas de deuda. ¿Dónde se ha visto fundar bancos con deudas? Los bancos se fundan con capital. En este país se ha fundado el Banco de la Nación con una emisión inconvertible, y ahora se quiere fundar el Banco Movilizador con todos los créditos podridos de los que no pueden pagar lo que deben a los bancos particulares. Esta solución escapa a la comprensión de la gente de sentido común.

Se va a tomar una parte de la revaluación del oro para darla al Instituto Movilizador, que tiene 10.000.000 de capital, una reserva de treinta veces más, de 300.000.000, y con eso se

van a comprar los activos congelados. Dije cuando estaba bajo la censura anterior, y deseo que quede en el Diario de Sesiones, que esos créditos son congelados, que estarán fríos, porque los han puesto en *frigorifère*, pero que antes de ponerlos allí ya estaban putrefactos, y cuando salgan saldrán fríos y podridos para ir al Instituto Movilizador.

Concebimos como solución para estos problemas y como medida previa, y ya urgente, la estabilización del papel; y la concebimos como una condición necesaria e indispensable del momento para poner término a todas las fantasías que en estos últimos tiempos han empezado a circular en el país por la obra del gran teórico de las finanzas, ultrasupercientíficas que es el señor ministro de Hacienda.

Déjenos tranquilo con nuestra Caja *détraqué*, y estabilicemos el papel. No queramos imitar al Banco de Inglaterra, ilusos. ¿Cómo queremos ser en este momento país de Banco Central como Inglaterra, cuando no pasamos de ser una colonia del capital extranjero, que tiene un Banco por razones de capitalismo universal y de hegemonía financiera internacional? No tenemos aquí clima bancario para acreditar suficientemente el Banco Central. Si hay bancos como estos, ¿va a poner el Estado argentino más plata de la que ha puesto, va a comprometer un centavo más de lo comprometido ya para salvar la situación de los bancos, creando una gran institución central que va a producir perturbaciones ulteriores en el desarrollo financiero y bancario argentino?

Déjenos tranquilos con la Caja de Conversión; estabilícese el papel y ábrase la Caja de Conversión. ¿A qué estamos empeñándonos en hacer creer al mundo que andan en lucha la libra, el dólar y el peso argentino? ¿Qué va a andar el peso argentino en lucha con la libra y el dólar! Esta es una ilusión propia sólo de la gente que está queriendo llegar a la hipertrofia de sus preocupaciones y de sus conocimientos.

Este es un país que necesita una política de reducción inmediata del valor del suelo. Y con los bancos oficiales, con todos estos créditos y con este Instituto Movilizador, lo que se busca es mantener artificialmente el valor del suelo. Y no habrá reajuste en el país, no habrá posibilidad de trabajar y de exportar en condiciones ventajosas mientras no desaparezca el propietario que ha dejado de serlo, que es el propietario parásito de un título que está en su poder, pero con una hipoteca que ha gastado con exceso el valor del suelo descontando el porvenir con el esfuerzo de los que aquí trabajan.

Por eso he estado en contra de la moratoria hipotecaria para los particulares. He concebido la conversión de las cédulas hipotecarias y la he apoyado porque la encontré necesaria siendo crédito del Estado; pero la moratoria para el capital privado, cuando en Europa se pagan tasas misérrimas de interés y aquí se ofrecen mayores ganancias, es un atentado al desarrollo económico nacional y, por eso, he estado en contra de ella, a pesar de lo que diga el fallo de la justicia argentina, que la encuentra muy buena por razones políticas.

Lo que necesita este país no es el Instituto Movilizador. El Banco Hipotecario está obligado a liquidar sin demora los créditos después de cierto tiempo; y si no ha podido venderse ha sido porque el Banco Hipotecario ha seguido continuamente acaparando y dejando demorar los servicios y ha conseguido de esta Cámara una ley especial de arreglo para los deudores.

La conversión de las cédulas bastaba como alivio para los deudores, pues les da el enorme privilegio de tomar su deuda actual y proyectarla por 33 años más, reduciendo sus servicios a menos de la mitad en algunos casos. Es indispensable realizar la liquidación de esas tierras; es ineludible poner el valor del suelo a tono con los precios actuales de nuestros granos y nuestras carnes. Y este Instituto Movilizador va en contra de esa tendencia, puesto que pretende dosificar la liquidación, hacerla con cuentagotas. Yo no sé tampoco si en

todo estos papeles pintados habrá muchos que valgan algo. Lo que sé es que vamos a poner 300.000.000 del beneficio de la depreciación del oro para servir intereses particulares.

De manera que lo que necesitamos no es esta organización de clase que pretende una vez más mantener artificialmente alto el valor del suelo y hacer que el tiempo permita mantener las propiedades de gentes que hace rato las han perdido por haber gastado en hipoteca, más dinero, contando con un mayor valor del suelo en forma ininterrumpida y eterna.

Este gobierno que no ha sido capaz de ocuparse de la situación desgraciada de millares de hombres que no encuentran trabajo y que están viviendo a lo largo de las vías ferroviarias, debajo de una harpillera y que uno no sabe cómo comen ni viven; este gobierno que no ha organizado nada para aliviar la situación desgraciada de este conjunto enorme de trabajadores, concibe, sin embargo, este plan para aliviar la situación de algunos privilegiados.

Puede la mayoría parlamentaria, que ha interrumpido su veraneo y está deseosa de continuarlo, votar apresuradamente lo que le pide el gobierno; pero advierta que, así como de ese sector han partido a menudo voces de severa condenación para otra mayoría, su conducta del momento será calificada como se merece ante el juicio inapelable de la historia.

Nada más. (*¡Muy bien! Aplausos*).

Sr. Presidente (Martínez). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Noble (J. A.). — Mi firma figura al pie del despacho, consignando la disidencia general de los diputados demócratas progresistas. Voy a fundarla con la máxima brevedad exponiéndome a la furiosa acometida del señor ministro de Hacienda, pronto siempre a anatematizar a quienes se atreven a disentir con sus ideas y proyectos.

No sé si en este caso, y para todos los que vamos a oponernos a la sanción de estos proyectos, trae otra carta qui-

llotana. No sé si ha de decirnos lo que dijo en el Senado, haciendo hablar a Alberdi, para confundir a sus opositores.

Me anticipo a decirle que los «viejos y los nuevos soldados de la prensa» no nos resignamos a deponer las armas y seguimos combatiendo por las mismas ideas, por los mismos propósitos que el señor ministro perseguía como diputado. No es nuestra la culpa si reniega de sus ideas, de su pasado enaltecedor, de sí mismo. Pero, por ahora, sigue valiendo más como diputado opositor y por lo que hizo como diputado opositor, que por lo que hace y promete hacer como ministro. Ha sido más útil al país aquel joven legislador, censor enérgico de los vicios de nuestra política, de nuestro régimen económico-financiero y de la situación social, que este ministro, desgraciadamente cómplice de persecuciones políticas, gestor de combinaciones palaciegas, continuador de malos presupuestos, miembro, al fin, de un gobierno política, económica y socialmente conservador.

No se asuste el señor ministro...

Sr. Ministro de Hacienda. — Pierda cuidado.

Sr. Noble (J. A.). — ... porque ya le vamos a acreditar algún acierto, alguna virtud. Desgraciadamente ellas, lejos de aliviar el juicio crítico, han de acentuarlo. ¿Conformidad con qué?, nos reclama el señor ministro. ¿Conformidad con qué?, reclamaba en el Senado a sus opositores. ¿Conformidad con qué?, ha de reclamarnos esta tarde a nosotros, aquí.

¿Se ha innovado algo desde 1932 a la fecha?

Los viejos y jóvenes «soldados de la prensa» siguen reclamando desde las bancas que el señor ministro ha abandonado lo mismo que el diputado Pinedo reclamaba: independencia de los poderes, política financiera y económica coherente y firme, libre de improvisaciones, reducción de los gastos fiscales improductivos, equilibrio del presupuesto — o lo que es más, presupuesto con superávit —; contralor de

las grandes combinaciones monopolistas exportadoras y de las empresas de servicios públicos, liberación del productor, y del consumidor; comicios libres.

Si la ausencia de todo eso justificó la oposición del diputado Pinedo durante quince años, a todos los gobiernos, la ausencia de todo eso justifica nuestra disconformidad fundamental con la política del actual.

Perseguimos con ahinco lo que perseguía el diputado Pinedo. No renunciamos a la ilusión de que es posible mejorar al país, sacarlo de una vez de «South America», porque no es esa una tarea superior a las fuerzas de que disponemos.

¿Qué ofrece el Poder Ejecutivo al país, en cambio del silencio que reclama a la oposición? Apenas un poco más de orden en la administración y una cuantas medidas inconexas y de propósitos equivocados. Los males más serios siguen royendo las entrañas de la República y todas las aspiraciones del diputado Pinedo aparecen ahora más distantes. Para muchos, ya son quimeras.

Pero esto no ha impedido al señor ministro, no lo ha impedido en todos los debates de esta Cámara y en los del Senado de la Nación, disertar jactanciosamente sobre la transformación de la República, operada como por arte de magia después de su incorporación al ministerio, junto con su colega de Agricultura. A través de sus disertaciones aparece empuñada y oscurecida la figura del presidente de la República. Ya alguna vez lo he señalado: parece que vivimos en un régimen parlamentario. Los ministros abandonan su cartera y tienen los censores más enérgicos en sus sucesores. Parece que el presidente de la República no fuera el responsable de la política que ellos cumplieron y de la que cumplen los nuevos ministros. Los censores directa e indirectamente más enérgicos de la política del ex ministro Hueyo y del ex ministro de Tomaso, han sido los ministros Pinedo y

Duhau. El presidente de la República no cuenta; se le sacrifica a la vanidad de querer aparecer ante el país como sus salvadores.

Frente a los discursos del señor ministro de Hacienda no he resistido la tentación de asomarme a los debates parlamentarios extranjeros, más o menos vinculados a la cuestión que discutimos. No voy a hacer la reseña de ellos. Puede estar tranquila la Cámara. Traigo su recuerdo tan sólo para hacerla partícipe de esta comprobación: Lloyd George, Poincaré, Roosevelt, Chamberlain, hablan al Parlamento un lenguaje sencillo y modesto; no se consideran ni pretenden aparecer como salvadores, a través de proyectos que en un país han estabilizado definitivamente la situación financiera y económica, que en otro, en plena crisis, han asegurado presupuestos con superávit, y que para Estados Unidos entrañan propósitos de reforma casi revolucionarios. Esos discursos, confrontados con los del señor ministro de Hacienda, colocan a aquellos hombres eminentes en una situación de gobernantes de países pequeños, y al señor ministro de Hacienda de la pequeña y modesta República Argentina, lo presentan como ejecutor, como el instrumento más seguro y más firme de la renovación y de la restauración económica del mundo.

Y en nuestro pasado, es posible igual comprobación.

La sencillez de los hombres que algo han hecho por la economía y las finanzas de la República, es admirable. El debate de 1899, sobre asunto tan vinculado al que estamos discutiendo, permite establecer las diferencias de carácter y las de apreciación de las propias condiciones entre el ministro que actuaba en aquel momento y el ministro que hoy actúa.

A través de la tramitación de estos proyectos, de su elaboración y discusión, aparece el ministro Pinedo, con todas sus virtudes y con todos sus defectos: dinámico, ágil, inteligente, movédizo, con visión clara de las cosas pero, al mismo tiempo, inquieto e

inquietante, apresurado, dispuesto a obtener el pronunciamiento del Parlamento en favor de sus iniciativas, cueste lo que cueste.

En la entrevista con el presidente de la República, en la que se solicitó nuestra colaboración para la sanción rápida de estos proyectos, establecimos con claridad que la condicionábamos al mantenimiento de los trámites parlamentarios corrientes. A una reflexión de la Patria en peligro, a la necesidad de medidas heroicas y rápidas, el señor senador Correa, con la certeza de expresión que lo caracterizaba, opuso esta otra: estos proyectos no pueden tratarse bajo el apremio de razones de esa clase: la Patria no está en peligro y no puede hacérsela aparecer en ese estado.

El señor ministro dijo, entonces, y lo ha repetido después en el Senado, que la urgencia derivaba de las condiciones que podían presentarse como consecuencia de la negociación de la cosecha por la rápida valorización del peso y la consiguiente depreciación de los productos en este momento, seguida por una peligrosa desvalorización de aquél.

Estamos casi a dos meses de distancia y aquellos vaticinios impresionantes, no se han cumplido. El país pudo esperar, como lo pedíamos nosotros, el tiempo necesario para que estos proyectos se debatieran con detenimiento, para que mediara la indispensable discusión pública que habría de ilustrarnos y capacitarnos para el mejor pronunciamiento como legisladores.

Una vez más, va a quedar en descubierto el apresuramiento inexplicable que el señor ministro de Hacienda siente siempre por obtener la sanción de sus proyectos. No somos nosotros diputados opositores, las víctimas. Es víctima el Senado de la Nación, sacrificado sin respeto por el señor ministro a sus propósitos de obtener la sanción de estas leyes. El Senado, requerido por el señor ministro, ha despachado en cinco días leyes fundamentales; no las ha estudiado, no les ha introducido modificaciones en el

deseo de abreviar el trámite; pero he aquí a los proyectos sometidos al análisis de la Comisión de Presupuesto de la Cámara, contrariando los planes del señor ministro, en forma que dignifica a la comisión y que de reflejo prestigia a la Cámara de Diputados.

Ha evitado el señor ministro la discusión pública, reclamando de la prensa en general la colaboración patriótica de no hacer observaciones fundamentales al proyecto. La prensa, sensible a requerimientos de esta clase, ha puesto sordina a la crítica y sólo un diario difundido ha faltado a lo que ha parecido ser consigna general y para él, el señor ministro ha tenido gestos que llegan a la amenaza directa, diciendo que ya estaba tocando el límite de lo tolerable en esta situación.

Para obtener una impresión pública favorable no ha vacilado en recurrir a los procedimientos que hubieran suscitado en el diputado Pinedo las críticas más acerbas. Las estaciones de radio, sometidas al contralor de la Dirección General de Correos, han estado y están al servicio del Ministerio de Hacienda para contestar cuantas observaciones se formulen a estos proyectos. Supeditadas a un úkase ya algunas veces aplicado por la Dirección de Correos cuando alguna estación puso sus servicios al alcance de un partido político opositor, ha obtenido este sometimiento general.

He dicho que es una inquietante personalidad la del señor ministro de Hacienda. Lo repito: todo esto revela en él una transformación peligrosa. El demócrata ferviente y convencido, que ocupó estas bancas con brillo, que adquirió prestigio desde ellas, que se abrió paso hasta el Ministerio de Hacienda, por las condiciones que desde aquí demostró, se inclina francamente — como se ve a través del proceso de gestación de este proyecto y de la elaboración de todos aquellos en que interviene — a convertirse en un dictador. Siente marcadas inclinaciones hacia la dictadura; y yo, frente a él, por asociación de imágenes, en parte, y por

asociación de ideas y de reflexiones respecto a procedimientos, siento la tentación de compararlo con Dollfuss: ¿no estaremos frente a otro dictador de bolsillo?

El estudio realizado por la Comisión de Presupuesto revela que era necesario el análisis a fondo de los proyectos. Ellos llegan mejorados al recinto; mejorados mediante modificaciones que alcanzan, sino a la mayoría, a muchos de sus artículos. No llegan tan mejorados, como nosotros deseáramos, pero estoy seguro que llegan mucho más de lo que el señor ministro deseaba. Hasta en la propia redacción de la ley era necesaria una labor enérgica y depuradora. Había que castellanizarla; había que traducir en forma los artículos de leyes extranjeras que se le incorporaban, y me complace en reconocer que en ese sentido ha sido eficiente la labor del presidente de la Comisión de Presupuesto.

Vea, pues, el señor ministro cómo ha sido inútil el sacrificio impuesto a la mayoría adicta del Senado, y cómo no ha resultado tampoco útil el requerimiento formulado a la prensa.

No sé si el señor ministro siente admiración por el presidente Roosevelt. Yo, por mi parte, la declaro, y por eso me inclino a leer un párrafo que tiene todo el carácter de una definición y que para el señor ministro alcanza el de un consejo. «El gobierno — dice el presidente americano — incluye el arte de formular leyes y de usar la técnica política para todas aquellas que cuentan con el apoyo general, persuadiendo, dirigiendo, sacrificándose, enseñando siempre, ya que quizá el deber más grave de la ciencia del gobierno consiste en enseñar.»

No necesito establecer hasta qué punto el señor ministro se aparta abiertamente de lo que el presidente Roosevelt...

Sr. Ministro de Hacienda. — ¡Me aconseja enseñar! ¿Qué no dirían de mí si enseñara!

Sr. Noble (J. A.). — El señor ministro no enseña: impone. Y si alguna vez disertó en un instituto de enseñanza

sosteniendo una tesis determinada, ha llegado al ministerio para hacer absolutamente lo contrario.

Sr. Ministro de Hacienda. — No copie. El señor diputado es mucho más capaz que eso.

Sr. Noble (J. A.). — El doctor de la Torre definió con precisión y elocuencia insuperables nuestros puntos de vista respecto a los proyectos que se discuten. El diputado doctor Godfrid ha de ocuparse del aspecto técnico de ellos, refirmando la posición del grupo demócrata progresista. Por mi parte, me referiré a otros aspectos fundamentales, cuya dilucidación previa, interesa al Parlamento y a la opinión.

No incurriré en la ingenuidad de extenderme sobre las contradicciones del señor ministro. El ha dicho que se mueve entre ellas como pez en el agua. De modo que voy a ahorrarme el trabajo de poner a su alcance el elemento en que se mueve con tanta soltura.

Sr. Ministro de Hacienda. — No he dicho eso. He dicho que me muevo en lo que otros suponen que son contradicciones.

Sr. Noble (J. A.). — Lo voy a leer. Está en la página...

Sr. Ministro de Hacienda. — Tendría que leer todo el discurso y sería muy largo.

Sr. Noble (J. A.). — Dice: «Puedo anunciar a la Cámara que me muevo entre ellas como pez en el agua.»

Sr. Ministro de Hacienda. — Claro: entre las que suponen contradicciones los que no entienden.

Sr. Noble (J. A.). — Le voy a leer todo el párrafo: «En lo que concierne a mis propias contradicciones, a la montaña de contradicciones, como dijo ayer con su habitual riqueza de expresión el señor senador por Santa Fe, puedo anunciar a la Cámara que me muevo entre ellas como pez en el agua.»

Sr. Ministro de Hacienda. — Insisto.

Sr. Noble (J. A.). — Para quien sepa hablar, leer y entender, esto es decir que al señor ministro no le molesta que se le diga que se contradice y que vive contradiciéndose.

Sr. Ministro de Hacienda. — Entonces no sabe hablar, ni leer, ni entender. (Risas).

Sr. Noble (J. A.). — Juzgarán los que lean esto, dicho por el señor ministro en la Cámara de Senadores y repetido por mí, aquí.

Sr. Presidente (Martínez). — Está en discusión el Banco Central.

Sr. Noble (J. A.). — Está en discusión el Banco Central y, por consiguiente, las opiniones que el señor ministro ha vertido sobre todos los proyectos.

Tengo buena memoria y deseo relacionar algunos hechos sugestivos que explican el cambio de opiniones del señor ministro en esta materia.

Se le ha reprochado y lo ha reconocido que a principios de 1931 encontraba malo el Banco Central y que ahora auspicie su creación; pero esta contradicción a tres años de distancia, con ser ya elocuente y sugestiva, es mucho más si se tiene en cuenta la propia declaración del señor ministro. La contradicción no es entre lo que dijo en 1931 y lo que dice en 1935; la contradicción es entre lo que dijo a principios de 1931 y lo que dijo a fines de 1931, porque ya a fines de 1931 el señor ministro encontraba bueno lo que a principios de ese año era malo.

¿Qué había pasado? El señor ministro, que censura a quienes critican sus proyectos porque los cree influenciados por su posición política frente al Poder Ejecutivo, era a principios de 1931 opositor al Gobierno Provisional, y a fines era su sostenedor. Y es que a principios de 1931, el general Uriburu estaba empeñado en disolver la Federación Nacional Democrática, que constituía la base de todas las combinaciones políticas del señor ministro. Después de 5 ó 6 meses de oposición, de conspiración contra el general Uriburu, porque el señor ministro conspiró contra el general Uriburu, encontraba bueno el proyecto. ¿Qué había pasado? El general Uriburu, prisionero del grupo de hombres que lo rodeaban, se había resignado a aceptar la candidatura del general Justo. El porvenir político sonreía al entonces ex diputado y fu-

turo ministro de Hacienda, doctor Pinedo.

Véase cómo explicó en el Senado el señor ministro su contradicción: «Todos teníamos la impresión, señor presidente, en los comienzos de 1931, que la crisis tocaba a su término, dulce y alentadora ilusión que hemos venido postergando con el tiempo, pero en aquel momento, menos aleccionados por una experiencia dolorosa, nos ilusionaba.» Por eso y por otras razones, encontraba mala la creación del Banco Central.

A fines de 1931, como por arte de magia, había desaparecido la dulce alentadora ilusión. Ya no tenían arreglo las finanzas ni la economía. Ya la crisis no tocaba a su término. Estos antecedentes no prestigian los proyectos del señor ministro y deben darle medida para juzgar a los críticos y respeto para quienes con unidad de ideas, con conducta política, siguen reclamando hoy del gobierno lo que el señor ministro reclamaba cuando era diputado nacional.

El doctor de la Torre concretó las observaciones a los proyectos, en forma que el señor ministro intentó, pero no pudo rectificar.

Es interesante el análisis de sus observaciones, y es interesante relacionarlas con las opiniones de sir Otto Niemeyer, autor del proyecto de Banco Central.

El doctor de la Torre consideraba como sir Otto Niemeyer, que era esencial el equilibrio del presupuesto. Las palabras del perito británico adquieren, frente a la realidad viviente, una elocuencia superior.

Dice en su informe el señor Niemeyer: «Es casi inútil recalcar que, en razón sobre todo de la capacidad relativamente exigua del público comprador de títulos en la Argentina para absorber las emisiones del gobierno, el mantenimiento del equilibrio entre los recursos y gastos del presupuesto es esencial en todo ensayo asegurar la estabilidad monetaria. Es inútil esperar que un sistema bancario funcione en forma regular y estable si está su-

reditado al riesgo de verse entorpecido por trozos de papel fabricados en forma irresponsable. El sistema de Banco de Reserva propuesto, procura toda la elasticidad requerida para atender las genuinas necesidades monetarias, aun en tiempos que estas necesidades sean mayores que al presente. No impunemente se abusará del mismo para satisfacer demandas no legítimas que nacen de necesidades presupuestarias y no se hallan justificadas por un movimiento efectivo de mercaderías. Por consiguiente, merece ser examinado si no sería conveniente tomar medidas ulteriores para consolidar la mejora que se ha llevado a cabo en época reciente en la administración financiera argentina. En los párrafos siguientes me ocupo de algunos problemas relacionados, más bien con el sistema que con el mérito de tales o cuales gastos o impuestos, partiendo del principio de que la base de las finanzas públicas sanas está formada por la unidad, claridad y simplicidad.

«Con el objeto de que el Ministerio de Hacienda, el Congreso y el público en general puedan formarse una clara impresión de las finanzas del año, la unidad del presupuesto debería defenderse mucho más celosamente de lo que acontece en la actualidad.

«Ello significa que: a) absolutamente todos los gastos previsibles a realizarse durante el año que se imputan a rentas generales, deberían incluirse en el presupuesto de gastos ordinarios, y los gastos adicionales que no sean atendidos en esta forma no se autorizarían sino en circunstancias muy especiales. El presupuesto de gastos ordinarios debería ser completo; fuera de él no debería existir ningún gasto extraordinario. Si durante el año se hiciere preciso realizar algún gasto ulterior, deberían tomarse inmediatamente las medidas adecuadas para obtener un crédito suplementario, en cuya ocasión habría que proveer también lo necesario, ya sea para arbitrar simultáneamente nuevos recursos, o para señalar las economías con las cuales sea posible atender los nuevos gastos. Debería

considerarse como piedra de toque de un presupuesto normal, que no se solicitara créditos suplementarios.

«Un sistema — agrega después — que permite excluir del cuadro general del presupuesto y de su examen por una instancia central, grandes partidas de gastos, no puede sino conducir a la confusión y al despilfarro y es innecesario para asegurar una autonomía razonable en la administración inmediata de las sumas arbitradas por el Congreso para fines específicos.»

Yo me pregunto si se ha llenado esta condición que el señor Niemeyer consideraba esencial: ¿existe equilibrio en el presupuesto? La respuesta la conocen los señores diputados. El presupuesto llegó ya con déficit a este recinto y las nuevas partidas de gastos votadas aumentaron el desequilibrio. En el mejor de los casos, ateniéndonos a las cifras más optimistas, el señor ministro, deberá reconocer que existe un déficit de 30.000.000 de pesos para 1935. Se trata de un déficit declarado antes de iniciarse el ejercicio, y es bien sabido que los cálculos del gobierno son siempre desmentidos por la realidad. En 1934 se confiesa un déficit de 20.000.000 de pesos. Cuando lleguen las cifras definitivas estableceremos que él no es inferior a ninguno de los registrados desde 1932, que han fluctuado entre 80 y 120 millones de pesos.

Durante la discusión del presupuesto, ocupándome de la necesidad de llegar a un equilibrio entre las cifras de gastos y recursos, dije que había solicitado del Ministerio de Hacienda la remisión de los datos que habrían de permitirnos juzgar si se realizaban las economías prometidas. Se nos ha dicho, desde 1932 a la fecha, que el gobierno, empeñado en ese propósito, no llenaba sino las vacantes indispensables en la administración y que se hacía todo lo posible para reducir los gastos burocráticos. Deseaba confirmarlo o desvirtuarlo en base a las cifras oficiales. No me fué posible hacerlo en aquel momento; los informes no llegaron. Ahora, a dos meses de distancia, tengo las cifras facilitadas

por el propio Ministerio de Hacienda. A través de ellas, ¡qué bien queda el gobierno en su deseo de satisfacer esa condición indispensable para el perito británico! Resulta que ni en 1932, año en que se realizó el máximo esfuerzo para establecer el equilibrio en el presupuesto, se han dejado de llenar las vacantes producidas en la administración. Las vacantes producidas en 1932 fueron 5.217 y los nombramientos 5.306; en el año 1933 las vacantes producidas fueron 5.247 y los nombramientos 7.522; en 1934 las vacantes fueron 3.132 y los nombramientos 6.058. Seguimos, pues, en el mejor de los mundos, creando puestos y llenando vacantes.

En esta planilla, cuya inserción en el Diario de Sesiones solicito, porque es muy ilustrativa y en la que esas cifras generales están descompuestas en parciales, no figuran algunas reparticiones autónomas como Obras Sanitarias de la Nación, donde, según denuncias, este último año se han creado alrededor de 500 puestos.

De manera que no sólo no se han tenido en cuenta los informes de la Junta de Racionalización, que indicaban la conveniencia y la ventaja de suprimir algunas oficinas, de suprimir reparticiones enteras para refundirlas en otras; no sólo no se han tenido en cuenta los dictámenes que permitían realizar al mismo tiempo una labor de mejoramiento y economía en la administración pública, sino que se los ha contrariado creando una gran cantidad de puestos.

¿Dónde está, entonces, el respeto a las recomendaciones del perito Niemeyer? Los déficit continúan y esos déficit son los que van engrosando el monto de la deuda pública, monto que el señor ministro ha declarado en el Senado que asciende a 3.600.000.000, dando una cifra global, y oponiéndola a la cifra de 4.100.000.000 dada por el senador de la Torre, y basada en un cuadro completo, detallado, en el que consta empréstito por empréstito, las deudas externa e interna de la República. Pido a la Cámara su inserción

en el Diario de Sesiones, para evitarle la lectura de esos cuadros, reveladores de cómo se descompone la deuda pública y cómo ha subido. (1).

Se han señalado en los proyectos del Poder Ejecutivo finalidades fiscales. Que ellas existen, es fácil demostrarlo. Se traducen en estas orientaciones que voy a indicar: Perpetuación y usufructo por el gobierno, del negocio de los cambios; aumento del monto de los préstamos directos e indirectos que pueden obtener de las instituciones bancarias oficiales; obtención de recursos para cancelar la deuda directa con el Banco de la Nación; creación de una nueva categoría de títulos nacionales: los bonos del 3 por ciento.

El artículo 14 de la ley de organización establece que la Comisión Organizadora «aconsejará al Poder Ejecutivo la forma y la oportunidad en que deberá transferir gradualmente el manejo de las operaciones de cambio al Banco Central, de acuerdo con el mismo, el que se ajustará a las normas establecidas por aquél, en tanto se restablezca la libertad del mercado de cambio».

Transferir gradualmente... Esto, traducido al castellano corriente, quiere decir que el gobierno de la Nación va a seguir usufructuando los 10.000.000 de pesos mensuales producidos por el negocio de los cambios, hasta tanto el Poder Ejecutivo pueda prescindir de esa fuente de recursos.

En la tramitación de los proyectos en las comisiones, en el Senado y acá, aparece manifiesta la orientación de aumentar los recursos que por préstamos directa o indirectamente puede obtener el Banco Central el gobierno.

En el artículo 32, inciso f), párrafo 2º, se modifica el concepto del perito británico Niemeyer, que estableció que el Banco Central podía comprar valores del gobierno nacional, al 60 %, y hasta el monto del capital del Banco, que fijaba en 15.000.000 de pesos. Paulatinamente se ha ido aumentando. Ahora llega la cotización de los títulos a 80 %,

y se eleva el monto hasta el total del capital y las reservas del Banco.

Quiero llamar la atención de la Cámara acerca de la necesidad de aclarar qué se entiende por «reserva».

La misma terminología es poco clara. Es más, puede conducir a una confusión lamentable de «fondo de reserva» con «reserva», que sería peligrosa por cuanto podría llevar el límite de lo que el Banco Central puede prestar directa o indirectamente al gobierno, a una cifra considerable. Una interpretación interesada, cuyo detalle ahorro a la Cámara para abreviar, podría elevar, aplicando los porcentajes y coeficientes a que se refieren las distintas leyes, los préstamos indirectos a la suma de 264.000.000, y como los adelantos en efectivo, establecidos por el artículo 44 alcanzan a 70.000.000, se llega al total de 334.000.000. A eso hay que agregar, también, lo que puede obtener el gobierno del Banco de la Nación, que se reduce ahora al 15 % del capital y reserva. El total de los préstamos directos o indirectos, llegaría a 350.000.000 de pesos, contra 40.000.000, límite fijado por el perito británico.

No voy a extenderme sobre el propósito del gobierno de beneficiarse con la cancelación de su deuda directa con el Banco de la Nación. Eso consta en documentos y en declaraciones del ministro.

Lo cierto es que el gobierno recibirá de inmediato el beneficio de la cancelación de 200.000.000 que le debe al Banco de la Nación; 200.000.000 que saldrán de la ganancia producida por la revaluación.

Este monto puede sufrir un sensible aumento, dadas las disposiciones de la ley. Si el fondo de reserva del Instituto Movilizador, que debe fijar el Poder Ejecutivo, de acuerdo con el dictamen de la comisión organizadora, fuera menor de lo que suponemos, el monto destinado a la cancelación de deuda flotante aumentaría en la misma cantidad.

Los 400.000.000 de bonos consolidados del 3 % a que se refiere el artículo 7º de la ley de organización y

(1) Véase pág. 225.

destinados a substituir las letras de tesorería, le darán al gobierno el beneficio de la diferencia de interés entre el 5 % y el establecido para los nuevos valores.

El señor ministro, que prometió un presupuesto científico y finanzas sanas, ha abandonado todo eso con el propósito de conseguir beneficios inmediatos para la tesorería. A este respecto recordaré parte de un discurso de Lloyd George, personaje que, distancia guardada, desde luego, se parece bastante al señor ministro por la frecuencia de la mudanza de sus opiniones, a punto tal que algún adversario irreverente lo calificó de «saltimbanqui de la política».

Criticando al mismo Churchill, en 1926, en la Cámara de los Comunes, decía Lloyd George: «El ministro se ha comparado a un valiente nadador del Canal, a quien se invitó a abandonar la hazaña en el preciso instante en que se encontraba próximo a la costa; pero, en realidad lo acontecido fué que encontrándose cerca de la meta se ha puesto impaciente, cosa que le sucede con demasiada frecuencia y ha contratado un barco para que lo levantara y condujera el resto del trayecto y esto con grave perjuicio para el comercio del país. Esto fué en verdad lo que sucedió; sin embargo, lo que correspondía era que se mantuviera nadando como lo habían hecho los anteriores ministros de Hacienda. Ciertamente habría sido un procedimiento poco popular. Hemos estado a menudo dispuestos a tolerar un poco la inflación que era realmente una cosa a la que se asintiera; pero a pesar de todas estas tentaciones fueron descartadas y esto ha perdido nuestro crédito. Si el señor ministro de Hacienda hubiera sido un poco más paciente, el asunto habría podido llevarse a cabo sin infligir daño a nuestro comercio en el preciso momento en que se estaba reponiendo.»

La versatilidad del señor ministro es grave, como es grave siempre la versatilidad de un ministro de Hacienda; pero más grave es la del presiden-

te de la República, que acepta el sacrificio de la política de sus ministros anteriores, que acepta la crítica a los proyectos y a las ideas de sus antiguos colaboradores. Y es grave también, la versatilidad a que el señor ministro obliga al Senado y a la Cámara de Diputados con su frecuente cambio de ideas.

Entre las modificaciones introducidas por la comisión, que mejoran el proyecto, está, sin duda, la que disminuye la razón de crítica a un aspecto fundamental: me refiero a la delegación de facultades que se hacía en un grado inadmisibles en el proyecto del Poder Ejecutivo, y que es ahora menos grave con el establecimiento de un límite para la revaluación del oro.

En realidad, ya existe una delegación expresa o tácita de la facultad de «sellar moneda, fijar su valor y el de las extranjeras», establecida en la Constitución nacional como deber del Congreso. Prácticamente, con el decreto del 28 de Noviembre, el ejercicio de esa facultad está en manos del Poder Ejecutivo. Esta Cámara resistió empeñosamente nuestros propósitos de obtener la normalización de ese estado de cosas mediante la sanción de una ley, previo estudio de sus antecedentes.

Los antecedentes extranjeros no abonaban ciertamente a favor de los propósitos del Poder Ejecutivo. Los que citó el señor ministro en el Senado no conducen a hacer más sólida y más firme su posición.

Por eso es, indudablemente, auspiciosa la modificación introducida por la comisión.

Con todo, las leyes proyectadas dan un amplio margen a la interpretación y a la acción discrecional del Poder Ejecutivo, es decir, del señor ministro de Hacienda. Las leyes deben ser claras y asegurar con la independencia de los poderes y el mantenimiento intacto de sus facultades, el contralor recíproco, base firme de cualquiera colaboración. Estas leyes, repito, no lo son en la medida mínima que podríamos exigir.

En buena parte quedan libradas, como digo, a la interpretación del señor

ministro. ¿Y qué interpretación será la que el señor ministro aplicará? ¿Cuánto tiempo mantendrá las opiniones actuales, las ideas emitidas en el Senado y las que va a emitir en este recinto? ¿Está segura la Cámara que estas leyes interpretadas por el señor ministro de Hacienda, hoy en una forma, van a ser aplicadas con el mismo alcance y el mismo sentido, si no se fijan limitaciones indispensables a su acción; si no se incorporan a su articulado las ideas que expone? El análisis, no ya de las palabras, que he hecho recién, el análisis de los actos del señor ministro como tal, no permiten confiar en que las ideas de hoy han de ser las que han de presidir la aplicación de esta ley.

El decreto del 28 de Noviembre iba encaminado a beneficiar a los productores; había necesidad de obtener un margen de ganancia en el cambio para beneficiarlos. El quebranto ocasionado por el precio mínimo de los cereales sería afrontado con el producido de esa diferencia, pero el saldo, más de una vez lo ha dicho el señor ministro, entre lo que costaba el mantenimiento de la política del precio mínimo y lo que obtuviera el gobierno, habría de ser devuelto a los productores. Y el negocio de los cambios como ha podido comprobarlo la Cámara y todo el país, no es un negocio para los productores, sino para el gobierno nacional. El precio mínimo ha costado 8.000.000 de pesos, según la declaración reciente, y los cambios producen 10.000.000 de pesos mensuales, es decir, 120.000.000 de pesos al año. Con todas las deducciones que el señor ministro quiera hacer por quebrantos sufridos en el servicio de la deuda, el negocio para el gobierno es de 80.000.000 de pesos anuales.

¿Y la conversión de las cédulas y de los títulos? ¿Se ha operado, acaso, en la forma establecida por el decreto originario? ¿Se ha operado, acaso, en la forma establecida en la ley que hemos sancionado hace dos meses? ¿No hay un sensible cambio entre las ideas y propósitos de ese decreto y de esa ley y la forma como se han aplicado?

En una sesión, creo que al final del período de 1932, el señor ministro de Hacienda, entonces diputado, tuvo duros calificativos para la actitud del gobierno de la provincia de Santa Fe, que había resuelto suspender el servicio de la deuda. Me parece que calificó como un acto de piratería — si no usó esa expresión, empleó otra equivalente, — la actitud del gobierno de Santa Fe que quería entrar en arreglos con los acreedores externos e internos, a fin de servir puntualmente y de acuerdo con los recursos de estos años de intensa crisis, la deuda contraída por gobiernos anteriores en época de prosperidad.

Sr. Ministro de Hacienda. — Si me permite...

Si tiene interés en que precise la palabra, le diré que no fué esa la expresión empleada. Lo que yo hice fué reproducir las palabras que el primer ministro de la Confederación Australiana pronunció con respecto al Estado de Nueva Gales del Sur cuando suspendió el pago de la deuda; dijo, que no podía el crédito de la Nación estar supeditado a la filibustería de los Estados. De ninguna manera dije yo que fuera un acto de filibustería de la provincia de Santa Fe.

Sr. Noble (J. A.). — Me alegra la aclaración, porque en aquel momento yo hice al entonces diputado Pinedo un reproche duro que no obtuvo la aclaración de ahora.

Cuando leo en el recinto la expresión de alguna persona, prácticamente la subscibo; si me hago eco de lo que dice Zutano o Mengano, es porque me parece bien lo que expresan. Por eso, le atribuí al señor ministro la opinión del primer ministro australiano.

Sr. Presidente (Martínez). — Recuerdo al señor diputado que no se trata un juicio político al señor ministro, sino los proyectos bancarios.

Sr. Ministro de Hacienda. — Es que no tendría tema, si no fuera ése.

Sr. Noble (J. A.). — ¿Tema?... El señor ministro da tema de sobra.

Sr. Ministro de Hacienda. — Si no lo doy yo, no hay tema.

Sr. Noble (J. A.). — Estamos analizando nada menos que los antecedentes que nos permiten juzgar cómo el señor ministro se va a mover dentro de una ley que le confiere poderes extraordinarios. ¡Casi nada!

Estamos, en realidad, buscando antecedentes que nos permitan establecer qué suerte correrá el país. Si eso no se vincula con los proyectos, nada se relaciona con ellos.

Decía, entonces, que el señor ministro había formulado manifestaciones que constituyan una condenación amplia de la actitud del gobierno de Santa Fe. Y agregaba al hacerlo, poco más o menos: la Nación tiene que mantener en cualquier forma y a cualquier precio el honor comprometido por la firma estampada al pie de un contrato.

Interrogue cualquiera, si quiere hacerlo, a los poseedores de cédulas que optaron por el rescate, cómo ha cumplido el Poder Ejecutivo el compromiso que la Nación contrajo con ellos. Las protestas son muy recientes; son, en realidad, del momento. El Poder Ejecutivo ha impuesto una forma de rescate perjudicial que los tenedores de certificados no han podido eludir. El señor ministro no respeta el compromiso contraído por la Nación.

Esa despreocupación por las limitaciones impuestas por las leyes y los compromisos es lo que nos hace desconfiar de la acción que el Poder Ejecutivo de la Nación y que el señor ministro de Hacienda han de desarrollar una vez sancionados estos proyectos. Esta ley, sin las limitaciones indispensables, dejando un tan amplio margen a la acción discrecional del señor ministro, tiene peligros que van apareciendo a medida que se ahonda su análisis. Recuerdo, a este respecto, palabras que Benavente pone en boca de uno de sus personajes: «Yo he tenido ideas geniales, aplicadas como yo las podía aplicar, al menor tropiezo se derrumban ante la mezquina realidad de unas leyes meticulosas y cicateras, pero que aplicadas en grande hubieran sido otras tantas magnas empresas de esas que engrandecen a las naciones.

¡Ah!... ¡Si yo hubiera tenido ejércitos y escuadras detrás de mí! ¿Veis el negocio de la quiebra del marco en Alemania? A mí se me había ocurrido millones de veces; nada digo de la idea de lanzar un empréstito a un tipo de interés y después gravarlo por un impuesto que deje el interés reducido a la cuarta parte! ¡Las veces que habré intentado ponerla en práctica! Pero ya digo, sin ejércitos y sin escuadras no se convence a nadie.»

El señor ministro ha podido realizar la conversión de que tanto se jacta, de títulos y de cédulas, porque tenía lo que faltaba al personaje de Benavente: la fuerza.

Para prestigiar estos proyectos se recurre continuamente a la opinión de Niemeyer. Es interesante establecer en realidad si las ideas de Niemeyer han sido mantenidas; si sus ideas y opiniones han sido incorporadas a estas leyes. Ya me he ocupado de sus opiniones sobre presupuesto. Creía él también, indispensable, que la creación del Banco Central fuera previa a cualquiera otra ley de estabilización.

En las páginas 13, 14, 15 y 23 de su informe se leen sus opiniones, que constituyen un verdadero proceso de los proyectos del Poder Ejecutivo, en cuanto ellos vinculan el aspecto monetario simultáneamente con la creación del Banco Central. Dice así:

«11. — Un sistema de Banco Central, evidentemente no puede producir todos sus efectos, si no existe — y mientras no exista — un cambio exterior libre, que se funde sobre una paridad legal de la moneda nacional, hacia cuyo logro deben dirigirse todos los esfuerzos. No creo, sin embargo, que en el momento actual y dado el estado de confusión en que se hallan en el presente la mayor parte de las principales monedas del mundo, sea posible tomar decisiones definitivas respecto del valor futuro del peso o siquiera de su futura base. Creo deber colocarme, por consiguiente, en el caso de que esta cuestión será resuelta más tarde, cuando sea posible suprimir el contralor de los cambios, por una nueva ley monetaria. Pero ello

no es razón suficiente para no proceder de inmediato a la creación de un Banco Central: antes, por el contrario, puesto que no sólo las dificultades del período intermedio requerirán una dirección coordinadora, sino que el Banco Central sería por sí mismo un medio valioso para llegar a una moneda estable y un asesor de apreciable valor cuando se trate de establecer el momento y el tipo de la estabilización. Con este objeto, los estatutos proyectados del Banco de Reserva se han formulado de modo que cubran varias y distintas eventualidades posibles sin prejuzgar en ningún sentido sobre la decisión final que ha de adoptarse y prevén una serie de etapas en el camino hacia la gradual realización de un sistema bancario de reserva completamente desarrollado, en cuya trama el actual mecanismo bancario quedaría firmemente asentado.»

Algunas medidas de carácter transitorio se aplicarían al período que ha de transcurrir hasta que llegue el momento en que sea posible formular la estabilización final del peso en una ley monetaria definitiva.

«13. — Es indudable que se pueden profesar legítimamente muchas opiniones diferentes sobre numerosas cuestiones de teoría general o puntos prácticos de detalle, a cuyo respecto ha sido preciso resolverse por determinada solución, a fin de poder formular un plan concreto. Creo que el plan sugerido evita los extremos y las aventuras, y representa una solución equilibrada, de la cual puede esperarse que ha de funcionar en la práctica. No necesito recalcar que se trata de un conjunto orgánico, que no puede ser substancialmente modificado en ninguna de sus partes integrantes sin poner en peligro toda su estructura.

«24. — Como queda dicho en el considerando 11, no creo llegado el momento en que con algún provecho pueda formularse recomendaciones acerca de la estabilización definitiva del peso. El Banco de Reserva, naturalmente, habrá de estudiar el punto para hallarse preparado en el momento oportuno, y po-

drá consultar al respecto todas las opiniones que estime conveniente escuchar antes de que se proyecte la ley monetaria definitiva.»

Se dirá que estos proyectos no constituyen la ley monetaria de que habla sir Otto Niemeyer, pero de ellos surgen tales limitaciones para aquélla que hay que reconocer que el Poder Ejecutivo se aparta fundamentalmente de las ideas del perito británico. En la carta dirigida al señor ministro de Hacienda establece claramente su discrepancia con los proyectos cuya paternidad se le atribuye. Dice: «A mi parecer, el presente es ideal para preparar previamente el mecanismo para el tiempo que ciertamente vendrá cuando el problema entero de la moneda tenga que ser afrontado. Sin duda, usted habrá notado que, precisamente, cuando los cambios no son fijados se toman pasos de esta naturaleza en muchas partes del mundo. Nueva Zelandia ha inaugurado su Banco Central, la India ha votado las leyes necesarias y el Canadá está dictando las leyes. Todos países agrícolas como la Argentina». Y agrega: «Me parece hay otra razón de índole nacional para comenzar desde ahora, ya que ha logrado un saneamiento importante de la situación interna».

Esto en cuanto a la simultaneidad de lo que podríamos llamar ley monetaria y ley de creación del Banco Central.

Los proyectos se apartan de lo que aconsejaba Niemeyer, respecto a los requisitos de los documentos de redescuento de responder al movimiento real de mercaderías, artículo 32, inciso b). El establecía como imprescindible dos firmas solventes, además de la firma bancaria. El Poder Ejecutivo estableció, por lo menos, dos firmas buenas, documentos que venzan a más tardar dentro de los noventa días a contar desde la fecha de su redescuento y reúnan los requisitos exigidos por el Código de Comercio. Pero a medida que avanza el trámite parlamentario, los requisitos van disminuyendo y terminan por ser los siguientes: documentos provenientes de opera-

ciones comerciales relacionadas con la negociación de mercaderías, que lleven por lo menos dos firmas solventes, de las cuales una sea bancaria.

El señor ministro ha explicado en el Senado por qué se apartaron de sir Otto Niemeyer en este punto. No me extenderé respecto a la necesidad de mantener los requisitos que Niemeyer consideraba indispensables. Pongo de manifiesto la contradicción con el proyecto del Poder Ejecutivo y con el despacho de la comisión.

El fijaba el respaldo del oro en 25 %, pero no había revaluación, y por consiguiente el monto emisible era de pesos 2.400.000.000 aproximadamente. El proyecto actual, con revaluación, mantiene el respaldo del 25 %, pero hace posible una emisión de más de 5.000.000.000 de pesos.

Si yo no temiera que el señor ministro envolviese al perito británico en uno de esos calificativos de orden tan general, en esas fulminaciones a que nos tiene acostumbrados, tales como «demuestra una magnífica capacidad para no entender», o «sus opiniones constituyen una serie de desatinos», le diría que sir Otto Niemeyer se ha pasado a la oposición: está ahora en estas bancas.

Hemos hecho y vamos a hacer cuestión fundamental respecto al mantenimiento del espíritu de colaboración, en el aspecto político que presentan los proyectos que consideramos. La proyectada ingerencia del Poder Ejecutivo en el manejo de los organismos creados por estos proyectos no puede ser fruto de la casualidad. El Poder Ejecutivo, por una disposición secundaria de la ley de organización, tenía la facultad de nombrar todo el primer directorio del Banco Central, del Instituto Movilizador y toda la comisión organizadora, es decir, los tres organismos llamados a poner en marcha la ley y a aplicarla a muchos años de distancia. En el seno de la comisión propuse que el directorio del Banco Central se constituyera de inmediato, de acuerdo con lo establecido por las disposiciones permanentes de la ley del Banco Central. El señor ministro

aceptó que el directorio se constituyera de acuerdo con lo que establece el artículo 12, pero mantuvo firmemente el propósito de que el Poder Ejecutivo fuera quien designara sin propuesta de la asamblea de accionistas el primer presidente y el primer vicepresidente. Su opinión decidió la de la comisión.

El directorio, en realidad, contaba poco en el proyecto del Poder Ejecutivo. No sé si intencionadamente o inadvertidamente...

Sr. Ministro de Hacienda. — Ni lo uno, ni lo otro.

Sr. Noble (J. A.). — ... se había redactado el artículo 32, correspondiente a las atribuciones del directorio, en forma que ellas no abarcaban la totalidad de las operaciones del Banco. La Comisión de Presupuesto y Hacienda aceptó una aclaración que propuse y que mejoró sensiblemente la redacción. El proyecto del Poder Ejecutivo decía: «El Banco podrá...» Y a continuación se establecían todas las operaciones posibles para el Banco. El artículo modificado, dice: «El Banco podrá, en las condiciones que fije el directorio...», es decir, establece una ingerencia por lo menos mínima del directorio en las operaciones que el Banco debe realizar. La acción del presidente tiene ahora un mayor contralor.

Pero ¿qué razón hay para que el señor ministro mantenga a capa y espada el propósito del Poder Ejecutivo de designar sin propuesta previa de la asamblea de accionistas el primer presidente y el primer vicepresidente? ¿El presidente es ejecutor, es sólo el representante del directorio o tiene atribuciones que sobrepasan las de éste? Si ocurre esto último, los temores expresados en el mensaje del Poder Ejecutivo serían de confirmación inminente. La intervención de la política en el Banco Central quedaría asegurada por las disposiciones que el gobierno ha incorporado a la ley de organización y que ahora mantiene en forma irreductible. Y si no tiene las atribuciones sospechadas, ¿para qué se desea su nombramiento por el Poder Ejecutivo? ¿Es posible negar a una asamblea a

la que se le entregan funciones tan delicadas como el gobierno del Banco Central, la responsabilidad, el acierto, la ecuanimidad necesarias para constituir una terna que ofrezca garantías de buena elección al Poder Ejecutivo? ¿Es posible pensar, como el señor ministro ha dicho en el seno de la comisión, que el primer presidente, si surge de la asamblea, podría inclinarse a una aplicación benévola o tolerante de la ley de bancos? Si este fuera el pensamiento del Poder Ejecutivo, si él considerara que la asamblea de accionistas ofrece tan poca garantía como para no asegurarle la constitución de una terna, de la que pueda elegir un hombre que aplique la ley de bancos de inmediato, con rigor, y ecuanimidad, habría emitido el Poder Ejecutivo un juicio respecto al proyecto de Banco Central de una severidad que no podríamos poner nosotros. Lo mismo hemos reclamado respecto a la constitución del primer directorio del Instituto Movilizador. Hemos pedido que su designación no estuviera librada al Poder Ejecutivo; hemos reclamado para que él ofrezca elementales garantías de prescindencia política, que ella esté a cargo del directorio del Banco Central. La Comisión de Presupuesto ha aceptado, en parte, esta proposición. Mantiene el nombramiento de presidente por el Poder Ejecutivo. Por nuestra parte hacemos cuestión del nombramiento de presidente por el directorio del Banco Central y en última instancia, por el Poder Ejecutivo, pero de terna constituida por aquél.

En definitiva, el gobierno persigue con estos proyectos fines fiscales y políticos, junto con los financieros y económicos. Para nosotros, son más los peligros que envuelven las finalidades fiscales y políticas que las esperanzas que puedan infundir las financieras y económicas.

¿Es posible apegarse a fórmulas o a principios clásicos en este momento? Se apartan de ellos hombres que parecían sus sostenedores más firmes.

El señor ministro lo hace con una facilidad que todos hemos podido apre-

ciar. Por mi parte, no me siento muy apegado, tampoco, a las fórmulas clásicas. Lo que pasa en el mundo muestra en crisis a un sistema que se encamina, tal vez, a la quiebra definitiva.

Me explico los grandes proyectos, los grandes esfuerzos realizados al margen y contrariando los principios clásicos de las finanzas y economía. Tienen como punto inicial la ruptura más o menos violenta con las grandes fuerzas económicas y tienden a someterlas al contralor del Estado. De dominadoras van pasando a ser dominadas, controladas y dirigidas. Me explico el plan del presidente Roosevelt: desvalorización del dólar, control de bancos y explotaciones agrícolas; fijación de precios, reducción de la jornada de trabajo y mantenimiento de salarios; fomento de la cooperación; absorción de las empresas de servicios públicos; abultamiento del presupuesto para realizar obras públicas productivas. Todo eso tiene un sentido, revela una dirección superior; envuelve una gran esperanza.

No es, desgraciadamente, nuestro caso.

Alguna vez dije que era este un gobierno de aspirina. Tal vez ahora haya dejado de serlo. Estamos entrando en el terreno del hipnotismo y del curanderismo. Mientras se especula con la sugestión de proyectos espectaculares y de las grandes frases, el país va siendo encadenado cada vez más a las fuerzas que lo dominan. Es cada vez mayor la voracidad de los grandes trust; se desata el peligro de la entrega definitiva de la ciudad a las empresas de servicios públicos, de electricidad, tranvías y teléfonos; se pretende aplastar a las cooperativas agrícolas que eran la esperanza de liberación del productor del campo; al amparo de un proteccionismo extraordinario se fomentan las ganancias fabulosas de un grupo reducido de industriales, mientras se deja caer a otros y se somete sin contemplación a los consumidores; los salarios bajan y la jornada aumenta; se deja enseñorear a los frigoríficos extranjeros en

la exportación de carnes y se combate a las empresas nacionales desde el Ministerio de Agricultura, llegando a hacer afirmaciones que desprestigian sus productos. Esas afirmaciones formuladas por el director de ganadería y recogidas por el ministro de Agricultura pueden confrontarse con certificados definitivos provenientes de firmas e inspectores que en Gran Bretaña constituyen la más alta autoridad en la materia.

Pensaba ocuparme de este aspecto de la cuestión con el deseo de restablecer, también, en el seno de la Cámara la verdad; pero para evitar la prolongación de este discurso he de incorporar al Diario de Sesiones algunos de los certificados que demuestran en forma concluyente lo que estoy afirmando. (1).

En definitiva: ¿Estamos frente a un gobierno peor que los anteriores, peor que los que ha soportado el país en los últimos veinte años? No necesito engolfarme en esa confrontación.

He de concretar el juicio que nos merece el actual, diciendo que estamos frente a un gobierno conservador, frente a un gobierno entregado a las fuerzas, económica, política y socialmente reaccionarias. Ese es el drama del señor ministro: iniciado en las bancas de la izquierda, se ve condenado a actuar en el gobierno al servicio de los intereses que combatió.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*).

—Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 1º de la Honorable Cámara, don Antenor R. Ferreira.

9

CUARTO INTERMEDIO

Sr. Corominas Segura. — Pido la palabra.

Voy a formular indicación, a fin de que la Honorable Cámara pase a cuarto intermedio por el término de una hora, en que deberá reanudarse la sesión para continuar la deliberación, y después votar en general.

(1) Véase pág. 229.

—Después de unos momentos de espera para formar quórum:

Sr. Presidente (Ferreira). — Se va a votar la moción del señor diputado por Mendoza, para que se pase a cuarto intermedio por una hora.

Sr. Repetto (N.). — ¿Hay quórum?

Sr. Presidente (Ferreira). — Hay 80 señores diputados en el recinto.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Ferreira). — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio por una hora.

—Así se hace siendo las 20 y 43.

10

PROYECTOS SOBRE BANCOS
Y MONEDAS

—Siendo la hora 22 y 20.

Sr. Presidente (Ferreira). — Continúa la sesión y tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Repetto (N.). — Señor presidente: Yo comprendo que un partido que está en el poder y que se siente seriamente amenazado de desalojo, trate, con todo apresuramiento, de organizar un resorte de opresión y de persuasión electoral, como es el que está contenido en esencia en los proyectos que se discuten. Pero en todas las oportunidades y frente a todos los peligros deben conservarse siempre las formas, que son las que se han olvidado totalmente en este debate. Se quemán las etapas, se apresura la discusión. Tenemos el sentimiento de ver al propio ministro de Hacienda dirigir aquí, en el recinto, la acción de los diputados y, lo que todavía es más doloroso, tenemos la oportunidad de comprobar que hay en algunos diputados demasiada obsecuencia, para no llamarla docilidad, ante las presiones evidentes del señor ministro.

¿Qué razón hay para que tengamos que ocuparnos de este asunto a estas horas de la noche, para que prolongue-

mos este debate en estas condiciones irregulares? Yo no me creo un hombre de una resistencia de atención considerable, pero desafío a los señores diputados que hayan atendido esta tarde los discursos que aquí se han pronunciado, los desafío a que afirmen que no han experimentado ya algún cansancio y que preferirían continuar esta sesión el día de mañana.

Nos encontramos ya en presencia del gran conjunto de proyectos tan anunciados, tan difundidos, tan elogiados por todos los procedimientos que han concebido la reclame política y comercial.

Se van a crear tres grandes reparticiones; se modificarán los estatutos de otras dos grandes reparticiones y se dictará una ley de bancos. Tendremos en el futuro cinco grandes establecimientos oficiales de crédito. Esto nos tranquiliza en cuanto al próximo advenimiento de los dos bancos tantas veces prometidos: el Banco Agrícola y el de Colonización.

Hoy nos hacía notar el señor diputado Noble, cómo todos los esfuerzos realizados por el gobierno para nivelar el presupuesto habían fracasado y cómo el déficit iba en aumento año tras año; cómo el equilibrio presupuestal, que es la condición previa para iniciar la fundación de un Banco central, cómo ese equilibrio presupuestal se ha ido alejando poco a poco, pudiendo suponer que ese alejamiento todavía se hará más acentuado después que se hayan creado estas grandes reparticiones que costarán al Estado argentino algunos millones de pesos al año.

Yo sostengo que le falta al Congreso la información necesaria para pronunciarse a conciencia acerca de algunos proyectos que aquí se discuten. El discurso del diputado Pena ha llenado en parte esa omisión. El nos dijo esta tarde algo de lo mucho que nosotros necesitamos saber para formarnos un juicio cabal y exacto acerca de las necesidades del Instituto de Movilización. Pero una opinión sobre un

asunto tan importante no se la puede improvisar sobre la base de informes recibidos pocos segundos antes. No se puede hacer así una composición de lugar.

Este proyecto sobre Instituto de Movilización reclama una información clara y amplia, precisa, de origen oficial y debe excluir en absoluto, como base de argumentación, los cuchicheos que en privado se hacen acerca de la situación de quiebra de muchos bancos del país, cuchicheos que uno no sabe si traducen una verdad o son simples argucias para decidir la voluntad del legislador a favor de los proyectos que aquí se discuten.

Yo creo, señores diputados, que esta idea del Banco Central, que se viene discutiendo entre nosotros desde hace muchos años, es una idea que ha debido seguir discutiéndose y estudiándose. Es una idea que cultivada, podría en el tiempo darnos los elementos de madurez suficiente para adoptar una resolución fundada.

Voy a formular ahora a la Cámara tres preguntas y luego yo mismo me daré la tarea de contestarlas. Las preguntas son estas. Este Banco Central que se proyecta ¿es imprescindiblemente necesario? ¿Existen ya en el país las condiciones necesarias para crearlo? ¿Es el actual momento el más adecuado para proceder a la reforma? Voy a contestar a estas preguntas negativamente, dando los argumentos en que baso esas respuestas.

Entre nosotros es ya un viejo asunto este de la creación de un Banco Central. No es una novedad; no lo ha inventado el ministro de Hacienda actual. Esta cuestión ha recrudecido en forma intensa después del advenimiento del gobierno de facto. Se creó entonces una gran corriente a favor de la realización de esta idea de un Banco Central, y algunos legisladores a quienes se creía probablemente de alguna influencia dentro de la Cámara o dentro del grupo político a que pertenecen, fueron sometidos a un verdadero trabajo de catequización intensa, bien

organizada y en cierto modo sistemática. Yo he sido objeto de esa propaganda y no me quejo por ello. Por el contrario, estoy muy satisfecho porque esa propaganda me ha permitido conocer algunas cosas, ponerme en contacto con alguna documentación y estudiar un poco este asunto para llegar a formarme un juicio más o menos exacto.

Recibí como primer elemento ilustrativo, un trabajo del ex ministro de Hacienda de la dictadura, doctor Uriburu, con sus ideas favorables a la creación de este Banco Central, y las líneas generales del proyecto que presentó más tarde.

Recibí un buen memorándum que contiene en germen todas las ideas del estudio de Mr. Niemeyer, memorándum escrito por el gerente de un Banco extranjero, el señor René Berger, que lo hizo llegar a mi poder más o menos el 1° de Enero del año 1932. Es éste un trabajo muy interesante, que yo leí con gran provecho y que, como digo, anticipa las principales ideas de la investigación y del estudio de Mr. Niemeyer.

El doctor Enrique Urien, decano de la Facultad de Ciencias Económicas, tuvo también, la gentileza de hacerme llegar en su oportunidad un interesante trabajo que forma parte de las clases dictadas en la Facultad de Ciencias Económicas por el doctor Pedro J. Baiocco, durante el año 1932. Fué obsequiado con la parte relativa a bancos centrales de emisión y de redescuento.

A un laborioso funcionario, que fué antes, del Banco de la Nación y más tarde, del Ministerio de Hacienda, debo el envío de estas dos interesantes publicaciones, una de ellas titulada «Legislación Bancaria y Monetaria», que contiene el informe presentado por la comisión norteamericana de consejeros financieros, presidida por el señor Kemmerer, informe en que está contenido el proyecto de ley de Banco Central de Chile y los fundamentos de ese mismo proyecto dados por los miembros de esta misma comisión. Y debo

a ese mismo funcionario del Ministerio de Hacienda otro interesante trabajo sobre el Banco Central de Chile y sus funciones, escrito por el asesor del Banco, que es el señor van Deusen.

Aprovecho esta oportunidad para agradecer públicamente a este funcionario el envío de estos dos trabajos y quiero también ahora, declarar públicamente, que tendré el placer de cumplir con el deber de devolvérselos.

He recibido más tarde el trabajo hecho por iniciativa del ex ministro Hueyo, estudio de investigación del señor Niemeyer, cuyo informe y proyectos traducidos al español han sido repartidos profusamente entre los señores diputados, pero sin que sepamos todavía quien hizo la traducción, porque yo no creo que el señor Niemeyer haya presentado su informe en español...

Sr. Ministro de Hacienda. — En inglés.

Sr. Repetto (N.). — Debe haberlo presentado en inglés.

Sr. Ministro de Hacienda. — Sí, señor.

Sr. Repetto (N.). — Habiendo el señor Niemeyer presentado su informe en inglés era de elemental probidad poner el nombre del traductor, decir quién se responsabiliza del informe, lo cual no consta en la publicación del Ministerio de Hacienda.

Sr. Pena. — ¿Me permite, señor diputado?

Con esta característica; que algunas cosas que están muy mal traducidas, se ha querido respetarlas en el texto de la ley para que en el Banco de Inglaterra se puedan otra vez volver al original.

Sr. Repetto (N.). — Yo deseo, señores diputados, fijar en pocas palabras lo que entiendo deben ser las características de un Banco Central. Las determino en esa forma de acuerdo a las lecturas que he hecho y a las conclusiones a que he arribado. Y deseo precisar esas características para que veamos luego en qué medida el proyecto presentado por el Poder Ejecutivo se aproxima o se aleja de ellas, a las que considero fundamentales.

Quiero empezar recordando que des-

pués de la guerra, en todos los países del mundo se discutió sobre los problemas de la moneda y de la emisión. Los gobiernos, puestos en el caso de salvar la existencia de una nación — nación y gobiernos que nunca pueden ser liquidados como lo son los individuos, las personas aisladas — puestos en ese caso de necesidad, todos los gobiernos del mundo emitieron papel en forma fantástica. Y como en algunos países el derecho de emitir, el privilegio de emitir no se había unificado, no se había entregado a un solo Banco, sino que había distintos bancos que realizaban esa función, fué necesario ordenarla y unificarla. La Sociedad de las Naciones convocó a la conocida conferencia de peritos en Bruselas, conviniendo esa conferencia en que la enorme inflación reinante en ese momento provenía de la emisión ilimitada hecha bajo la presión de las necesidades de los gobiernos y que era entonces necesario proceder a la fundación de bancos que se encontraran libres de esta influencia desastrosa de los gobiernos. Se proclamó entonces la necesidad de que cada país tenga su Banco de Emisión. En 1922, en la Conferencia de Génova, se adelantó un poco más y se establecieron las funciones que debían desempeñar estos bancos. Se dijo que estos bancos centrales a crearse debían, en primer lugar, estabilizar la moneda; había que basar la moneda sobre el patrón oro; era necesario volver al patrón oro; y había que equilibrar los presupuestos haciendo severas economías.

Digo todo esto para que veamos después su resultado; en qué extensión y medida aquellos puntos cardinales fueron cumplidos.

El pedido angustioso hecho por Austria a los aliados, en Agosto de 1922, inspiró a la Sociedad de las Naciones un plan de reconstrucción de Austria, basado en la nivelación de sus presupuestos y en la reforma de su régimen monetario y bancario, sentando principios que después tuvieron aplicación en otras naciones, porque la Sociedad de las Naciones fué consultada también por otros países.

Como consecuencia de esto, cambiaron su régimen en forma más o menos importante: en 1920, Checoslovaquia; en 1921, España, Rusia y Suiza; en 1922, Letonia y Perú; en 1923, Colombia; en 1924, Alemania, Polonia, Suecia y Hungría; en 1925, Chile, Inglaterra, Finlandia y Polonia; en 1926 Alemania, Austria, Noruega y Bulgaria; en 1927, Bélgica, Estonia y Grecia; en 1928, Inglaterra, Francia, Italia, etcétera.

Los americanos del Norte, en competencia con la Sociedad de las Naciones, trataron también de organizar sus bancos centrales por medio de la conocida misión de mister Kemmerer, quien fué consultado por Filipinas, México, Guatemala, Colombia, Chile, Alemania, Sud Africa, Polonia, Ecuador y Bolivia. Sobre diez países investigados por Kemmerer, nueve querían la creación de bancos centrales de emisión o re-formar los bancos centrales ya existentes en esos países.

¿Cuáles son los principios fundamentales de estos bancos centrales? Han sido establecidos por el Comité Financiero de la Sociedad de las Naciones. Conviene recordarlos para que se pueda apreciar en qué medida el proyecto que discutimos, los respeta.

El primero y más fundamental, es la independencia del Banco. El segundo, es el derecho exclusivo de emitir billetes. El tercero, es el de limitarse en sus operaciones a préstamos y descuentos de liquidación automática, vale decir, a no comprometer en ningún caso el haber del Banco en una pérdida posible ni siquiera probable. Llamo la atención sobre este principio. El Banco Central no puede prestar sino sobre valores de liquidación automática, segura. No puede perder; no debe perder. Además, debía llegarse a la reducción de la deuda del Estado al Banco y limitación precisa de los nuevos adelantos al Estado.

Vamos a ver más adelante, cómo el peligro más serio para un Banco central lo constituye el Estado. Es el Estado con su necesidad permanente de dinero, con su déficit continuo, el ene-

migo más terrible del Banco Central. Deben centralizarse en el Banco todas las operaciones monetarias del Estado y debe constituirse una cobertura metálica apropiada y suficiente para la emisión fiduciaria.

Léase cualquier trabajo sobre Banco Central — el informe del señor Niemeyer, los informes de los consejeros norteamericanos — y se verá que en ellos se insiste en una forma realmente pesada, en que hay que independizar a los bancos centrales de los políticos y de los círculos financieros. Hay que defenderlos también de cierta clase de operaciones. El Estado debe fiscalizarlas y no hacer lo que vamos a hacer nosotros al erigirlo en un fiscalizador de los otros bancos.

Nuestro Banco Central, que en el fondo no será sino un trust de bancos particulares, va a fiscalizar todos los bancos sin que haya para ese trust de bancos autoridad alguna que lo fiscalice.

Las acciones de un Banco Central deben pertenecer de preferencia a particulares. Sólo unas pocas al Estado como capital inicial. Se trata, también, de independizar al Banco Central de la influencia de círculos financieros que lo pueden utilizar con grave perjuicio del interés general. En este Banco Central que se proyecta, se realiza justamente la asociación de los intereses de ciertos círculos financieros con el Estado.

La defensa contra el Estado y contra los círculos financieros se la alcanza o se cree alcanzarla haciendo entrar como accionistas en el Banco, al mayor número de pequeños o módicos capitalistas. El valor de la acción se considera en general que debe ser relativamente pequeño. Los administradores del Banco deben ser elegidos por los accionistas; y al señor Niemeyer no se le ha ocurrido ni en broma concebir que el procedimiento pueda ser distinto. Por una parte no admite la intervención del capital del Estado y por otra establece que el directorio ha de ser elegido por los accionistas.

Es cierto que en una ley general no se le niega en absoluto al Estado alguna participación en el Banco Central. Se establece, desde luego, que los administradores de estos bancos deben ser nacionales y no se da a los administradores participación en las utilidades, porque no se pretende fomentar en ellos el espíritu de lucro y de ganancia, desde que se los remunera con un sueldo suficiente como para que puedan entregar toda su actividad y tiempo a la función del Banco.

La duración del mandato de los directores oscila entre cuatro y siete años. Las acciones son nominales, enteramente liberadas; se concede un dividendo mínimo a los accionistas y lo que excede debe ir al Estado. Las acciones pueden ser poseídas por nacionales y extranjeros y la mayor parte de los bancos disponen de recursos suficientes para evitar el predominio de los intereses extranjeros. El privilegio de la emisión se fija entre los 25 y 50 años y puede ser retirado por causas justificadas. Contra la ingerencia de los gobiernos y de los políticos, hay que adoptar las medidas indispensables, y también requieren medidas indispensables la ingerencia y el abuso de ciertos grupos de particulares. Es preciso que los intereses de los accionistas del Banco no predominen sobre los intereses generales que defiende el Banco. Cinco clases de medidas pueden adoptarse para defenderlo de los grupos particulares. En el Banco Central de Bélgica, cada 30 acciones dan derecho a 1 voto y nadie puede tener más de 5 votos; en Italia nadie puede tener más de 50 votos; en las asambleas del Banco de Francia sólo participan los 200 accionistas mayores. No se puede ser mandatario de uno o más accionistas y empleado del Banco; no pueden ser administradores ni directores del Banco Central, los administradores o empleados de otros bancos. Nuestro Banco Central tendrá su directorio en manos de los bancos particulares que lo integren. Esta incompatibilidad obedece al hecho de que el Banco Central puede, a veces, to-

mar medidas que no convengan a los intereses de los bancos particulares, que son sus principales clientes. Los empleados no pueden realizar operaciones por cuenta propia. Los miembros de la Comisión de Redescuento no pueden ser empleados, asociados, ni parientes de los directores del Banco Central. El Banco no debe tener participación en empresas comerciales o industriales.

En cuanto a la designación de los directores, hay tres sistemas. La asamblea elige directamente o escoge de listas determinadas o instituciones no accionistas escogen la dirección. Se suele dar en estos bancos representación a algunos gremios: agricultores, industriales, ganaderos, etcétera; en el Banco Central de Chile se da representación a la Federación Obrera Chilena. A mi juicio habría que dar también, y con mayor razón, representación a los consumidores, a los trabajadores y a los ahorradores, a los que llevan sus ahorros a los bancos, con los cuales forman el inmenso capital financiero que manejan en su provecho. Los ahorradores son los que deben figurar en primer lugar en el directorio de un Banco central.

Como garantía, algunas leyes reservan al Estado la aprobación de ciertas y determinadas resoluciones. El Banco Central no debe prestar al Estado, sino para salvar momentáneas dificultades del presupuesto. No le debe prestar sino sobre entradas o rentas presupuestas y debe liquidar siempre sus cuentas dentro de plazos breves, porque si no fuera así, los préstamos acordados al Estado carecerían de su característica esencial; no serían préstamos de liquidación automática. El Estado podría seguir embrollando al Banco.

Los préstamos deben ser, como he dicho, para pagar gastos autorizados por el presupuesto, préstamos que deberán ser reembolsados a más tardar dentro de los tres meses siguientes al cierre del presupuesto. No debe prestar al Estado para cubrir déficit permanentes. Claro está que un control del Estado sobre el Banco Central es

indispensable, porque la función de emitir es de carácter público. El derecho de acuñar moneda y de emitir billetes corresponde al Estado. Por otra parte, los bancos de emisión deben ser el banquero del Estado mismo; el Estado debe centralizar en el Banco Central todas sus operaciones. En algunos países existe un interventor fiscal o un comisario del gobierno, con facultad de intervenir en la administración del Banco y hasta de vetar alguna resolución del directorio, siempre que este interventor fiscal encontrara que esa resolución está en contradicción con los intereses generales de la colectividad.

Los bancos de emisión deben gozar de cierta independencia frente al Estado. Un Banco emisor exclusivamente del Estado, corre peligro. En Inglaterra el Banco es particular, pero no puede emitir sin autorización parlamentaria, y ese Banco para muchas de sus operaciones consulta con frecuencia al ministro de Hacienda.

El Estado, en la mayor parte de los países del mundo, ha abusado del crédito de los bancos centrales. Se trata, por consiguiente, de que las operaciones con el Estado se hagan como las que se realizan con los bancos particulares. Y para esto se reconoce que es absolutamente necesario limitar las deudas del Estado con estos bancos, limitar las operaciones del Estado con estos bancos.

Es necesario, señores diputados, comprender que estos bancos centrales no son la panacea; no se resuelven todas las dificultades con los bancos centrales; no se detiene la crisis con los bancos centrales. Todos estos bancos centrales han sido construcciones muy ingeniosas que han funcionado en forma más o menos regular en épocas normales, pero ahora es el momento de preguntarse y de averiguar cuál es la situación efectiva de esa enorme cantidad de bancos centrales que se han fundado con tanto entusiasmo en estos últimos años.

Yo quiero recordar a los señores diputados que el auge de la inflación, el

abuso, el despilfarro del crédito que apareció en el mundo poco tiempo después de la guerra, y que ha contribuido evidentemente a la crisis actual, ha sobrevenido precisamente después de la creación de un número considerable de bancos centrales, bancos centrales que han fomentado la especulación, que han despilfarrado el crédito y que han dado a los negocios un impulso artificial; bancos centrales que en el momento de las dificultades han mostrado su estructura interior totalmente podrida y débil, como el gran sistema federal norteamericano, que lo hemos visto fracasar, no hace mucho, en la forma más lamentable.

No hay que creer, entonces, que con un Banco central se resuelve todo y se sale de la crisis, que se vuelve a la prosperidad y que terminan las dificultades. Es un gravísimo error.

El Banco Central, señores diputados, es una organización que puede funcionar regularmente en épocas de tranquilidad y de bonanza, pero es una organización que no resiste, porque no tiene nada de específicamente básico, a un estado de cosas anormal. Si mañana estallara en Europa otra guerra, si el mundo fuera sometido de nuevo a esas condiciones anormales, verían los señores diputados cómo los bancos centrales volverían a sufrir la suerte que han corrido todos los bancos durante la última conflagración.

Se acusa, y a mi juicio con razón, a este gran desarrollo de los bancos centrales que se ha observado después de la guerra, de haber contribuido por medio de grandes emisiones — puestas de preferencia al servicio de las grandes empresas — a dar al sistema capitalista y a las grandes unidades industriales un vigor de que antes carecían, contribuyendo por este medio en primera fila a la crisis actual.

Después de haber fijado las características a que deben responder los bancos centrales, y después de haber contribuido a marchitar alguna ilusión en algún señor diputado, acerca de la extraordinaria eficacia de esta clase de institutos, paso a desarrollar el pri-

mero de los puntos formulados como preguntas: ¿es absolutamente indispensable la creación del Banco Central entre nosotros?

Las tres funciones esenciales, específicas, que se atribuyen a un Banco central, son las siguientes: es el que tiene el privilegio de la emisión, es el encargado de regular el crédito y es el encargado de mantener el valor de la moneda.

El Banco Central proyectado por el Poder Ejecutivo y despachado por la comisión, sólo aspira a realizar las dos primeras funciones; a emitir y a regular el crédito. Pero la estabilización y la convertibilidad de la moneda, son dos cuestiones que las deja a un lado y que las reserva para una ley que habrá de dictarse más adelante. Para estas dos funciones, emitir y regular el crédito, no necesita el país el Banco Central. Para emitir está la Caja de Conversión; para regular el crédito está el redescuento.

Yo comprendo que el gobierno necesite ahora de un Banco central para revalorizar el oro y adueñarse de las viejas emisiones sin garantía, pero quiero recordarle al señor ministro, que el mismo señor Niemeyer, entre los muchos y muy buenos consejos que nos ha dado, ha formulado este que tiene, a mi juicio, bastante importancia. Ha dicho al gobierno: «Si usted quiere saldar su cuenta con el Banco de la Nación, lo puede hacer muy fácilmente. Entréguele usted el pequeño fondo de conversión y por otra parte, establezca todos los años en el presupuesto una suma para amortizar su deuda.» De manera que ese sería un procedimiento que haría completamente innecesario el otro de la revalorización del oro.

Cuando el señor diputado Pena, en el discurso que pronunció esta tarde, parecía atribuirle al ministro de Hacienda la paternidad de esta idea de la revalorización del oro, me apresuré a decirle que no era una idea original del ministro, ni en este país ni en el mundo, porque en este país la idea de la revalorización del oro aparece ya en las publicaciones y trabajos del ex

ministro de Hacienda del gobierno de facto, doctor Uriburu, el que habla ya de la revalorización del oro.

Por otra parte, leyendo un tratado cualquiera que se ocupe de estas cosas, se aprende que los gobiernos tienen tres maneras de pagar sus deudas: hacen un empréstito, aumentan los impuestos o crean impuestos nuevos o revalorizan el oro. Además esta idea de la revalorización del oro no podía ser idea original del señor ministro, porque estamos acostumbrados a ver en la historia de todos los países del mundo que cuando el soberano o el gobierno necesita dinero, parte la moneda de oro en dos, de una hace dos, y en esa forma el gobierno revaloriza el oro. De modo que es un procedimiento antiquísimo que no pertenece evidentemente a nuestro actual ministro de Hacienda y que ha sido tomado por él con el propósito que ya ha sido enunciado y que, por otra parte, no puede ser más evidente. Sin esa revalorización no habría Instituto Movilizador y no se producirían las consecuencias que se esperan de estos proyectos.

A mí me ha conmovido realmente la generosidad del diputado Simón Padrós, manifestada en el seno de la Comisión de Presupuesto, cuando se trataban estos proyectos. Me ha conmovido su generosidad al denunciar el poco aprecio en que tenía al oro el Poder Ejecutivo, y al proponer que la barra de 12.445 gramos fuera equivalente a pesos 43.000 en vez de 40.000. Es innegable que esta apreciación mayor que hacía del oro el señor diputado Padrós, era en evidente perjuicio del peso, porque cuanto más apreciaba el oro tanto más se despreciaba el peso. Y así el peso, después de la apreciación del oro hecha por el señor diputado Simón Padrós, posiblemente no valdrá un poco menos de 20 centavos, como se había calculado, sino que valdrá simplemente, alrededor de 18 centavos.

¿Estamos ya, señores diputados, en condiciones de crear el Banco Central? A mi juicio faltan las condiciones esenciales, tanto internas como exter-

nas. En el mundo rigen actualmente cuatro patrones monetarios. Subsiste en casi todas partes el control de cambios. La lucha comercial prosigue. En todo el mundo reina una confusión monetaria realmente inquietante. ¿Son estas condiciones externas favorables para iniciar una obra de este género y completarla a plazo breve?

Por lo que hace a las condiciones internas indispensables para la realización de un proyecto de esta naturaleza, sostengo que esas condiciones aún no se han producido y apoyo esta afirmación en las opiniones del mismo perito Niemeyer.

A fuer de leal, debo comenzar diciendo que para el señor Niemeyer faltan un Banco Central y una ley de bancos. Eso lo ha dicho él: «No es probable que la Argentina pueda soportar por mucho tiempo aún un ajuste automático tan directo y rígido entre la cantidad de medio circulante y la balanza de pagos externos. Cierta correlación entre ambos es de fundamental importancia, pero no conviene la falta de elasticidad, el exceso de rigidez.» Esas palabras «cierta correlación entre ambos es de fundamental importancia» constituyen una expresión enteramente favorable a nuestro sistema actual de la Caja de Conversión. «Hay que coordinar, prosigue Mr. Niemeyer, la acción bancaria mediante la creación de un Banco Central de Reservas y una ley de bancos». Esto afirma el perito Niemeyer, pero a renglón seguido dice: «Pero un sistema de Banco Central, evidentemente no puede producir todos sus efectos si no existe, y mientras no exista, un cambio exterior libre que se funde sobre la paridad legal de la moneda nacional, hacia cuyo logro deben dirigirse todos los esfuerzos. Dada la confusión en que se hallan las principales monedas del mundo, no es posible tomar decisiones sobre el futuro valor del peso o siquiera sobre su futura base. Esta cuestión será resuelta más tarde, cuando sea posible suprimir el control de cambios».

«Debe ser prohibido — dice el señor Niemeyer — hacer adelantos a las au-

toridades públicas e inmovilizar sus fondos sino dentro de límites exactamente determinados y sumamente estrechos. Pocos títulos de la deuda del gobierno en poder del Banco, dice. Hay que arreglar las deudas del gobierno con el Banco de la Nación. Parte se la podría pagar entregándole el fondo de conversión y el remanente habría que consolidarlo en una suma global, destinando una partida en el presupuesto para su completa amortización en un número determinado de años. Sin presupuesto equilibrado — dice el perito Niemeyer — no mandará el Banco Central. Es inútil esperar que un sistema bancario funcione en forma regular y estable si está supeditado al riesgo de verse entorpecido por trozos de papel fabricado en forma irresponsable. El Banco Central asegura toda la elasticidad requerida para las genuinas necesidades monetarias, pero no servirá para nada si se abusa de la misma para satisfacer demandas no legítimas, que nacen de necesidades presupuestarias y no se hallan justificadas por un movimiento efectivo de mercaderías.»

Y ha visto más lejos el perito Niemeyer. Encuentra que hay que realizar algunas reformas muy importantes en las finanzas y en la contabilidad, y que estas reformas son la condición previa para el éxito de la institución que se proyecta. Nos ha exigido finanzas claras, simples y unificadas. Ha dicho: Debe defenderse celosamente la unidad del presupuesto. Un solo presupuesto de gastos ordinarios, completo, sin ningún gasto extraordinario; y a propósito de los gastos extraordinarios hace manifestaciones de asombro que son realmente sugerente. Deben pagarse los gastos previstos incluidos en el presupuesto. Lo demás no debe autorizarse. Todo gasto extraordinario debe ser acompañado del arbitrio de los nuevos recursos o de las economías que se harán para pagarlo. La piedra de toque de un presupuesto normal es la falta de créditos suplementarios. No debe haber fondos especiales del presupuesto ordinario, salvo casos de excepción. Un sistema que permite excluir del cua-

dro general del presupuesto su examen por una instancia central no puede sino conducir a la confusión y al despilfarro. Y nos pide el señor Niemeyer: «Cuentas públicas menos trabajosas». Dice: «Es imposible tener finanzas públicas ordenadas mientras las entidades autónomas de servicios públicos, de educación, de vialidad, ferrocarriles, etcétera, se dirijan al Congreso para tratar asuntos financieros separadamente del ministro de Hacienda. Las cuentas públicas llevadas sobre la base de los ejercicios son de administración trabajosa, se prestan a interpretaciones erróneas y hacen peligrar la nitidez de la tesorería. Un sistema de contabilidad demasiado complejo obstruye su propia finalidad porque el público no lo entiende y es necesariamente torpe en sus resultados.»

Y nos ha aconsejado el señor Niemeyer la amplia publicidad de las cuentas.

«La Argentina debe abandonar el sistema de los ejercicios y volver al sistema de gestión, que se basa en la imputación a un año financiero dado, de todas las rentas en efectivo realmente ingresadas y de todos los gastos realmente pagados en efectivo durante el mismo año, sin consideración alguna a la fecha en que la renta empezó a deberse o el gasto fué comprometido. Esto tornaría claras y precisas las cuentas y prevendría la confusión entre las rentas de un año financiero y los gastos correspondientes a otro. Se impone la publicación periódica y frecuente de las rentas y gastos.»

Y termina con estas palabras, que son muy elocuentes y que constituyen, a mi juicio, una condenación explícita y franca de los propósitos más o menos disimulados pero inflacionistas, que se persiguen con estos proyectos. Dice: «La circulación actual en la Argentina es suficiente. El volumen de cheques compensados, el volumen de las exportaciones e importaciones, el volumen de las cosechas, los precios, etcétera, demuestran que hay en circulación billetes suficientes para sostener un nivel de precios mucho más alto y un volumen de negocios mucho mayor que

el actual. La actual emisión es más que suficiente para atender cualquiera demanda de circulante que pueda presentarse en el futuro inmediato.»

Y ahora vamos a la tercera cuestión: ¿El estado político actual del país es oportuno para emprender estas reformas?

Gobierno: el actual, surgido de la violencia y un poco también del fraude, tiene delante de sí el problema de ofrecer las garantías necesarias para que el país pueda elegir libremente al sucesor. Hay ahora en la República una gran expectativa política y nadie puede negar que reina una gran inquietud. El partido que se ha posesionado del gobierno después de los acontecimientos del 6 de Septiembre, se encuentra actualmente bajo la seria preocupación de ser desalojado, en una elección inmediata, por los que fueron desalojados del gobierno a raíz de los acontecimientos de aquella fecha. Es un hecho, es una circunstancia innegable, que a mi juicio tiene un valor extraordinario para juzgar de la oportunidad de estos proyectos: en este momento los desalojados por la violencia se aprestan a volver; los usurpadores tiemblan y lo esperan todo en buena parte de la fuerza.

Yo me pregunto si el señor ministro de Hacienda concede tan poca importancia a sus proyectos, le inspiran tan poco interés, que los expone a ser aplicados por los propios adversarios, que pueden volver al gobierno el día de mañana.

¿Puede emprenderse una reforma de esta trascendencia en un momento como éste? El señor ministro sonríe...

Sr. Ministro de Hacienda.—Evidente.

Sr. Repetto (N.).—¿No cree en la posibilidad de ser desalojado por el sufragio?

Sr. Ministro de Hacienda.—No lo creo inminente. No lo creo.

Sr. Repetto (N.).—Sé que más de una vez el señor ministro ha temblado ante esa posibilidad.

Sr. Ministro de Hacienda.—No me habrá visto.

Sr. Repetto (N.).—¿Cree que es un momento oportuno para lanzar estas iniciativas? ¿Las aprecia tanto, se interesa tanto por su suerte, se muestra tan solidario con las ulterioridades de estos proyectos cuando los lanza en un momento como éste?

Y en toda esta agitación bancaria y monetaria toma parte activa el señor ministro de Hacienda, el que, por otra parte, aparece ahora en el país como el verdadero paladín del movimiento de defensa contra el avance radical, papel impropio para cualquier ministro y sobre todo para un ministro de Hacienda. No he visto nunca en el país, desde que estoy en actividad en la vida pública, a un ministro que se ocupe de política en forma abierta, con tanto desenfado como el actual ministro de Hacienda. He visto casi siempre desempeñar esta cartera a hombres reposados, a hombres de consejo, que se hicieron siempre un deber en no entrometerse, o por lo menos en no aparecer entrometidos, en cuestiones y gestiones de política.

«Dadme buena política y os daré buenas finanzas». Pero la política ahora, es mala y las finanzas me parece que están a punto de ser pésimas.

Creo, señores diputados, que las épocas de gran agitación política no son propicias para manosear moneda y para emprender reformas bancarias. He referido aquí, contada por el propio interesado, la historia de una solicitud de préstamo al Banco de la Nación en que cupo gran papel al presidente de la República y a tres o cuatro ministros. Cuando la política apremia como en este momento, cuando el partido de gobierno tiene que buscar, por todos los medios posibles, nuevos adeptos y la concentración de los viejos, cuando está interesado el gobierno en aumentar sus huestes, en consolidar su situación electoral, este es un momento poco propicio para ocuparse de moneda, para crear un nuevo Banco y para idear ese formidable resorte de persuasión y de extorsión que será el Instituto Movilizador, porque eso va a ser para persua-

dir a unos y para extorsionar a otros. Hasta podrá operar sobre los más indómitos espíritus de la oposición.

Creo que la conducta del señor ministro de Hacienda es impropia, es imprudente, y yo diría que es temeraria. Sostiene sus reformas bancarias y monetarias en abierta solidaridad con el partido de la Concordancia, partido, señores diputados, que, lo digo con el mayor respeto, pero lo digo porque es la verdad, se halla completamente desmonetizado para esta clase de reformas; es un partido en el que abundan los dadores empedernidos de los bancos oficiales. Del jefe de este partido dicen sus propios correligionarios que convendría hacerlo presidente de la República para ver si paga de una vez las grandes sumas que debe al Banco de la Nación.

Sr. Ministro de Hacienda. — Nadie dice eso y ya le vamos a contestar dentro de un minuto acabadamente, porque al fin se lo nombra, para que podamos hacer su defensa pública como se debe.

Sr. Repetto (N.). — Le corresponde ese honor al señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — Lo tomaré como un honor.

Sr. Repetto (N.). — Eso es lo que dicen sus propios amigos.

Sr. Ministro de Hacienda. — No hay nadie que diga eso.

Sr. Repetto (N.). — Podemos imaginarnos lo que dirán sus enemigos.

Me he ocupado, señor diputados, en general, del Banco Central, y quiero ahora decir rápidamente algunas palabras acerca de la proyectada ley de bancos y del Instituto Movilizador.

Reconozco que la ley de bancos responde a una necesidad sentida que tardaba ya demasiado en ser satisfecha. Se ha comprendido, por fin, que los bancos son establecimientos de interés público en el país. Todo está en cierto modo comprometido en el buen manejo y en la suerte de los bancos. El crédito, que ha alcanzado en el mundo moderno una importancia tan grande, debe ser sometido él también a algunas normas en salvaguarda del interés público.

Una deficiencia o defecto fundamental de este proyecto de ley consiste en esto: en que confía al Banco Central la vigilancia del cumplimiento de la ley de bancos, y el Banco Central necesita también de una autoridad que lo vigile, para establecer o comprobar si ese Banco se somete a las prescripciones de la ley de bancos.

Consideramos impropio, aparte de que es ilógico, conferir a una organización de bancos, el control de todos los bancos, aun de los bancos no asociados al Banco Central. Sería extraordinario que los bancos no asociados al Banco Central — hecho que es posible porque la ley proyectada lo permite — estuvieran sometidos al control de los bancos asociados al Banco Central, y que éste, por su parte, que es un trust de bancos particulares, que puede en todo momento hacer predominar el interés de ciertos grupos financieros sobre el interés general, no tenga una autoridad que lo vigile y que compruebe si cumple, o no, con la ley de bancos.

Por eso es que a ese proyecto le falta lo que tiene de fundamental el proyecto socialista; le falta una inspección de bancos, o una superintendencia de bancos, en forma de una entidad completamente autónoma, totalmente independiente de todos los bancos por encima de todos ellos, entidad que defiende al interés público y que vele por el buen manejo de los bancos. Le falta también, a este proyecto que se discute, un artículo igual o parecido al que tiene el proyecto socialista, que obliga a los bancos extranjeros a tener un directorio local compuesto por mitad, por lo menos, de ciudadanos argentinos nativos o naturalizados.

Creemos que el porcentaje en efectivo, que por el proyecto del Poder Ejecutivo se obliga a mantener a los bancos sobre los depósitos a la vista y sobre los depósitos a plazo, debe ser aumentado. Creemos que el 16 %, fijado para los depósitos a la vista, y el 8 % para los depósitos a plazos, deben aumentarse al 20 % y al 10 %, respectivamente.

Sr. Pena. — Lo propusimos en la comisión y la mayoría lo rechazó.

Sr. Repetto (N.). — Considero inadmisibles, absurda, la reforma introducida por el Senado, en cuanto pretende que la autorización del Poder Ejecutivo nacional no será necesaria en los casos de bancos oficiales de las provincias, cuando la ley de bancos debe tener evidentemente un carácter nacional y no se le puede concebir en otra forma, salvo que este privilegio implicara la obligación de los bancos de las provincias de no realizar ninguna operación fuera de la jurisdicción de sus respectivas provincias.

Por otra parte, el control sobre los bancos debe ser nacional, porque los bancos desempeñan una función pública.

Consideramos que algunas de las reformas introducidas por el Senado en la ley de bancos empeoran notablemente el primitivo proyecto del Poder Ejecutivo. Por ejemplo, no comprendemos por qué aquellos bancos que se han recargado de inmuebles innecesarios han de confiar la liquidación de esos inmuebles al Banco Central. ¿Quién ha sostenido en el mundo que es una operación de un Banco central liquidar los inmuebles que le sobren a los bancos asociados? Es evidente, que deberá obligarse a todo Banco asociado o no asociado a liquidarlos por su propia gestión.

El inciso b) del artículo 4° reformado por el Senado, es evidentemente peor que el artículo del primitivo proyecto del Poder Ejecutivo, porque la reforma del Senado tiende a reducir la sana rigidez de las disposiciones contenidas en el proyecto del Poder Ejecutivo y favorece a los bancos en perjuicio de la garantía de los depositantes. Por otra parte, tiene una redacción confusa y en cierto modo complicada.

Los privilegios que establece el proyecto en los casos de creación de un banco debieran haberse basado en los principios que informan al proyecto socialista. Este proyecto acuerda privilegios sobre cualquiera otro acreedor simple del Banco a los depósitos de

ahorro hasta \$ 10.000 y cualquiera suma a las cooperativas y sociedades de bien público. El artículo del Senado empeora no poco el mismo artículo del Poder Ejecutivo, pero asimismo las dos disposiciones adolecen de este defecto. Se dice en ellas que el privilegio se establecerá sobre la generalidad de los bienes muebles. Y si hubiera bienes inmuebles, ¿la liquidación no los comprendería? Y sobre esa liquidación de bienes inmuebles, ¿no habrían de establecerse los privilegios para determinados depositantes?

En el artículo 11 de este proyecto de ley de bancos, aparece en toda su enormidad el error de poner la contabilidad de algunos bancos en manos de una asociación de bancos, como es el Banco Central. ¿No habría, acaso, algún peligro en poner en manos de una asociación de determinados banqueros, los balances de otros bancos? ¿No corresponde esa inspección a una entidad totalmente independiente de los bancos, aun del Banco Central? Justamente esta inspección de los balances de los bancos es lo que hace resaltar con más evidencia la necesidad de crear una superintendencia o una inspección de justicia. Convendría establecer en esta ley de bancos algo que se ha olvidado y que es muy importante y es que las sucursales de los bancos extranjeros deberán llevar su contabilidad en español. En este proyecto falta, a mi juicio, un artículo que diga lo siguiente: «Comprobada la pérdida de un 30 % del capital realizado, deberán los bancos denunciarlo a la superintendencia o inspección de bancos, no pudiendo desde ese momento aceptar depósito alguno antes de reparar las pérdidas con nuevos capitales. Se considera disuelta toda sociedad bancaria que haya perdido más del 50 % de su capital realizado».

Y hay que agregarle otro artículo que diga lo siguiente: «Los directores y empleados no podrán realizar con el Banco ninguna clase de operaciones, salvo las de depósito en cajas de ahorro o plazo fijo. Tampoco podrán hallarse vinculados a empresas comercia-

les, industriales ni financieras», circunstancia, esta última, que podría estimularlos a tratar en forma distinta a los clientes vinculados a empresas del mismo género que aquellas en que se hallaran interesados dichos directores o empleados.

Señores diputados: No hay que olvidar que los bancos son, entre muchas otras cosas, verdaderos centros de negocios. Los directores de los bancos manejan los intereses del Banco que les han sido confiados, pero los directores de bancos aprovechan de su situación para fomentar empresas industriales y comerciales a las cuales están vinculados o para reventar a las empresas comerciales o industriales rivales o competidoras.

Un directorio de Banco, donde haya mucha gente vinculada a una industria determinada, a una compañía de seguros, a una compañía industrial, a una compañía comercial, ese directorio favorecerá siempre y con mucha generosidad a la empresa comercial, industrial o financiera que maneje, y tendrá reservas u opondrá dificultades para las empresas que puedan competir con ella. Hay que deshacer ese mundo de negocios que se ha ido formando poco a poco en el interior de los directorios de los bancos y que ya, no solamente organiza una verdadera competencia desleal con las empresas similares, sino que constituye una rémora y un peligro para el progreso industrial y comercial del país.

En el proyecto del Poder Ejecutivo y en el despacho del Senado nada se legisla sobre la inversión que ha de darse a las reservas y cuál será su destino. Hace falta agregar, entonces, al proyecto una disposición contenida en el proyecto socialista que establece que las reservas servirán para saldar pérdidas, y otro artículo que ordene que un 50 % de ese fondo de reserva deberá invertirse en títulos públicos nacionales, para mayor garantía de las mismas.

Sr. Simón Padrós. — ¿A qué pérdidas se refiere el señor diputado, si me permite la interrupción?

Sr. Repetto (N.). — A las pérdidas de los bancos.

Sr. Simón Padrós. — ¿En el Instituto Movilizador?

Sr. Ministro de Hacienda. — En los bancos privados.

Sr. Repetto (N.). — Estoy hablando de la ley de bancos.

Iba a referirme ahora al Instituto Movilizador. Encuentro una redacción confusa en la mayor parte de este proyecto, redacción confusa que se manifiesta de una manera especialísima en el artículo 1º; por eso creo que, antes de votarlo, deben los señores diputados someterlo a un análisis cuidadoso.

Preciso es que los señores diputados comprendan que este instituto va a comprar los inmuebles y los créditos de los bancos, tengan estos créditos o no, una garantía material en tierras, casas, fábricas o mercaderías.

Vuelvo a repetir esta interpretación, porque creo que es la exacta, la verdad que se puede extraer de un artículo confuso: se van a comprar los inmuebles y los créditos incobrables de los bancos, tengan estos créditos o no tengan una garantía material en tierras, casas, fábricas o mercaderías. Y yo me pregunto si estos inmuebles de los bancos que va a adquirir el Instituto Movilizador serán solamente tierras o comprenderán también propiedades urbanas, viñedos, ingenios, bodegas y fábricas de toda clase. ¿El Instituto Movilizador va a adquirir también los bienes inmuebles con los cuales se han recargado algunos bancos con exceso y que deben ser liquidados? Por último, en cuanto a los créditos, ¿comprenderán también aquellos de los cuales ya no existen sino los asientos en los libros, operaciones de las cuales ya no queda en substancia nada visible como no sean las anotaciones de contabilidad?

Entiendo, señores diputados, que este instituto va a adquirir estos créditos y estos inmuebles entregados en garantía de créditos ya totalmente congelados. Es un instituto que se va a entender directamente con los bancos y que no va a operar sino sobre créditos

que para los bancos son absolutamente incobrables. Este instituto no va a auxiliar en manera ni medida alguna a la gente que todavía está en condiciones de luchar y que realiza todos los esfuerzos imaginables para hacer frente a sus obligaciones. Para esta gente el Instituto Movilizador no significa alivio ni ayuda alguna. Este Instituto Movilizador sólo auxilia a los bancos comprándoles los créditos ya irremisiblemente incobrables.

Todas estas cosas, los inmuebles y los créditos, se van a comprar entregando el 50 % en efectivo...

Sr. Simón Padrós. — Ningún artículo dice que se pagará un 50 % en efectivo.

Sr. Palacio. — Dice «una parte», simplemente.

Sr. Simón Padrós. — Puede ser que sea el 10 ó el 20 %. Cualquiera que oyerá al señor diputado Repetto creerá que la ley establece imperativamente que se pagará el 50 % en efectivo.

Sr. Repetto (N.). — Perfectamente; los bancos recibirán en efectivo una parte de esos créditos y por el resto se les entregará bonos amortizables a un plazo muy largo y que podrán amortizarse o no en el tiempo. Lo importante para los bancos es el aporte efectivo que van a recibir de inmediato.

No soy partidario de un jubileo; no deseo que se perdonen las deudas a todo el mundo, que todo el mundo pueda saldar así fácilmente sus cuentas. Pero yo me pregunto: ¿no habría sido mucho más práctico, no habría significado llevar la ayuda hasta en una forma general, sin el empleo directo de ese torniquete que va a funcionar en este Instituto Movilizador? ¿No habría sido más interesante y simple, no se habría llevado un auxilio más general a la gente necesitada reduciendo las deudas en un porcentaje determinado y entregando a los acreedores, en bonos, el importe de la reducción de las deudas?

Sr. Ministro de Hacienda. — ¿A qué acreedores? ¿A los depositantes de los bancos?

Sr. Repetto (N.). — No, señor; a los acreedores.

Sr. Ministro de Hacienda. — ¿Si los acreedores de los bancos son los depositantes?

Sr. Repetto (N.). — Hay otros acreedores.

Sr. Ministro de Hacienda. — Entonces no ha entendido nada.

Sr. Repetto (N.). — Ese es el recurso que tiene el señor ministro: decir que no he entendido.

Sr. Ministro de Hacienda. — Le pregunto en la forma más concreta posible.

Sr. Repetto (N.). — He leído su artículo en «La Nación» sobre la revaluación del oro y confieso que no he entendido nada.

Sr. Ministro de Hacienda. — Está a la vista.

Perdonar una parte de la deuda... ¿Y con qué pagan los bancos?

Sr. Repetto (N.). — ¿Y con qué les pagan ahora?

Sr. Ministro de Hacienda. — Con ese mecanismo que se le ha explicado y que el señor diputado no quiere entender.

Sr. Repetto (N.). — ¿Con qué pagan ahora?

Sr. Ministro de Hacienda. — ¿Con los bonos a los depositantes?

Sr. Repetto (N.). — Ese mecanismo aplíquelo al otro sistema.

Sr. Ministro de Hacienda. — Se lo vamos a explicar.

Sr. Repetto (N.). — No me va a explicar nada.

Sr. Ministro de Hacienda. — Yo le explico; pero si el señor diputado no entiende, es otra cosa.

Sr. Repetto (N.). — Es muy interesante este mecanismo, porque durante ocho años los que estén manejando el instituto y los que mangoneen en la Comisión de Organización durante ese tiempo, tendrán a su discreción, no sólo la suerte de los bancos acreedores, sino la de los deudores de esos bancos.

Claro está que yo limitaría esa reducción de la deuda a determinados deudores. Pienso exactamente como el diputado Pena: que toda propiedad

rural cuyo valor en este momento, por la hipoteca, por las deudas, por los compromisos, exceda de las posibilidades actuales de rendimiento, debe bajar, y si se impide ese proceso natural, se conspira contra el interés social, contra el progreso y el porvenir del país. Estoy completamente de acuerdo en eso; pero creo, señores diputados, que para una cantidad de productores argentinos que viven y trabajan en sus campos, que están atados por su actividad permanente a la producción de sus propiedades, creo que para esa clase de deudores debería arbitrase alguna medida de auxilio. No debería haber para nosotros una clase social más respetable ni más digna de ayuda que esa. No pretendo auxiliar a latifundistas que no viven en sus propiedades, que las administran mal, que no acicatean a sus arrendatarios todo cuanto es menester para que esas tierras rindan lo que deben rendir y que no justifican por eso mismo, ese privilegio de los propietarios. No me refiero a esos, sino a la multitud de productores agropecuarios que trabajan personalmente en tierra propia y que están sometidos a las torturas de deudas hipotecarias que no pueden solventar por la reducción considerable del precio de la propia producción.

Tengo, señores diputados, algunas observaciones que hacer al proyecto de Banco Central, pero atendiendo a la hora, a la extensión que ha alcanzado mi exposición y a la necesidad de escuchar también a otros oradores anotados, entre los cuales se encuentra uno de mi sector, voy a poner término a mis palabras, dejando para la discusión en particular algunas observaciones sobre el proyecto de Banco Central.

El fondo de mi exposición ha tendido, señores diputados, a reconocer que la idea de un Banco central puede discutirse, puede estudiarse; que la idea de un Banco central puede seguir siendo en nuestro país una de esas cuestiones que están en el tapete de la discusión y que esperan su solución para el momento oportuno, cuando se hayan reunido a su respecto los elementos

de juicio necesarios y suficientes. Ha tendido a demostrar que las reformas que se proyectan no son imprescindibles ni indispensables, porque todo aquello que el país alcanzará con ellas puede realizarse y se realiza dentro de los sistemas monetarios y bancarios que posee. Ninguna de las funciones que realizará el sistema proyectado puede dejar de cumplirse con lo que ya tenemos.

He tendido a demostrar muy principalmente la inoportunidad del momento escogido para llevar a cabo esta reforma, por la situación política y económica general, por el relajamiento de todos los resortes morales, que con tanta facilidad y evidencia puede apreciarse en todas partes. Reformas de esta naturaleza no pueden ser emprendidas sino en momentos de mucha serenidad, cuando el espíritu público pueda encarar estas cuestiones con la tranquilidad necesaria y cuando se las pueda aceptar sin interés menguado y puedan imponerse como verdaderas soluciones de carácter impersonal, para resolver problemas de orden general y no como recursos para soluciones particulares o para móviles políticos determinados.

Esas son las tres grandes cuestiones que he tratado de demostrar. No sé si lo habré conseguido, pero me he esforzado por obtenerlo y he salvado en todo caso, mi responsabilidad.

No creo que sea éste el momento oportuno para entrar en esta clase de aventuras. Esto puede tener para el país consecuencias muy serias. Creo que este Banco Central, con la enorme influencia que se asegura el gobierno en él y con el cúmulo de factores que se mueven hoy en el país y que pesan en una forma realmente irresistible, este Banco Central podrá llegar a ser en muy poco tiempo un espécimen empeorado del Banco de la Nación.

Ya se nos han dado esta tarde las cifras, que por otra parte conocíamos. Sabemos el manejo de esa institución y el ex ministro de la dictadura, doctor Uriburu, ha dicho acerca de estas cosas una gran verdad que es preciso

recordar a esta distancia; ha tenido la franqueza de decir en un documento público, algo que nosotros ya habíamos afirmado aquí, muchas veces refiriéndonos al Banco de la Nación. Allí donde las resoluciones las toma un cuerpo colegiado o directivo, todas esas resoluciones parten de un ente irresponsable y así son las consecuencias. En cambio, en las sucursales del Banco, donde toda decisión recae exclusivamente sobre la responsabilidad del gerente, las operaciones dan otro resultado. Por esto, afirmaba el doctor Uriburu que la gestión de las sucursales del Banco de la Nación es, en general, provechosa para los intereses del mismo, en tanto que la del directorio, presionado por intereses políticos y amparada en cierta manera por la irresponsabilidad que nace de esas resoluciones de conjunto, son desastrosas.

Vamos a tener un Banco Central con una enorme ingerencia del gobierno. Va a seguir el gobierno enjugando el déficit de sus presupuestos con dineros de los bancos y seguirá esta situación por mucho tiempo, alejándose cada vez más la posibilidad de regularizar nuestra situación monetaria como lo exigen las conveniencias generales del país y lo reclama también una buena parte de la opinión.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos!*).

Sr. Godfrid. — Pido la palabra.

Durante mi breve actuación en la vida pública, no recuerdo haber leído un discurso; pero esta vez, por circunstancias ajenas a mi voluntad, tendré que apartarme un tanto de esa norma de conducta. He debido estudiar, en un plazo, para mí muy breve, los proyectos que la Cámara discute en estos momentos. He confeccionado algunas planillas que se relacionan con ellos y tendré que aludir a cifras allí mencionadas. Es natural, entonces, que no pueda improvisar. Por lo demás, cuando de estos asuntos se trata y se vinculan con los números, es cosa prudente no improvisar.

El grupo demócrata progresista expresará al país, por mi intermedio, su

pensamiento sobre los proyectos que en estos instantes discute la Honorable Cámara. Son de tan grave trascendencia que, a mi modo de ver, si se sancionaran convirtiéndose en ley, pueden llegar a comprometer el porvenir de la República, retrasando su progreso por muchos años.

Esa circunstancia ha gravitado enormemente sobre mí, haciéndome comprender la responsabilidad que asumo al intervenir en este debate. Voy a encarar en todos sus aspectos esos proyectos y lo haré con criterio puramente objetivo, en forma enérgica, pero respetuosa, pues no otra actitud se aviene con mi temperamento y con mi educación.

Voy a hablar con claridad. Estos asuntos de carácter monetario suelen tener fama de misteriosos o intrincados, al extremo de que se piensa que sólo están al alcance de los financistas de verdad o de los que ofician de tales. ¿A qué se debe esto?

Los que manipulan con la moneda, son los financistas oficiales; les hacen coro, todos los que con la manipulación se benefician; unos y otros se encargan de arraigar en la conciencia pública ese concepto erróneo. Con sobrada razón el doctor Juan B. Justo, en su libro *La Moneda*, cita un párrafo de la obra de Locke, quien explica la razón de ser de esa creencia equivocada, en estos términos: «Este asunto de la moneda y de la acuñación es para algunos hombres, y entre ellos algunos muy llenos de ingenio, un gran misterio, muy difícil de entender, no porque realmente lo sea, sino porque personas interesadas que tratan de él, envuelven el secreto, de que sacan provecho, en un lenguaje místico, obscuro e ininteligible, que la gente, por una opinión preconcebida de la dificultad del tema, deja pasar sin examen, mientras que si escudriñaran esos discursos y buscaran el sentido de sus palabras, encontrarían en la mayor parte de los casos que sus premisas son falsas, sus deducciones erróneas o, como sucede a menudo, sus palabras no tienen sentido preciso alguno. Cuando no es así

— agrega Locke — su sentido llano, verdadero y honesto resultaría muy fácil e inteligible, si se lo expresara en lenguaje ordinario y directo.»

— Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 2°, doctor Roberto J. Noble.

Yo he seguido al pie de la letra ese consejo de Locke que, como mejor explicación del origen misterioso de los problemas monetarios para substraerlos al conocimiento del pueblo, ha transcripto Juan B. Justo en la obra aludida. He escudriñado todos los proyectos del Poder Ejecutivo sometidos a nuestra consideración; los he estudiado sin perder de vista que están íntimamente ligados los unos con los otros; no he omitido la lectura de ningún diario donde aparecieron explicaciones tendientes a aclarar conceptos oscuros, cuyo alcance nadie entendía. Así, pude formar un criterio que creo exacto, para encontrarme en condiciones de poner de relieve lo que quizá mucha gente ignora.

No hay tal dificultad para que los asuntos monetarios se entiendan. Lo que falta es claridad, sentido llano, verdadero y honesto, para que quienes han de sufrir las consecuencias de su manipulación los comprendan.

Saben los financieros oficiales, incluso los que se benefician con el manipuleo de la moneda, que el lenguaje claro pondría en peligro sus designios. He aquí la verdadera explicación de ese pretendido misterio.

Cuando se discutió en el Honorable Senado en 1901, el proyecto sobre unificación de la deuda externa, el senador doctor Carlos Pellegrini dijo en su discurso, que el azar de la política contribuía no pocas veces a que las funciones ministeriales fueran ejercidas por personas carentes de conocimientos en la rama que les tocaba actuar. Para justificar su afirmación, aludió a un caso demostrativo de esa gran verdad. Un día, dijo, bajo la presidencia del doctor Nicolás Avellaneda, el Ministerio de Hacienda quedó vacante. Fué llamado a desempeñar interinamente la cartera otro ministro,

ciudadano sumamente distinguido, inteligente e ilustrado, pero que en materia de cambios y de giros no era muy práctico. Al día siguiente de recibirse del ministerio, un subsecretario le advirtió que era necesario remitir 100.000 libras esterlinas a Londres para pagar un cupón de la deuda; el ministro le preguntó: ¿y cómo se hace eso? El subsecretario le indicó que hiciera llamar al corredor del gobierno y le diera orden de compra de las letras necesarias. Vino el corredor, recibió la orden e interrogado por el ministro sobre el valor de las letras, manifestó que se podían obtener a 48 y $\frac{1}{4}$. No, señor, dijo el ministro; vea si las consigue a 47, pues estoy empeñado en hacer todas las economías posibles.

El Ministerio de Hacienda de la Nación no está actualmente en manos de uno de esos ministros a que se refirió Pellegrini. Desempeña la cartera un hombre versado en asuntos financieros; sabe hablar claro cuando quiere; más aún, sus antecedentes políticos lo colocan en la condición de saber que cuando de moneda se trata hay que hablar con claridad. Cuando un hombre de esas condiciones emplea en la redacción de los proyectos un lenguaje de difícil comprensión, obliga por su propia actitud a que se controle lo que escribe y se pueda dudar de lo que dice.

Constituimos dentro de esta Cámara un grupo opositor al Poder Ejecutivo de la Nación. Nuestra oposición, lejos de ser sistemática o negativa, es siempre de carácter constructivo. Entendemos que, en los tiempos que corren, los opositores tienen un papel importante que desempeñar, el que por cierto resulta estéril si no se traduce en obra eficiente que tienda a demostrar sin contemplaciones el error de las iniciativas ajenas cuando aparejan perjuicios para los intereses públicos, prestando, en cambio, el más decidido apoyo cuando otras iniciativas puedan ser beneficiosas. No concebimos el egoísmo, ni regateamos méritos a nadie.

Consecuentes con este criterio, ninguna violencia nos hacemos al decla-

rar que, en principio, estamos de acuerdo con la necesidad de que se establezca el Banco Central de la República. Pero para ello, es indispensable ante todo, que desaparezcan los factores que pueden trabar su normal funcionamiento.

Estamos de acuerdo también con la ley de bancos, necesidad igualmente sentida desde hace muchos años por las razones que se dan en la exposición de motivos. Habrá que introducir algunas modificaciones cuando se discuta en particular. Es criticable la actitud del Poder Ejecutivo al pretender que, a tambor batiente, se sancionen proyectos de la trascendencia de los que nos ocupan. Cuando estos mismos asuntos se discutieron en el Honorable Senado, el señor ministro de Hacienda dijo, que su preparación no era la obra de días sino de meses, que coronaba estudios e investigaciones de años, y que todo esto no puede llevar a sostener que es injusto pedir al Congreso se pronuncie con rapidez. El argumento no es razonable. Si algo demuestra, señor presidente, es que, por tratarse de proyectos madurados durante mucho tiempo, precisamente por eso no puede exigirse a los legisladores se conformen con una simple lectura para estar en condiciones de votarlos. Eso equivale a sostener que no estamos aquí para estudiar ni medir el alcance de nuestro voto, sino para el cumplimiento de este mero formalismo: ocupar las bancas para votar por la afirmativa.

Sostuvo también, el señor ministro, en el Honorable Senado, que en otros países se discutieron en brevísimo tiempo los proyectos sobre ley de Banco Central. Para que el ejemplo pueda aplicarse al nuestro, bueno es tener en cuenta que no se trata de aprovechar medidas ni moldes. Lo que en un país puede ser cosa fácil, en otro puede tornarse difícil o imposible por determinadas circunstancias, como ocurre en este caso. Todavía no hemos perdido la costumbre de imitar los malos ejemplos. Con razón criticaba esto Juan B. Justo, cuando decía: «No combatimos

el analfabetismo porque nos consuela, que en tal o cual país haya más analfabetos que en el nuestro; aumentamos el presupuesto de Culto porque en algún otro país hay más frailes que en el nuestro». Ahora nos dice el señor ministro que, a tambor batiente, debemos sancionar los cinco proyectos de ley, porque otros lo hicieron en dos días. Supongo que esos parlamentos a que se refería el señor ministro, pudieron contar, juntamente con la exposición de motivos escrita en lenguaje claro y franco, los datos estadísticos, cuadros demostrativos, antecedentes, cifras, etcétera, para formar criterio exacto acerca de la conveniencia o inconveniencia de la emisión de su voto, en uno u otro sentido. Todo ello sin contar, asimismo, que la redacción de los proyectos habrá sido clara, precisa, sin ambigüedades, ni palabras de doble sentido. En los proyectos de ley que remitió el Poder Ejecutivo, se habla, por ejemplo, de la equivalencia del oro, de la Caja de Conversión, fondo de beneficios de cambio y fondo de divisas que han de transferirse al Banco Central, conforme al artículo 4° de la ley de organización, pero se alude a las «condiciones» que aquél determinará. Presionado por la prensa y la opinión pública, el señor ministro se vió en la necesidad de explicar eso de la equivalencia, pero quedó sin explicación lo de las condiciones.

Se dice en el artículo 4° mencionado, que todo el oro existente en la Caja de Conversión en el momento de dictarse la ley, deberá transferirse al Banco Central, sin que el gobierno pueda tomar parte alguna de él, ni el Banco pueda usarlo con otros fines que los expresados en la ley de su creación. Se deja así la puerta abierta para sujetar a las condiciones que impondrá el Poder Ejecutivo, el traspaso de ese oro proveniente del «Fondo de Divisas» y del adquirido con las ganancias del cambio.

Se alude a las letras de tesorería, pero no se acompaña detalle de las mismas para que el legislador conozca su monto y distribución; se habla de

créditos congelados, sin decir a cuánto ascienden, en qué consisten, cómo se distribuyen y cuál es el alcance que ha de atribuirse a la palabra «congelado»; se menciona la deuda directa e indirecta con el Banco de la Nación sin citar a cuánto asciende; se habla de divisas, de ganancias obtenidas en el cambio, pero se ignora su importe a la fecha.

Podría así seguir refiriéndome a numerosas situaciones contempladas en los proyectos y que constituyen verdaderos enigmas. ¿Habrá ocurrido lo mismo en aquellos países cuyos parlamentos, según el señor ministro, sancionaron en dos días proyectos análogos a los que aquí se discuten en este momento? ¿Cómo se pretende que en esas condiciones un diputado pueda participar en el debate sin prevención alguna? ¿Se quiere, acaso, que la intervención del Congreso sea al sólo objeto de guardar las formas dictando leyes obscuras, que por revestir el carácter de carta blanca autorizan al Poder Ejecutivo a suplantarlo en el ejercicio de las atribuciones que le confiere la Constitución? Al abordar el estudio de estos asuntos aseguro que no voy a perderme en detalles. Iré a la parte fundamental de los mismos.

Mis afirmaciones estarán corroboradas con cifras, que sólo podrán destruirse con otras que se les opongan. Dejo de lado teorías o frases. Espero así, que después de demostrar los aspectos peligrosos que para el porvenir del país comportan los proyectos en discusión, luego de desentrañar el alcance de no pocas disposiciones que son la víscera enferma de los mismos, los señores diputados apoyarán la moción que voy a formular; hasta abrigo la esperanza de que ha de apoyarla el señor ministro.

Bueno es advertir que estas cuestiones de bancos y moneda, aun cuando por desgracia suelen estar, no pocas veces, vinculadas con la política, ejerciendo sobre ésta la consiguiente gravitación, no constituyen propiamente asuntos de política electoral que impongan deberes de solidaridad parti-

daria. Espero que los señores diputados, al adquirir el convencimiento del peligro que se cierne sobre los habitantes de la República que viven de su trabajo, si esos proyectos se sancionan tal como fueron despachados, estarán de acuerdo conmigo. Es tan grave todo esto que, en mi sentir, bastaría una duda, por ínfima que sea, para que quien inviste una representación popular, después de escuchar lo que ha de decirse, mida el alcance de su voto y piense que puede hacerse acreedor a la maldición de las futuras generaciones.

El perito señor Niemeyer precedió su proyecto sobre ley de Banco Central de estas observaciones, que constituyen verdaderos postulados: «Es esencial — dijo — que el Banco de la Reserva se desenvuelva con independencia de toda influencia impertinente o parcial. Debe hallarse doblemente protegido, por sus estatutos y por la opinión pública. Deberá mantenerse reducido el monto originario de los títulos de la deuda del gobierno en su poder. El gobierno lo consultará respecto de todos los empréstitos externos — e incluye en la necesidad de esa consulta a los gobiernos provinciales o municipales —. El gobierno debe arreglar su deuda pendiente con el Banco de la Nación lo más pronto posible. El remanente de la deuda del gobierno habrá que consolidarlo luego en una suma global, destinándose anualmente una partida en el presupuesto para atender a su completa amortización en un determinado número de años. Por último, el mantenimiento del equilibrio de los recursos y gastos del presupuesto es esencial a todo ensayo de asegurar la estabilidad monetaria, desde que será tarea inútil crear un sistema bancario que funcione en forma regular y estable, si está supeditado al riesgo de verse entorpecido por trozos de papel fabricados en forma irresponsable.»

Todas esas interesantes recomendaciones pueden resumirse en esto: 1º, el gobierno no debe tener ingerencia en el Banco, máxime cuando ésta puede revestir, en nuestro país, carácter pu-

ramente político; 2º, el gobierno debe encontrarse libre de toda situación de apremio, pues al tener que ser auxiliado por el Banco, perturba su normal funcionamiento, impidiendo así que llene uno de sus principales objetivos.

Puede decirse que el perito señor Niemeyer con su proyecto colocó al Banco a leguas de distancia del gobierno, cerrándole las puertas. El gobierno, desechó esa saludable recomendación, formulando un proyecto mediante el cual se había metido en el Banco. La comisión lo colocó a algunos pasos de distancia, pero ha dejado abierta la puerta. No existe así motivo serio para afirmar que el Banco se halla protegido por sus estatutos y menos por la opinión pública.

El señor ministro, en el discurso que pronunció en el Honorable Senado dijo, que luego de formar dos grupos de gerentes de bancos que funcionan en la Capital, constató que la opinión de los mismos era coincidente en cuanto a la bondad de sus proyectos. En cambio, lo que yo sé, es que en la nota pasada por las instituciones bancarias particulares a la Comisión de Presupuesto, concretaron su opinión más o menos en estos términos: son buenos en general, pero hay que introducirles modificaciones en particular. Eso y nada es la misma cosa.

Por lo demás, la precipitación con que se tratan estos proyectos, la forma confusa en que están redactados, los propósitos pocos claros que con ellos se persiguen, no autorizan razonablemente a decir que la opinión pública respaldará al Banco Central, desde que ella no ha sido consultada. Hay que tener cuidado con las opiniones, distinguiendo las congeladas de las que no lo son.

¿Está el Poder Ejecutivo en aptitud de mantener frente al Banco Central la equidistancia a que se refería el perito Niemeyer? ¿Ha solucionado todas sus dificultades de orden financiero, especialmente las que le crea su enorme deuda flotante? ¿Tiene equilibrado el presupuesto? En el transcurso de mi exposición demostraré que los

proyectos proporcionan los recursos monetarios para enjugar la deuda flotante, pero ya se verá cómo y a costa de quién.

Con el objeto de demostrar lo que hasta aquí llevo expuesto y asimismo para poner de manifiesto los peligros que encierran los proyectos en discusión, empezaré por referirme a esto que considero interesante: ¿qué cantidad de papel moneda puede emitirse actualmente? Nos rigen en lo que respecta a la facultad de emitir, las conocidas leyes de redescuento juntamente con la 11.580, conocida por ley del Empréstito Patriótico. Tomando como base la equivalencia del peso oro a razón de 2.27,27 papel e igualmente el encaje mínimo del 36 %, resulta que el encaje metálico oro sellado de pesos 246.842.667,93, permite una emisión de 1.558.350.098,16 pesos de curso legal. Descontando la emisión actual de 1.227.694.418,29, queda un margen de emisión posible de 330.655.679,87 pesos. Cuanto acabo de decir surge de la planilla siguiente:

Planilla N° 1.

CALCULO DE LA EMISION QUE PERMITE LA LEY EN VIGENCIA

\$ m/n.

Los \$ o/s. 246.842.667,93	
al cambio de 227,27 %,	
manteniendo el encaje de	
36 % que exige la ley	
actual, permite una emisión de papel moneda de	1.558.350.098,16
La emisión actual asciende a	1.227.694.418,29
Queda un margen de emisión de	330.655.679,87

¿Cuál es el límite posible de emisión según las leyes proyectadas por el Poder Ejecutivo? Los cálculos deben hacerse sobre la base de la equivalencia que corresponde al precio de 43.000 pesos moneda nacional la barra típica de 400 onzas «troy».

Seguramente los señores diputados habrán comprobado ya, que con la equivalencia aludida, nuestro peso oro re-

presenta pesos 5,0172 de curso legal. El asunto es muy sencillo: si los 12 kilos 441 gramos de oro de la barra típica valen pesos 43.000, gramos 1,6129 de 900 de fino, que es el contenido oro de un peso oro, valen la ya expresada cantidad de \$ 5,0172 de curso legal, lo que a su vez determina un valor de pesos 25,30 por libra esterlina metálica.

Con arreglo a la revaluación, de la que más adelante hablaré, el peso papel que permitía obtener 44 centavos oro mientras funcionó el régimen de convertibilidad, se reduce a 19,33 centavos oro.

Para calcular el límite máximo de emisión, según los proyectos de Banco Central que se discuten, he tomado también como base la cifra del encaje y circulación del 15 del mes último.

El encaje de la Caja de Conversión era entonces de pesos 246.842.667,93 oro sellado. Y la circulación ascendía a pesos 1.227.694.418,29.

Voy a referirme a otra planilla que señalo con el número 2, pidiendo también se inserte en el Diario de Sesiones a esta altura de mi exposición.

Planilla N° 2.

CALCULO DE A CUANTO LLEGA LA FACULTAD DE EMITIR

(Sin computar el 20 % de su encaje que puede tener en divisas el Banco)

\$ m/n.

Sobre la base del cambio de 501,72 %, manteniendo un encaje de 33 % con los 246.842.667,93 pesos oro sellado se puede respaldar una emisión de 3.752.906.162,23

Más:

La moneda divisionaria (\$ 20 por habitante sobre 12.000.000 de habitantes), artículo 36 de la ley del Banco Central 240.000.000.--

Total 3.992.906.162,23

Menos:

La emisión actual de 1.227.694.418,29 deducida la moneda divisionaria 186.400.000 (artículo 4º de la ley de organización) 1.041.294.418,29

Aumento posible de emisión 2.951.611.743,94

En las mismas condiciones, pero reduciendo el encaje al límite de la ley, 25 %, se puede respaldar una emisión de . . . 4.953.836.134,15

Más:

La moneda divisionaria según explicado (artículo 36 de la ley del Banco Central) 240.000.000.--
Total 5.193.836.134,15

Menos:

La emisión actual deducida la moneda divisionaria según se ha explicado (artículo 4º de la ley de organización) 1.041.294.418,29

Aumento de emisión posible 4.152.541.715,86

Recalco que en la planilla que acabo de leer, no se computa el 20 % del encaje que el Banco Central puede tener en divisas. La que voy a leer ahora incluye en los cálculos ese cálculo. Pido que esta planilla, señalada con el número 3, se inserte también en el Diario de Sesiones.

Planilla N° 3.

CALCULO DE A CUANTO LLEGA LA FACULTAD DE EMITIR

(Computando el 20 % de su encaje que el Banco Central puede tener en divisas)

Si calculamos el aumento de emisión posible, teniendo en cuenta lo que permite el

artículo 40 de la ley del Banco, según el cual podrá tener, en divisas, hasta el 20 % de sus reservas, computando el 10 %, de ese 20 %, en dichas reservas, la situación será así:

	\$ m/n.
Emisión que respalda el encaje de \$ 246.842.667,93 oro sellado al cambio de 501,72, manteniendo una garantía de 33 %	3.752.906.162,23

Más:

Emisión que, en esas condiciones, permite el 10 % en divisas que se puede incorporar a las reservas (artículo 40 de la ley del Banco Central)	380.090.909,09
Emisión que representa el otro 10 % en divisas que el Banco puede tener (artículo 40 de la ley del Banco Central)	125.430.000.—
La moneda divisionaria según explicado antes (artículo 36 de la ley del Banco Central)	240.000.000.—

Monto que puede alcanzar la emisión . 4.498.427.071,32

Menos:

La emisión actual deducida la moneda divisionaria según se ha explicado (artículo 4º de la ley de organización) . .	1.041.294.418,29
Aumento de emisión posible	3.457.132.653,03

En las condiciones anteriores, pero reduciendo el encaje al límite de la ley, 25 %, se puede respaldar una emisión de 4.953.836.134,16

Más:

Emisión que, en esas condiciones, permite el 10 % de divisas que se puede incorporar a las reservas 501.720.000.—

\$ m/n.

Emisión que representa el otro 10 % en divisas que el Banco puede tener (artículo 40 de la ley del Banco Central) . .	125.430.000.—
La moneda divisionaria según explicado antes (artículo 36 de la ley del Banco Central)	240.000.000.—

Monto que puede alcanzar la emisión 5.820.986.134,15

Menos:

La emisión actual deducida la moneda divisionaria según se ha explicado (artículo 4º de la ley de organización)	1.041.294.418,29
Aumento de emisión posible	4.779.691.715,86

No sería de extrañar que el señor ministro repita aquí el argumento que hizo en el Honorable Senado, según el cual, la experiencia de algunos bancos con facultad de emitir billetes, demuestra que usaron de esa atribución en forma moderada. Si así fuera, respondiendo, tratándose de esta clase de asuntos, de asuntos monetarios, los argentinos tenemos desgraciadamente una historia deplorable. Esta otra experiencia, ésta que surge de nuestra historia, es la que debe golpear la conciencia de los señores diputados para ponerlos sobre aviso, acerca del enorme peligro, de la grave responsabilidad que asumimos al dictar leyes mediante las cuales puede llegarse a empapelar el país. No habríamos hecho otra cosa que añadir un capítulo más a esa historia que, en no pocas ocasiones, llenó de amargura a la República.

Es posible que también se diga, que si bien existe un límite de emisión que puede llegar a sumas fabulosas, eso no significa que sea alcanzado. Más aún: hasta se puede afirmar que no existe el propósito de alcanzarlo. Pero ante todo, hago este reparo, que me parece

lógico: si la experiencia de otros bancos demuestra que no se abusó de la facultad de emitir, aun teniendo atribuciones para ello; si en este caso media también ese propósito, vale decir que no usará de esa facultad, ¿para qué se la pide entonces? ¿Por qué no se ha seguido el consejo del perito señor Niemeyer, que en su proyecto fija el mínimo de la garantía en el 25 % tomando como base el tipo actual de 2.27,27 con severísimas disposiciones para cuando ese límite llegue al 33 por ciento.

Agréguese a todo esto la advertencia, por cierto alarmante, que a los futuros directores del Banco Central hace el señor ministro en su exposición de motivos, cuando les dice que han de cuidarse en extremo de no usar de la facultad que se les concede de reducir hasta el 25 % la garantía metálica de los billetes y depósitos que constituyen el pasivo del Banco. Esa recomendación, tan elocuente, demuestra el peligro que se cierne sobre el porvenir del país si, por desgracia, se produce lo que el ministro piensa, o sea que en un momento dado el pasivo del Banco Central se aproxime al límite del 25 por ciento.

Existen, pues, justificados motivos para alejar este peligro que desde ya provoca verdadera intranquilidad. Bueno es hacer notar que aun cuando dictamos leyes en la confianza de que quienes han de substituirnos por ley natural en el desempeño de la función pública, sabrán usarlas con moderación y limpieza, precisamente esas medidas de previsión han de adoptarse, no con respecto a esas personas, sino para el caso desgraciado de que las finanzas del país o la dirección del Banco Central lleguen a caer en manos inescrupulosas o imprudentes. Esto es lo que debe motivar nuestra preocupación.

Todas las leyes han de ser previsoras con el fin de evitar los perjuicios que sus transgresiones puedan producir; pero hay daños de menor cuantía, mientras que los hay irreparables.

Hay daños que hunden a un país, retrasando por mucho tiempo su progreso. Cuanto más comprometa el porvenir, la sanción de una ley, mayores han de ser las medidas de previsión que deben adoptarse.

Si, como afirma el señor ministro, el objetivo principalmente perseguido con la instalación del Banco Central, es el de organizar y coordinar elementos dispersos existentes, pero no el de emitir ni incrementar los depósitos que permitirían el aumento inmoderado de los medios de pago en poder de la colectividad y si — repitiendo sus palabras — «toda circulación adicional de depósitos o de billetes creada por el mismo — se refiere al Banco Central — deberá corresponder a un incremento efectivo del volumen de las transacciones», ¿qué incremento efectivo de ese volumen de transacciones es el que espera el señor ministro para recomendar que, — vuelvo a repetir sus palabras — «el Banco ha de cuidarse en extremo de no usar con frecuencia la facultad que se le concede de reducir hasta el 25 % la garantía metálica de los billetes y los depósitos que constituyen su pasivo?» ¿Cuándo — pregunto yo — los negocios requerirán multiplicar casi por cinco la suma que representa la emisión actual, o sea llevar el pasivo del Banco Central a cerca de 6.000.000.000 de pesos, efectuando nuevas emisiones o depósitos por cerca de 5.000.000.000? ¿Quién es capaz de prever en qué época lejana los negocios serán cinco veces más importantes de lo que son hoy, para que, por exigencia natural de los mismos, sin que una política emisionista lo provoque, el pasivo del Banco Central pueda llevarse a la fantástica suma antedicha? ¿No constituyen un motivo de lógica alarma y de inquietud las manifestaciones del Poder Ejecutivo, al contemplar la posibilidad de que ese límite sea alcanzado?

En el informe del perito señor Niemeyer hay una planilla que reproduce y señalo con el número 4, solicitando se inserte a esta altura de mi exposición.

Planilla N° 4.

DISMINUCION DE LOS CHEQUES COMPENSADOS Y DE LOS BILLETES EN CIRCULACION, OPERADA EN EL QUINQUENIO 1928-1932.

(Del informe del perito Sir O. Niemeyer)

Totales de cheques compensados:

En millones de pesos					% de merma
1928	1929	1930	1931	1932	1928-1932
48.445	49.003	42.305	37.580	29.711	38,7

Billetes en circulación al 31 de Diciembre:

En millones de pesos					% de merma
1928	1929	1930	1931	1932	1928-1932
1.406	1.247	1.261	1.245	1.339	4,8

Según esta planilla, en el quinquenio 1928-1932, el monto de los cheques compensados experimentó una merma de 38,7 % y los billetes en circulación, en el mismo período, otra de 4,8 %, con lo que se demuestra que hay circulante, tal vez en exceso, para las necesidades actuales. ¿A qué poner, entonces, en movimiento un instrumento impelente de papeles que puede llenar al país de papel moneda, envileciéndolo, con las desgraciadas consecuencias que esto aparea?

Hago presente a los señores diputados que el mismo señor ministro en la exposición hecha en el Honorable Senado, afirmó de manera categórica que la cantidad de numerario circulante satisface las exigencias actuales, como también que el proyecto no importa forma alguna de emisión ni de inflación. El Banco va a nacer, dijo el señor ministro, con menor cantidad de moneda que la que hoy existe. Véase página 2.498 del Diario de Sesiones del Honorable Senado. En la página 2.504 del mismo Diario, se lee: «No hay inflación de ninguna naturaleza, no hay creación de billetes...» Veamos si es verdad todo eso.

Efectivamente, el Banco va a nacer con menor cantidad de numerario de la

que hoy existe, pero ocurre una cosa extraordinaria con esta criatura: a las veinticuatro horas de haber nacido puede duplicar su tamaño. Para que no se diga que me pierdo en palabras, voy a demostrarlo de inmediato con la planilla que lleva el número 5, la que pido se inserte a esta altura de mi exposición.

Ruego especialmente se escuche este aspecto de mi exposición, porque hasta hoy los señores diputados y la opinión pública del país, han conocido esto a raíz de los reportajes aparecidos en el diario «La Nación». Ahora explicaremos el punto en el recinto, que es donde debió venir el señor ministro a dar esas explicaciones.

Planilla N° 5.

CALCULO DE LA REVALUACION

Operación que hará el gobierno, tomando como base el precio de \$ 43.000 c/l. la barra típica de 400 onzas «troy», iguales a 12,441 kilogramos.

Sobre esta base la relación del oro con el papel es de 501,72 %.

Siendo el encaje metálico de 246.842.667,93 pesos oro sellado a 227,27 % equivale a pesos 561.006.035,34 curso legal.

A 501,72 % equivale a \$ 1.238.459.033,53 c/l.

Asciende a \$ 677.452.998,19 la utilidad que obtiene el gobierno por la revaluación del oro del encaje metálico. (Artículo 4º de la ley de organización).

Al precio fijado de \$ 43.000 c/l. la barra típica de 400 onzas «troy», iguales a 12,441 kilogramo, la $\frac{1}{2}$ oro resulta a \$ 25,80 c/l.

El peso papel equivale a \$ 0,1993 o/s.

Planilla N° 6.

DISTRIBUCION DEL BENEFICIO DE LA REVALUACION

(Artículo 5º de la ley del Banco Central; artículo 2º de la ley del Instituto Movilizador; artículo 12 de la ley de organización).

\$ m/n.

Monto del beneficio 677.452.998,19

Destinado para:

Capital del Banco Central . .	10.000.000
„ „ Instituto Mov. . .	10.000.000
Total . . .	20.000.000

Saldo que será el fondo de reserva provisional del Instituto Movilizador 657.452.998,19

Planilla N° 7

LIQUIDACION DEL FONDO DE RESERVA DEL INSTITUTO MOVILIZADOR

\$ m/n.

Monto provisional del fondo de reserva (artículo 2º de la ley del Instituto Movilizador) 657.452.998,19

Suma que asigno para los quebrantos presuntos que producirá al país la liquidación de las operaciones del Instituto Movilizador, cuya suma debe constituir el monto definitivo de su fondo de reserva (artículo 12 de la ley de organización) 50.000.000.—

Saldo que queda a favor del gobierno nacional para pago de su deuda bancaria (artículo 13 de la ley de organización) 607.452.998,19

Habíamos visto que el monto de la ganancia obtenida con motivo de la revaluación asciende a 677.452.998,19. De este importe, se destinan para capital del Banco Central, pesos 10.000.000; para capital del Instituto Movilizador, 10.000.000 de pesos. Restando 20.000.000 a la suma anterior, resulta que el saldo, que será el monto provisional del fondo de reserva del Instituto Movilizador, asciende a \$ 657.452.988,19. Yo pido encarecidamente que se siga mi exposición, porque esto del «monto provisional del fondo de reserva» del Instituto Movilizador encierra todo el enigma y da la pauta de los propósitos que persi-

gue el gobierno, que hasta hoy la opinión pública no conoce.

¿Cómo se liquida ese saldo? Lo dispone el artículo 2º de la ley del Instituto Movilizador; importe a que asciende el monto provisional del fondo de reserva: 657.452.998,19. Suma que asigno para los quebrantos presuntos que producirá al país la liquidación de las operaciones del Instituto Movilizador, cuya suma debe constituir el monto definitivo del «Fondo de Reserva» — artículo 12 de la ley de organización —, 50.000.000 de pesos. Deduciendo estos 50.000.000 de pesos de la cantidad ya citada, queda un saldo a favor del gobierno nacional para el pago de su deuda bancaria — artículo 13, «incento», artículo 13, cuyo alcance ya explicaremos — de 607.452.998,19.

Sr. Simón Padrós. — ¿Me permite una breve interrupción?

Sr. Godfrid. — Señor diputado: Esta exposición la considero tan completa, que estoy seguro que lo que usted me va a preguntar está contestado.

Sr. Simón Padrós. — Lo que está claro, es que no contestaría...

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Sírvase no interrumpir el señor diputado por Tucumán.

Sr. Simón Padrós. — Yo lo invitaría a que contestara...

Sr. Godfrid. — Está todo explicado aquí, señor diputado.

—El señor diputado Simón Padrós pronuncia algunas palabras que no alcanzan a percibirse.

Sr. Godfrid. — ¿Cómo?

Sr. Simón Padrós. — ¿Le interesa la pregunta, ahora?

Sr. Godfrid. — Está todo explicado en mi exposición.

Sr. Noble (J. A.). — Yo le puedo explicar. El fondo de reserva...

Varios señores diputados. — No, no.

Sr. Noble (J. A.). — El señor diputado quiere valerse de un ardid parlamentario. En el teje y maneje de la comisión, ha sido suprimida la expresión a que se refiere el señor diputado.

Sr. Simón Padrós. — Entonces, ha hecho mal el señor diputado. El artículo 12 no tiene las palabras que ha indicado.

Sr. Godfrid. — Está todo explicado aquí.

Sr. Simón Padrós. — Conste que el artículo 12 no contiene las palabras que el señor diputado ha dicho.

Sr. Noble (J. A.). — Estoy dando mi opinión, y es que el señor diputado ha hecho uso de un ardid parlamentario.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Ruego a los señores diputados no dialogar y al señor diputado por Santa Fe, que está en el uso de la palabra, no aceptar interrupciones.

Sr. Godfrid. — Como se ve, mediante los sencillos cálculos hechos en esas planillas, se desprende que la utilidad que el gobierno tendrá, asciende a la suma de \$ 677.452.998,19. También se observa que hecha la transferencia de la cuenta que forma el activo y pasivo de la Caja de Conversión, al Banco Central, el pasivo de esta última a que respaldará el oro transferido, luego de distribuirse las ganancias, asciende a la suma de \$ 1.718.416,48 moneda nacional, lo que resulta de la planilla que lleva el número 8 y que pido se inserte a esta altura de mi exposición.

Planilla N° 8

PASIVO DEL BANCO CENTRAL QUE RESPALDARA EL ENCAJE METALICO DE PESOS ORO 246.842.667,93, UNA VEZ EFECTUADA LA REVALUACION.

\$ m/n.

Circulación existente . . . 1.227.694.418,29

Menos:

La moneda divisionaria que queda sin garantía metálica (artículo 4° de la ley de organización) . . . 186.400.000.—

Circulación de que se hace cargo el Banco Central (artículo 36 de la ley del Banco Central) . . . 1.041.294.418,29

Más:

\$ m/n.

Monto de los créditos resultantes de los asientos compensatorios que corresponden a la utilidad obtenida en la revaluación y que el encaje debe cubrir (artículo 39 de la ley del Banco Central). 677.452.998,19
Pasivo del Banco Central que el encaje metálico debe respaldar . . . 1.718.747.416,48

¿Qué garantía representa ese encaje de pesos oro sellado 246.842.667,93 que a razón de 5,0172 pesos curso legal, equivalen pesos 1.238.459.033,53 en relación al pasivo del Banco Central, que ese encaje respaldará después de la revaluación? El 72,05, ¿y en relación al circulante de que se hace cargo el Banco Central, pesos 1.041.294.418,29? El 118,93 por ciento.

En presencia de estos dos porcentajes relativos a la garantía que representa el encaje oro, un criterio simplista haría pensar que lo más lógico sería mantener un encaje alto para ponerse, así, a cubierto de esos presuntos peligros. Pero, como bien lo hace notar el perito señor Niemeyer, un encaje alto no pone a cubierto del inflacionismo, cosa que en nuestro caso se comprueba con la planilla número 9, que voy a leer y pido se inserte en el Diario de Sesiones.

Planilla N° 9.

CALCULO DEL AUMENTO DE CIRCULANTE QUE PUEDE PRODUCIRSE MANTENIENDO UN LIMITE DE ENCAJE DE 70 % E INCORPORANDO AL BANCO CENTRAL EL 20 % QUE PUEDE TENER EN DIVISAS.

\$ m/n.

Aumento de moneda divisionaria (artículo 36 de la ley del Banco Central) . 53.600.000.—
Saldo del redescuento que reingresaría a los bancos . 212.000.000.—
Emisión que permite realizar el 10 % en divisas que

\$ m/n

11

MOCION

puede ingresar a las reservas del Banco (artículo 40, del Banco Central) .	179.185.714,28
Emisión que permite realizar el otro 10 % en divisas que el Banco puede tener (artículo 40 de la ley del Banco Central)	125.430.000.—
Margen de emisión que tiene el Banco con el encaje de \$ 246.842.667,93 oro sellado, manteniendo un respaldo del 70 %	50.479.774,28
Parte del gobierno nacional en el capital del Banco Central. Préstamo indirecto posible. (Artículo 34 de la ley del Banco Central). .	10.000.000.—
Capital y fondo de reserva definitivo del Instituto Movilizador que puede invertir en valores nacionales. (Artículo 12 de la ley de organización)	60.000.000.—
Diferencia entre el monto provisional y el definitivo de la reserva del Instituto Movilizador. (Artículo 13 de la ley de organización). \$ c/l. 607.452.998,19.	

Menos:

Importe de los pagarés redescatados que se van a pagar con esta reserva y ya se han computado: pesos 212.000.000.	
Parte de la transferencia al Banco de la Nación, a cuenta de la deuda directa del gobierno, que se computa para integrar los saldos de las cuentas de la Cámara Compensadora y Oficiales:	
100.000.000 312.000.000	295.452.998,19
Total	986.148.486,75

Se ve cómo, a pesar de tan alto límite de encaje, la inflación es posible.

Sr. Corominas Segura. — Le ruego al señor diputado me permita hacer una moción de orden respecto al trabajo de la Cámara.

Sr. Godfrid. — Sí, señor diputado.

Sr. Corominas Segura. — Propongo que la Honorable Cámara, una vez que termine su exposición el señor diputado por Santa Fe, pase a cuarto intermedio hasta la hora 10, sin perjuicio de la sesión que corresponde celebrar habitualmente a la hora 15.

Sr. Noble (J. A.). — Yo modificaría la moción, proponiendo que se pase a cuarto intermedio dentro de diez minutos, hasta la hora que indica el señor diputado. Es una consideración elemental para el orador y para la Cámara, que está reunida desde hace nueve horas.

Sr. Corominas Segura. — ¿Acepta el señor diputado que pasemos a cuarto intermedio a la 1 hasta la hora 10?

Sr. Noble (J. A.). — Acepto.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se va a votar la proposición del señor diputado por Mendoza, de que la Cámara pase a cuarto intermedio a la 1 para reanudar la sesión a la hora 10.

Sr. Corominas Segura. — Y sin perjuicio de la sesión que debe celebrarse a las 15 horas.

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Se va a votar en la forma indicada.

— Resulta afirmativa.

12

PROYECTOS SOBRE BANCOS
Y MONEDAS

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Continúa con la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Godfrid. — Hemos hecho el cálculo en base a un encaje excesivamente alto, para demostrar que no evita el peligro de la inflación. Ahora demos-

traré con arreglo a los proyectos formulados, el aumento de circulación que puede producirse, vale decir, lo que esos proyectos permitirán en el caso de que llegáramos a sancionarlos y sin tener en cuenta lo que el redescuento puede aumentar. El hecho de que se produzca o no la inflación, dependerá del acierto de las personas que dirijan el Banco Central y de las que estén al frente del gobierno. Las leyes no se dictan en base a la buena o mala fe de los hombres; lo único que debe tenerse en cuenta es lo que autorizan. Si en esto está el peligro, hay que evitarlo.

El aumento de circulante que puede producirse

Lo que el proyecto de ley autoriza «fuera del redescuento» resulta de la planilla número 10, que voy a leer y que pido se inserte en el Diario de Sesiones a esta altura de mi exposición.

Planilla N° 10.

CALCULO DEL AUMENTO DE CIRCULANTE QUE PUEDE PRODUCIRSE CON LA VIGENCIA DE LA LEY, TAL COMO ESTA PROYECTADA Y SIN QUE ENTRE A FUNCIONAR EL REDESCUENTO.

	\$ m/n.
Aumento de la moneda divisionaria. (Artículo 36 de la ley del Banco Central) . . .	53.600.000.—
Bonos consolidados del 3 % que quedarán en poder del Banco de la Nación una vez cubiertos los saldos de las cuentas de la Cámara Compensadora y oficiales. (Artículo 4º de la ley orgánica y artículo 32, inciso b) de la ley del Banco Central).	85.000.000.—
Saldo del redescuento que reingresaría a los bancos .	212.000.000.—
Adelantos del Banco Central al gobierno nacional, (Artículo 44 de la ley del Banco Central)	75.000.000.—

	\$ m/n.
Préstamo indirecto del capital que el Banco Central puede hacer al gobierno nacional. (Artículo 34, inciso b), de la ley del Banco Central)	20.000.000.—
Diferencia entre el provisional y el definitivo de la reserva del Instituto Movilizador. (Artículo 13 de la ley de organización). 607.452.998,19	

Menos:

Importe de los pagarés re- descontados que se van a pagar con esta reserva y ya se han computado: 212.000.000.		
Parte de la transferencia al Banco de la Nación, a cuen- da de la deuda directa del go- bierno, que se computa pa- ra integrar los saldos de las cuentas de la Cámara Compensadora y oficiales, que el Banco debe trans- ferir:		
100.000.000	312.000.000	295.452.998,19
Capital y fondo de reserva del Instituto Movilizador que puede invertir en va- lores nacionales. (Artículo 12 de la ley de organiza- ción		60.000.000.—
10 % en divisas que el Banco Central puede incorporar a sus reservas		125.430.000.—
Otro 10 % en divisas que el Banco Central puede tener. (Artículo 40 de la ley del Banco Central)		125.430.000.—
Total	1.051.912.998,19	

Si es que los bonos amortizables del Instituto Movilizador pueden ser utilizados por los bancos congelados, para integrar sus encajes, habría que agregar su importe a la suma anterior, porque les quedaría disponible una can-

tividad equivalente de sus encajes actuales.

El artículo 42 de la ley del Banco dice, confirmando lo expresado en la exposición de motivos (páginas 2.356 del Diario de Sesiones del Senado), que los bancos depositarán en el Banco Central la mitad de sus efectivos mínimos los que servirán también para las operaciones de la Cámara Compensadora. Quiere decir, que a los bancos les quedarán disponibles los saldos que actualmente tienen en la Cámara Compensadora, que vendrán así a sumarse al circulante disponible e importan 89.896.470,35 moneda legal y oro sellado 8.047.080, según balance del Banco de la Nación al 31 de Diciembre de 1934.

Obsérvese que el aumento de circulante a que acabo de referirme puede producirse mediante la vigencia de las leyes proyectadas, alcanzando a la enorme cifra de 1.051.912.998,19, a la que habría que agregar la cantidad ya mencionada de los encajes de que pueden disponer los bancos, lo que importa duplicar la circulación actual. Ese incremento de circulante puede producirse *desvinculado por completo del volumen efectivo de las transacciones; más aún, puede producirse aunque el volumen de las transacciones, en vez de aumentar, disminuya.*

Como me animan propósitos sinceros, puse de relieve lo que la ley permite se haga, sin incurrir en exageraciones.

Debo ahora explicar por qué en la partida que corresponde a la diferencia entre el monto provisional y definitivo de las reservas del Instituto Movilizador, que pasan al gobierno para el pago de la deuda flotante, he deducido sólo 100.000.000 en vez de 200.000.000 que según se dice se asignarán al Banco de la Nación, lo que importa calcular los otros 100.000.000 entre las partidas que pueden producir un incremento de circulante.

Como ya se vió antes, los primeros 100.000.000 de pesos se aplicaban para completar el monto de los saldos de las cuentas de la Cámara Compensadora y oficiales, que el Banco de la

Nación deberá transferir al Banco Central, importe que, por lo tanto, queda afuera de la circulación.

Con respecto a los otros 100.000.000 de pesos, en el reportaje ya mencionado que publicó «La Nación», el señor ministro dijo: «La situación del Banco de la Nación lejos de permitir que le saquen en efectivo para transferir los depósitos — se refería a las cuentas de la Cámara Compensadora y oficiales, — requiere más bien un suplemento de fondos de unos 100.000.000 de pesos para depositar como parte de su encaje en el Banco Central.

No quiero poner en duda que se hará así, pero es el hecho que el encaje del Banco de la Nación, según datos contenidos en su balance de fecha 31 de Diciembre último, asciende a la suma de 1.221.171.951,08 moneda nacional, computados o/s. 143.584,92 a razón de 2.27,27; y los saldos de sus depósitos en cuenta corriente, caja de ahorros, plazo fijo y judiciales, suman \$ 1.315.472.692,18 m/n., computados los saldos en oro que ascienden a 48.197,57, a razón de 2.27,27.

Quiere decir que el encaje actual, sin el aumento de los 100.000.000 proyectado, excede en mucho al porcentaje total que la ley exige. Resulta un promedio para depósitos a plazo y a la vista, de 16,81 %. Por lo tanto, aunque se efectúe el aumento de encaje, todo lo que exceda del límite exigido por la ley es saldo disponible que el Banco puede utilizar en cualquier momento. Si estuviera en el Banco Central sería un depósito a la vista que, repitiendo las palabras del señor ministro, «crear depósitos en el Banco Central es lo mismo que crear billetes». (Diario de Sesiones, pág. 2.505).

Este es el fundamento de mi proceder en lo que respecta a esa facultad.

Estoy seguro que los señores diputados tendrán interés en saber también a qué obedece que haya incluido en la planilla número 10, que acabo de leer, las diferentes partidas que en ella se mencionan, para demostrar el aumento del circulante sin que lo motiven transacciones comerciales. Apro-

vecharé esa explicación para poner de manifiesto una serie de aspectos vinculados con los diversos proyectos, aspectos que por cierto no se descubren sino mediante un estudio detenido de toda la trama de los mismos.

Para explicar esto, ruego a los señores diputados permitan prosiga mañana la exposición que ahora voy a interrumpir.

13

CUARTO INTERMEDIO

Sr. Presidente (Noble R. J.). — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio, de acuerdo con la moción aprobada oportunamente.

—Era la hora 1 del día 1º de Marzo.

INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR DIPUTADO PENA



Del «Mundo Argentino», Julio de 1934

INSERCIÓNES SOLICITADAS POR EL SEÑOR DIPUTADO NOBLE (J. A.)

DEUDA EXTERNA

El estado de la Deuda Externa Consolidada al 30 de Junio ppdo. era el siguiente:

Epoca del servicio	Ley N°	EMPRESTITOS	Tipo de interés y amortiz.	Emitido oro sellado	CIRCULACION		
					Moneda extranjera	Oro sellado	
Abril-Octubre	1257-2743	Obras Puerto Capital.	5-1	10.080.000.—	£	242.785.—	1.223.636,40
Abril-Octubre	2292	Emp. Conv. de los del 6 %.	4 ½-1	26.661.600.—	"	117.756.—	593.483,49
Enero-Julio	2771-2796	Emp. Obras de Salubridad.	5-1	31.874.976.—	"	777.069.—	3.915.425,24
Enero-Julio	3350	Emp. Resc. Garan. FF. CC. 1° S.	4 ½	49.999.824.—	"	2.754.473.—	13.882.541,40
Enero-Julio	3760	Emp. Resc. Garan. FF. CC. 2° S.	4 ½	8.499.960.—	"	670.750.—	3.380.573,74
Abril-Octubre	3655-3750	Emp. Cancelación Deuda Banco Nacional.	4 ½	7.700.000.—	"	684.019.—	3.447.456,56
Abril-Octubre	3378-3562	Emp. Conje Tit. Deuda Prov. Buenos Aires.	4 ½	24.000.000.—	"	3.206.515.—	16.160.835,94
Abril-Octubre	3378-3886	Emp. Conv. Deuda Prov. de Santa Fe.	4 ½	15.300.109,44	"	1.364.802.—	6.873.602,40
Abril-Octubre	3378-3783	Emp. Conv. Deuda Prov. de Entre Ríos.	4 ½	14.255.715.—	"	1.656.318.—	8.347.842,70
Abril-Octubre	3378-3800	Emp. Conv. Deuda Prov. de Córdoba, en Inglaterra.	4 ½	5.147.360.—	"	462.096.—	2.323.961,83
Abril-Octubre	3378-3894-3966	Emp. Conv. Deuda Prov. de Corrientes, San Luis, Córdoba, San Juan, Catamarca, Mendoza, en Europa.	4 ½	17.568.893,75	Fcs.	57.174.319.—	11.434.863,89
Abril-Octubre	3378	Emp. de Conv. Deuda Prov. de Tucumán.	4 ½	3.332.249,99	£	298.817.—	1.506.037,16
Abril-Octubre	3378-3886	Emp. Deuda Prov. de Santa Fe, c/Cia. Arrend. FF. CC.	4 ½	4.874.688.—	"	437.134.—	2.203.154,29
Enero-Julio	5000-6508	Emp. F. C. N. E. Argentino	4 ½	4.123.233,98	"	542.673.—	2.735.073,99
Enero-Julio	6370 E.	Emp. F. C. N. E. Arg. Unión S. C. C. del Paraguay.	4 ½	2.076.267,94	"	287.589.—	1.449.449,40
Enero-Julio	5296	Empréstito Municipal	5-1	15.000.000.—	"	1.278.495.—	6.443.613,72
Enero-Julio	6546	Obligaciones de Irrigación.	5-1	6.164.695,36	"	767.623.—	3.868.819,34
Enero-Julio	5944	Ampiación Puerto de la Capital.	5-1	23.189.040.—	"	3.459.720.—	17.436.983,80
Marzo-Sept.	11174	Empréstito F. C. Trasandino.	5-1	2.500.000.—	"	437.554.—	2.205.272,40
Marzo-Sept.	11206-11207	Emp. Dó. 40.000.000 Ob. San. serie A	6-1	41.455.414.—	u\$s.	32.843.895.—	34.039.412,78
Junio-Dic.	11206-11207	Emp. Dó. 30.000.000 Ob. San. y Consolidación Deuda Serie B.	6-1	31.092.000.—	"	24.952.865.—	25.861.149,29

Epoca del servicio	Ley N°	EMPRESTITOS	Tipo de interés y amortiz.	Emitido Oro sellado	CIRCULACION	
					Moneda extranjera	oro sellado
Junio-Dic.	11206-11207	Emp. Dól. 45.000.000 Cons. Deuda Serie C . . .	6-1	46.638.000.—	„ 37.801.385.—	39.177.355,42
Abril-Octubre	11206-11207	Emp. Dól. 29.700.000 Cons. Deuda Serie D . . .	6-1	30.751.080.—	„ 25.455.705.—	26.382.292,66
Mayo-Novbre.	11222-11266	Emp. Dól. 20.000.000 Armamentos	6-1	20.729.000.—	„ 17.171.530.—	17.796.573,69
Abril-Octubre	11333	Emp. Dól. 16.900.000 Trabajos Públicos . . .	6-1	17.515.150.—	„ 14.767.345.—	15.304.876,36
Feb.-Agosto	8889-9468	Emp. Dól. 27.000.000 Obras Sanitarias . . .	6-1	27.982.800.—	„ 23.812.080.—	24.678.839,71
Mayo-Novbre.	11333	Emp. Dól. 21.200.000 Trabajos Públicos . . .	6-1	21.971.680.—	„ 18.567.410.—	19.243.263,72
Marzo-Dic.	11589	Emp. Dól. 40.000.000 Consol. FF. CC. del Est. . .	6-1	41.456.000.—	„ 35.680.700.—	36.979.477,48
Mar.-Jun.-Sep.-Dic.	11578-11266	Emp. Pts. 100.000.000 para Armamentos . . .	6-1	20.000.000.—	pts. 91.385.660.—	18.277.132.—
Feb.-Agosto	11378-11266	Emp. Dól. 20.000.000 para Armamentos . . .	5 ½-1	20.728.000.—	u\$s. 17.787.973.—	18.435.455,75
—	11693	Convenio Roca	4	68.173.056.—	£ 13.526.400.—	68.173.056.—
—	—	Convenio en Francos Suizos 1933	4	19.735.550,30	Fcs. 98.677.751,50	19.735.550,30
—	—	Convenio en Dólares 1933	2-4,8	24.136.605,56	u\$s. 23.337.134.—	24.186.605,56
—	—	Convenio en Libras 1.293.600	4	6.510.744.—	£ 1.293.600.—	6.519.744.—
				721.312.289,32		504.234.430,41

DEUDA INTERNA CONSOLIDADA

El estado de esta deuda al 30 de Junio del corriente año, era el siguiente:

Epoca del servicio	Ley N°	EMPRESTITOS	Emitido	Tipo de interés y amortiz.	CIRCULACION	
					Moneda extranjera	Oro sellado
Junio, Diciembre	4600	Crédito Argentino Interno 1907	35.000.000	5-1	£ 3.218.080.—	16.090.400.—
Marzo, Septiembre	5559-5681-6011	Crédito Argentino Interno 1909	50.000.000	5-1	„ 5.238.660 6	
					u\$s. 25.486.081	26.193.300.—
Enero, Julio	6300	Crédito Argentino Interno 1910	6.048.000	5-1	£ 698.240	3.491.200.—
Enero, Julio	8123	Interno de Obras Públicas 1911	70.000.000	4 ½-1	Fcs. 220.744.000 (1)	44.148.800.—
						89.923.700.—
						161.048.000

equivalente a \$ m/n.

204.372.045,44

199.100.—

10.000.000.—

(1) Los servicios se hacen en pesos oro o francos franceses.

Marzo, Junio, Septiembre, Dic.	3683	Deuda al Consejo de Educación	6.000.000	5-1		
Enero, Abril, Junio, Octubre	4349	Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones	10.000.000	6-1		

DEUDA INTERNA CONSOLIDADA

(Continuación).

Nuevos empréstitos (1): emitidos en canje de los retirados por el decreto de conversión.

Epoca del servicio	Ley N°	EMPRESTITOS	Emitido	Tipo de interés y amortiz.	CIRCULACION	
					Moneda extranjera	Oro sellado
Marzo, Junio, Septiembre, Dic.	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie A.	203.013.300	5-1	202.498.300.—	
Enero, Abril, Julio, Octubre	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie B.	214.608.500	5-1	214.608.500.—	
Febrero, Mayo, Agosto, Nov.	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie C.	217.421.700	5-1	217.421.700.—	
Marzo, Junio, Septiembre, Dic.	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie D.	207.035.400	5-1	206.510.200.—	
Enero, Abril, Julio, Octubre	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie E.	219.694.200	5-1	219.694.200.—	
Febrero, Mayo, Agosto, Nov.	11671	Crédito Argentino Interno 1934, 5 %, Serie F.	214.728.900	5-1	214.728.900.—	
Marzo, Junio, Septiembre, Dic.	11580	Empréstito Patriótico 1932, 1ª Serie	148.747.200	5-1	148.369.750.—	
Febrero, Mayo, Agosto, Nov.	11580	Empréstito Patriótico 1932, 2ª Serie	177.300.800	5-1	177.300.800.—	
Total					m\$n. 1.815.703.495,44	

(1) Las cifras de estos empréstitos no son definitivas, estando sujetas a pequeñas variaciones según resulte del balance general de las operaciones de conversión que se está efectuando.

DEUDA DE LA NACION

Resumen

La deuda pública al 30 de Junio, era de:

	\$ m/n.	\$ m/n.
Interna	1.815.703.495,44	—
Externa o/s. 504.234.430,41	1.145.987.341,84	2.961.690.837,28
Y la deuda flotante al 31 de Diciembre de 1933, as- ciende a		
Deuda a corto plazo al 31/12/33:		527.020.000.—
Interna	475.954.000.—	—
Externa	56.945.000.—	532.899.000.—
Total		4.021.609.837,28

(1) Vacantes producidas en la administración nacional. — (2) Vacantes provistas. — (3) Jubilaciones de oficio decretadas. — (4) Jubilados de oficio reincorporados a la administración por falta de trámite de las jubilaciones

REPARTICIONES	1932				1933				1934			
	(1)	(2)	(3)	(4)	(1)	(2)	(3)	(4)	(1)	(2)	(3)	(4)
Agricultura	—	—	—	—	216	182	—	—	102	81	51	2
Interior	2.729	1.225	1.134	6	2.502	2.023	404	14	1.510	1.897	875	2
Justicia e Instrucción Pública	—	2.904	—	—	—	2.832	29	—	—	2.301	23	—
Obras Públicas	287	92	57	—	104	64	116	—	40	40	42	—
Relaciones Exteriores y Culto	26	11	7	—	41	41	5	—	31	33	4	—
Marina	216	253	3	—	506	605	3	—	429	626	—	—
Guerra	565	189	44	—	213	295	19	—	238	328	1	—
Hacienda	5	4	—	—	2	2	—	—	2	2	—	—
Dependencias del Ministerio de Hacienda:												
Oficina de Control de Cambios	3	49	—	—	23	35	—	—	49	49	—	—
Crédito Público Nacional	3	2	1	—	—	—	—	—	1	1	—	—
Caja de Conversión	2	—	—	—	—	—	—	—	5	5	—	—
Tesorería General de la Nación	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Contribución Territorial	15	9	5	—	20	13	—	—	8	8	—	—
Contaduría General de la Nación	22	13	1	—	13	13	—	—	19	19	1	—
Casa de Moneda	12	12	—	—	3	3	—	—	1	1	—	—
Impuestos Internos	45	32	17	—	30	35	1	—	15	16	1	—
Oficinas Químicas Nacionales	7	2	—	—	3	3	—	—	6	6	—	—
Dirección General de Aduanas	467	215	—	—	359	335	—	—	312	293	—	—
Dirección General de Estadística	4	—	—	—	4	4	—	—	2	2	—	—
Dirección de Administración	1	—	—	—	4	1	—	—	1	1	—	—
Banco Hipotecario Nacional	32	5	—	—	50	20	—	—	29	21	4	—
Banco de la Nación Argentina	281	239	—	—	366	575	—	—	209	275	16	—
Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles	2	2	—	—	9	9	—	—	6	4	—	—
Réditos y Transacciones	493	48	—	—	995	614	—	—	219	130	—	—
Totales	5.217	5.306	1.269	6	5.247	7.522	577	14	3.132	6.058	967	4

Observaciones:

(Los datos correspondientes al año 1932 no se consignan por reorganización, habiéndose dispuesto la cesantía de 800 empleados por razones de economía).

RESUMEN

	AÑOS		
	1932	1933	1934
Vacantes producidas en la administración nacional . .	5.217	5.247	3.132
Vacantes provistas	5.306	7.522	6.058
Jubilaciones de oficio decretadas	1.269	577	967
Jubilados de oficio reincorporados a la administración por falta de trámite de las jubilaciones	6	14	4

Buenos Aires, Febrero 18 de 1935.